



BIBLIOTECA
DE MARCHA

RODÓ

ARTURO ARDAO

6

COLECCION LOS NUESTROS



**BIBLIOTECA
DE
MARCHA**

COLECCION LOS NUESTROS/6



BIBLIOTECA DE MARCHA

BARTOLOME MITRE 1414 / MONTEVIDEO, URUGUAY
CASILLA DE CORREO 1702

COPYRIGHT BY

BIBLIOTECA DE MARCHA

PARA

TODOS LOS PAISES

QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE MARCA LA LEY

ARTURO

ARDAO

RODO

Su americanismo

BIBLIOTECA DE MARCHA
COLECCION LOS NUESTROS

EL AMERICANISMO DE RODO

Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento americano. José Enrique Rodó (en Montalvo).

El americanismo en el conjunto de su obra

Como queda expresado en su título, es éste un libro dedicado a Rodó, pero en Rodó, sólo a su americanismo*; o a lo que también podría llamarse, como se le ha llamado, su milicia americanista.

Esa milicia movilizó su pluma desde que empezó a manejarla hasta el final de su existencia.

* Siguiendo una determinada tradición, los términos América (a veces con la precisión de "la nuestra"), América Latina, Iberoamérica, Hispanoamérica y aun América Española, son usados por Rodó como equivalentes, desde sus primeros hasta sus últimos escritos, para denominar a la misma comunidad continental. Habría que observar sólo que al término Iberoamérica, si bien con el mismo alcance, acudió excepcionalmente y por razones circunstanciales. Con referencia a los *ismos* derivados, usó en forma que puede considerarse exclusiva el término *americanismo*. Sin entrar aquí en toda la cuestión que, tanto del punto de vista semántico como del histórico, promueven este término y aquellas equivalencias, nos atenemos, desde el título mismo del volumen, a la terminología del propio Rodó.

Lo comprometió, además, hasta tal punto, que ella aportó a su personalidad de escritor uno de sus rasgos más salientes. Tanto es así que muy a menudo, en las evocaciones de Rodó, la imagen que primero se hace destacar es la del americanista. Desde un determinado punto de vista —el de la historia y el destino de nuestros pueblos— tiene ello amplia justificación. Es, precisamente, lo que nos ha inducido a circunscribirnos aquí a ese aspecto, habida cuenta del carácter de la colección a la que el presente libro está destinado.

Se cometería, sin embargo, un grave error si se pensara, no ya que el americanismo encierra o define la totalidad de la producción de Rodó, sino, aun, que constituye su parte medular. Lo medular está en el conjunto de sus ideas filosóficas, éticas, estéticas, políticas y sociales, para limitarnos, en una distinción convencional, a las categorías más generales o comprensivas. Ciertamente que en su americanismo participan accesoriamente todas y cada una de esas categorías. Pero el cuerpo fundamental de ellas, en sus contenidos doctrinarios más intrínsecos, le es independiente. Bastaría y sobraría señalar el caso eminente de su obra mayor, *Motivos de Proteo*, "una de las obras maestras del pensamiento de lengua española de todos los lugares y tiempos", al decir de Gaos. Con mucha atención se detectan en sus nutridas páginas tales o cuales referencias, directas o indirectas, a la circunstancia americana. Pero en su significado último y radical, en lo que tiene de universal filosofía de la personalidad humana, de la existencia humana, no es posible encuadrarla en el marco de su americanismo, o de su milicia americanista, o de su preocupación americanista.

Otro tanto cabe decir de las partes más cen-

trales y más teóricas del propio *Ariel*, porque si bien todo el discurso de Próspero está dirigido "A la juventud de América", aquellas partes configuran un mensaje que, en sí mismo, va mucho más allá de ella; con más razón de *El que vendrá*, de *Liberalismo y Jacobinismo*, de algunas páginas capitales de *El Mirador de Próspero*, no obstante ser éste, en su conjunto, libro tan americanista, y en general de *El Camino de Paros*; y todavía (sin agotar con esto las fuentes posibles), de sus escritos y discursos políticos y parlamentarios.

El americanismo viene a constituir, pues, sólo un capítulo de la obra de Rodó, y por lo tanto sólo una faceta de su personalidad. Importa mucho hacerlo constar muy claramente al frente de este volumen, por dos razones: la primera, que no se malentienda el sentido del mismo volumen, como destinado a dar una imagen completa del Maestro; la segunda, que no se subestime el resto de su obra, donde, por el contrario, se contiene cuantitativamente lo mayor y cualitativamente lo más sustantivo, de su actividad pensante.

Aclarado lo anterior, urge prevenir el riesgo de que de lo dicho resulte, a la inversa, subestimada la importancia del americanismo de Rodó. Ella es muy grande. Ante todo, como vitalísimo asunto de nuestra comunidad cultural e histórica. Luego, porque su americanismo, entendido como lo que fue, una milicia, es el de primera magnitud, por su constancia, su diversidad y su jerarquía, entre los de los grandes americanistas del pasado y el presente siglo. Después, porque aun considerado en relación con el resto de su obra, sin dejar de ser sólo un capítulo de ella, lo practicó con tal sentido de compromiso militante, que vino a aportar, ya se ha dicho, uno de los rasgos más

salientes a su personalidad de escritor. Y todavía, en fin —consecuencia de lo inmediatamente anterior— porque cuando se observa de cerca ese americanismo, se ofrece como una de las mejores posibles introducciones a su obra total; a su obra total, en lo que tuvo, aparte de su valía artística, de contenido doctrinario: a sus aludidas genéricas ideas filosóficas, éticas, estéticas, políticas y sociales.

Es del caso detenerse en la cuarta y última de las fundamentaciones que acabamos de hacer, de la importancia del americanismo de Rodó. Señala, respecto a las otras tres, una estimación adjetiva, por sólo instrumental o servicial, de este americanismo: la de poder utilizarse como introducción a la totalidad de la obra. En cualquier caso, en cuanto introducción, tendría ello su interés. Pero lo tiene doblemente por la naturaleza de la introducción que proporciona.

Difícil, en efecto, sería encontrar otra introducción que mejor pusiera en el camino —a través de textos como los aquí colacionados— de una disipación de tantos errores en la interpretación de Rodó, acumulados y repetidos en lo que va del siglo —bajo la forma de “revisiones” más o menos suficientes— dentro y fuera del país. Ciertamente es que esos errores han venido siendo enfrentados, al margen de las apologéticas y hagiografías rituales no menos incomprensivas, por una crítica responsable, que nunca ha faltado, también dentro y fuera del país. Pero han hecho y siguen haciendo su daño. Nosotros mismos lo sufrimos en nuestra adolescencia, bajo la sugestión de difundidos textos críticos de la época, a los que muy pronto, leído Rodó sin prenociones, no pudimos volver sin asombro. El asombro se repite en la misma medida en que, de tanto en tanto, aquellos errores también se repiten.

Ensayamos a continuación un ordenamiento de los principales "cargos" sobre los que se ha montado el llamado "proceso", o sucesivos "procesos", a Rodó. Al hacerlo, prescindimos de las opinables, y por tanto legítimas, reservas u objeciones literarias, o estilísticas, o formales, así como de las igualmente legítimas discrepancias doctrinarias. He aquí un elenco que no aspira a ser exhaustivo:

1) Se le ha reprochado conservar en el 900 una agotada mentalidad del siglo XIX, más concretamente la conciencia filosófica del positivismo de aquella centuria.

La verdad es otra: se movió en la gran corriente de la filosofía de la vida, que de fines del siglo XIX a principios del siglo XX llevó a cabo la superación del positivismo; pero además, como estuvo en su vanguardia, anticipó, con su arielismo y su proteísmo, sustanciales ideas y actitudes de espíritu. Contra la supuesta caducidad de su vigencia, le aseguran ellas, en el pensamiento de lengua española, la lozanía de un clásico.

2) Se le ha reprochado sustentar una concepción idealista y abstracta del conocimiento, del hombre y del ser, con menosprecio de los primarios condicionamientos reales y positivos de todos ellos.

La verdad es otra: lejos de los tradicionales idealismos gnoseológicos y metafísicos, con los que nada tiene que ver su idealismo axiológico, y que condenó, fue la suya una concepción empirista, naturalista y realista del conocimiento, del hombre y el ser. Esa concepción incluía, desde la comprensión de las realidades psicológicas, hasta el reconocimiento de la importancia del factor económico como resorte de la historia, por la acción recíproca entre lo material y lo espiritual.

3) Se le ha reprochado hostilidad hacia el es-

píritu científico y en particular hacia la ciencia natural y sus aplicaciones técnicas.

La verdad es otra: fue, siempre, un verdadero devoto de uno y otras, con seguro dominio de la sistemática y la metodología del conjunto de las ciencias.

4) Se le ha reprochado sustentar y preconizar en el plano de la práctica, como fines de la conducta humana, idealismos abstractos en lugar de ideales concretos.

La verdad es otra: desde su realista idealismo axiológico sustentó y preconizó muy diversos y concretos ideales de perfeccionamiento individual y colectivo, de justicia política y social, de regeneración artística y literaria, de orientación de la comunidad latinoamericana, de unión cultural y política del continente, de defensa de éste frente a la absorción imperialista, etc., etc. Todo ello sin perjuicio de una tarea todavía más trascendente: la de preparar los espíritus para que cada individuo, cada generación y cada comunidad, encuentren y definan por sí mismos sus propios ideales, es decir, sus propias tablas de valores.

5) Se le ha reprochado eclecticismo y conciliacionismo, en el mal sentido de aproximar posiciones diversas, eludiendo el compromiso de las definiciones o buscando armonías tranquilizadoras.

La verdad es otra: si bien rehuyó los unilateralismos y falsas oposiciones, y predicó la tolerancia de las ideas y las creencias, acostumbró definirse con toda claridad; y si abrevó en distintas fuentes teóricas para alcanzar su pensamiento propio, lo hizo en el mismo sentido, por ejemplo, en que Marx recogió —al decir lúcido de Lenin— “lo mejor” de la filosofía clásica alemana, la economía política clásica inglesa y el socialismo fran-

cés, sin que nadie, suponemos, haya pensado en llamar eclécticos y conciliacionistas, en el expresado sentido, a Marx y a Lenin.

6) Se le ha reprochado practicar y predicar el apartamiento individual y la vida contemplativa, con deprecio del mundo y de la acción.

La verdad es otra: personalmente fue un político militante de prolongada trayectoria partidaria y parlamentaria; en cuanto a sus escritos y doctrinas, constituyen todo un expreso himno a la acción, como difícilmente se encuentra en otro escritor latinoamericano del pasado y el presente.

7) Se le ha reprochado esteticismo, torremarfilismo y diletantismo —la belleza por la belleza, el arte por el arte, el goce por el goce— con olvido o desdén de los graves reclamos de la realidad y de la vida.

La verdad es otra: en su obra de cultor y apóstol del sentimiento de lo bello, concebido como esencial factor de la educación y elevación del espíritu, impresiona la constante, honda y dramática preocupación por la realidad y por la vida. Con la reiterada invocación de ellas, concordaba una también reiterada condena de los esteticismos, los torremarfilismos y los diletantismos.

8) Se le ha reprochado preconizar un estoicismo conformista, con negación de todo espíritu de rebelión y de lucha.

La verdad es otra: quiso siempre preparar la voluntad para los inevitables combates de la vida individual y colectiva, exaltando, llegado el caso, la insurgencia revolucionaria, tanto bajo la forma de la evocación histórica como en el plano de su pensamiento teórico.

9) Se le ha reprochado predicar el cultivo etéreo y estéril de los valores del espíritu por el

espíritu, con desprecio del bienestar material y el trabajo útil.

La verdad es otra: desde el principio al fin de su carrera de escritor, enjuiciando siempre el utilitarismo ba tardo que es propio del espíritu burgués, hizo el más cumplido, expreso y constante reconocimiento del legítimo bienestar material y del trabajo útil, manual e intelectual.

10) Se le ha reprochado predicar el aristocratismo intelectual y espiritual de las minorías socialmente privilegiadas, opuesto a la mediocridad e incultura de las clases inferiores de la sociedad.

La verdad es otra: impugnó la entronizada mediocridad burguesa, en particular la de las clases altas y dirigentes, reclamando el acceso de todos a los bienes de la cultura, para la selección de los intrínsecamente mejores de todas las capas sociales: no otra cosa que lo que han querido o quieren hacer —cualesquiera hayan sido o sean los logros— todas las grandes revoluciones de nuestro siglo.

11) Se le ha reprochado oligarquismo político, con ausencia del sentido popular de la democracia.

La verdad es otra: tanto en la evocación histórica, como en las ideas doctrinarias, como en su personal acción política, estuvo contra toda forma de oligarquía, y la noción de pueblo, así como la de lo popular —en el mejor sentido de una y otra— figuran entre las cálidamente sentidas y exaltadas por su pluma.

12) Se le ha reprochado una actitud conservatista y elusiva, respecto a la gran cuestión social contemporánea, resultante del conflicto entre el capital y el trabajo.

La verdad es otra: sin ser marxista, ni socialista, ni luchador social, se ocupó seria y detenidamente de aquella cuestión como escritor y como

legislador; llegó a fustigar con dureza el orden social imperante; manifestó verdadera simpatía por la causa de los trabajadores, así como por los líderes del naciente socialismo rioplatense, Frugoni y Palacios, que fueron sus amigos personales.

13) Se le ha reprochado, por partida triple, universalismo, europeísmo y francismo, como formas de alienación, evasión o insensibilidad respecto a las realidades americanas.

La verdad es otra: fue ante todo un americanista militante, no teniendo su milicia americanista par, antes ni después de él.

14) Se le ha reprochado indiferencia o ceguera respecto a la condición del indio americano.

La verdad es otra: perteneciendo a un país sin el problema del indio, lo que hace su caso más admirable, tuvo muy clara comprensión a la vez que muy humano sentimiento del mismo: consta así en imperecederas páginas suyas de protesta y de acusación.

15) Se le ha reprochado ignorancia o incompreensión respecto al imperialismo yanqui, aduciendo que sus críticas a Estados Unidos fueron sólo de orden cultural.

La verdad es otra: se manifestó en diversas ocasiones contra aquel imperialismo, y figuró a la cabeza de los patrocinadores del tal vez único gran mitin callejero de protesta contra él, realizado en Montevideo en vida suya.

Tenemos que limitarnos aquí sólo a enunciar los cargos y los descargos. La pormenorización de unos y otros requiere otra oportunidad. Esa oportunidad tendría que ser también la de la búsqueda de una explicación psico-socio-histórica, de la insistencia en aquellos ataques, cuando no diatribas. Baste ahora decir, a propósito de dicha explica-

ción, que su clave se encuentra, probablemente, en la bien sentida, pero mal entendida, necesidad de reaccionar contra cierto adocenado "arielismo" oficial de oligarquías intelectuales y políticas, que tuvo su hora en el continente. Fue ese arielismo un fenómeno no diferente, en esencia, de un consabido "artiguismo" oficial uruguayo. Rodó, artiguista en el mejor sentido de la palabra, infundió a su arielismo —claro está que en los correspondientes planos de doctrina— la misma sustancia popular, democrática y antioligárquica del artiguismo. Sobre él también la leyenda negra; pero contra la realidad —la *realidad*, tan amada, reclamada y vivida por Rodó, pese a cuanto se haya dicho de que pasara por el mundo de espaldas a ella— nada, al fin, pueden las leyendas.

El conjunto de textos contenidos en este volumen, constituye, entre las posibles introducciones a la obra de Rodó, hemos dicho ya, la que mejor podría, tal vez, poner en el camino de la disipación de tantos errores repetidos. Sólo poner en el camino: la atenta lectura o relectura de la totalidad de la obra, haría el resto. En cualquier caso, para la juventud uruguaya y latinoamericana del presente, ninguna vía más adecuada hacia la comprensión, no sólo del arielismo sino también del proteísmo —aun en lo que tienen de doctrinas universales, para todo tiempo y todo lugar— que el conocimiento del americanismo de Rodó.

Cuatro aspectos de su americanismo

Es hasta cierto punto habitual distinguir en ese americanismo dos aspectos: el literario y el político. Cabe considerar dos más, que convencionalmente llamamos el cultural y el heroico.

Esos cuatro aspectos corresponden, por otra parte, a cuatro etapas de la evolución personal de Rodó, en el siguiente orden: americanismo literario, americanismo cultural, americanismo político, americanismo heroico. Cuatro etapas que a su vez corresponden, una por lustro, casi exactamente, a los poco más de cuatro lustros de su trayectoria de escritor. Aquellos americanismos no se sustituyen, etapa por etapa, sino que se adicionan sin desaparecer ninguno, de suerte que a través del proceso se va integrando en una sola unidad el conjunto de su americanismo a secas. La secuencia de esas etapas, por otra parte, constituye una de las mejores pautas para la comprensión, desde adentro, de la biografía, más que intelectual, espiritual, de Rodó.

Desde 1895, al iniciar su carrera en la *Revista Nacional*, define y expresa su *americanismo literario*; el texto capital lo constituye un extenso ensayo que con ese mismo título publica ese mismo año. Desde 1900, por intermedio del discurso de Próspero, define y expresa su *americanismo cultural*; el americanismo literario, claro está, era ya cultural, en el lato sentido de este término; pero ahora, junto al empeño por determinar las condiciones de una literatura que fuera americana, comienza la prédica de toda una política cultural latinoamericanista, que rebasa con amplitud, en todas direcciones, lo literario estricto. Desde 1905, con las primeras páginas encaminadas de manera específica a hacer propaganda por la unión hispanoamericana, define y expresa su *americanismo político*; diversas motivaciones, ya presentes en etapas anteriores, vuelven ahora ostensible lo que hasta entonces se mantenía sólo implícito en el seno de aquellos dominantes americanismos de otra índole.

Después de 1910, en fin, en la última fase de su carrera, define y expresa, a partir del ensayo sobre el Libertador, su *americanismo heroico*; fue éste el coronamiento espontáneo de los anteriores, en cierto modo su desenlace, si no inevitable, sí natural, atendida la línea o dirección a lo largo de la cual su americanismo único se fue completando.

En suma: "El americanismo literario", de 1895; *Ariel*, de 1900; "Magna Patria", de 1905; "Bolívar", de 1911,¹ son los textos que van marcando, lustro por medio, cada una de las cuatro etapas a través de las cuales, por enriquecimientos sucesivos, el americanismo de Rodó fue estableciendo y unificando sus cuatro grandes dimensiones. Es cada uno de ellos, el primer inequívoco movimiento de los respectivos períodos que lo fueron orquestando.

Americanismo literario

Diversos elementos integran su americanismo literario. Se distribuyen ellos en dos vertientes. Por un lado, la previa toma de conciencia por sí misma de la literatura americana; por otro, el establecimiento de una determinada orientación espiritual en el seno de ella.

Bajo el aspecto, en cierto modo adjetivo, de la toma de conciencia, se trató para Rodó de superar las negativas condiciones de aislamiento regional, de desconocimiento del pasado y de falta de una estimativa responsable, en que se había venido dando la producción literaria de América. De

1 El ensayo "Bolívar" fue recogido por Rodó en *El Mirador de Próspero*, de 1913, sin asignarle fecha; había sido publicado por primera vez en 1912, pero el original manuscrito que obra en los papeles de Rodó, está fechado en diciembre de 1911, dato que debemos a Roberto Ibáñez.

ahí la triple tarea que consideró necesaria y a la que él mismo personalmente se abocó: la organización de la comunicación, de la historia y de la crítica literarias en el continente. En cuanto a la comunicación, difícilmente algún contemporáneo suyo le iguala en la extensión, constancia y eficacia del esfuerzo por medio del cual estableció y estrechó vínculos entre escritores hispanoamericanos de las más diversas regiones. En lo que se refiere a la historia, dedicó en la juvenil *Revista Nacional* varios trabajos a la reconstrucción del pasado literario del Río de la Plata, refundidos más tarde en el amplio y notable estudio que con el título de "Juan María Gutiérrez y su época" incorporó a *El Mirador de Próspero*. En el orden de la crítica, es el gran continuador hacia el 900, con otro calado y otra exigencia, de la crítica literaria continental fundada por el colombiano Torres Caicedo a mediados del siglo XIX.

Bajo el aspecto, más sustantivo, de la orientación espiritual —aquel en que reside realmente el fondo de su americanismo literario— se trató para Rodó de esclarecer las condiciones de la verdadera originalidad de la literatura de América. Era por el carácter original de sus contenidos artísticos, que ella venía aspirando a ser una literatura con personalidad propia, natural resultado de su emancipación y diferenciación de aquellas que, desde Europa, le habían servido de modelo en su nacimiento e infancia. Rodó saluda "la idea de originalidad literaria americana"; se siente captado y conducido por ella; se pone a su servicio. Pero se resiste a concebir esa originalidad en los estrechos términos en que lo venía siendo habitualmente, limitada sólo a ser expresión, por un lado, de la naturaleza

del Nuevo Mundo, por otro, de las tradiciones y costumbres de sus pueblos.

"El más generalizado concepto de americanismo literario —escribe en su citado ensayo de 1895— se funda, efectivamente, en cierta limitada acepción que la reduce a las inspiraciones derivadas del aspecto del suelo, las formas originales de la vida en los campos donde aún lucha la persistencia del retoño salvaje con la savia nueva de la civilización, y las leyendas del pasado que envuelven las nacientes históricas de cada pueblo." A lo que agrega: "Atribuir la magnitud de una reivindicación del espíritu de nacionalidad a la preferencia otorgada a esas inspiraciones, tiene mucho de exclusivo y quimérico."

No niega su significación y su importancia, como factores del carácter nacional de una literatura, a esos que llamará "sentimiento de la naturaleza" y "sentimiento de la historia".² Pero niega, sí, que ellos sean los decisivos, y previene contra el riesgo de "la exageración del espíritu de nacionalidad"; entendido de aquella manera insuficiente, "puede llevar en América, a los extremos del regionalismo infecundo y receloso que sólo da de sí una originalidad literaria obtenida al precio de incomunicaciones e intolerancias." Hay a su juicio, para la originalidad literaria, una tercera fuente de inspiración, que no ha de temer ni eludir la recepción y la influencia universalistas de las culturas extrañas. Cree necesario llamar la atención sobre ella, tanto más cuanto que

2 En el ensayo de 1895 les dedica sendos capítulos con los títulos de "El sentimiento de la naturaleza" y "Tradiciones y costumbres"; este último título es trocado por "El sentimiento de la historia", cuando aquel ensayo resultó refundido en el ya citado "Juan María Gutiérrez y su época", de 1913.

ésa será la fuente a la que él preferentemente acudirá:

"En la expresión de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana; en el vestigio dejado por una tendencia, un culto, una afección, una preocupación cualquiera del espíritu colectivo, en las páginas de una obra literaria, y aun en las inspiraciones del género más íntimo e individual, cuando sobre la manifestación de la genialidad del poeta se impone la de la índole afectiva de su pueblo o su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse, no menos que en las formas anteriores, la impresión de ese sello característico."

Esa tercera forma de inspiración, así enunciada analíticamente, puede resumirse, con términos del propio pasaje transcripto, en el "espíritu colectivo". Conforme al mismo pasaje, no le da Rodó —evitando la falsa oposición— carácter excluyente respecto a las dos primeras, o sea, el "sentimiento de la naturaleza" y el "sentimiento de la historia". Pero siguen a continuación párrafos que condensan en definitiva, a su propósito, todo el sentido que quería darle, o le daba, al americanismo literario: "Por otra parte, no es tanto la forzada limitación a ciertos temas y géneros como la presencia de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia sustancia lo que la mente adquiere, la base que puede reputarse más firme de la verdadera originalidad literaria." ³ Esa originalidad no es incom-

3 Cámblese ahí "originalidad literaria" por "originalidad filosófica", y se tendrá una excelente respuesta a la cuestión del *americanismo* filosófico, tan debatida en nuestra América medio siglo más tarde, en base a un planteamiento no sustancialmente diferente del de la cuestión del *americanismo* literario en el estudio de

patible con la universalidad: "Una cultura naciente sólo puede vigorizarse a condición de franquear la atmósfera que la circunda a los «cuatro vientos del espíritu». La manifestación de independencia que puede reclamársele, es el criterio propio que discierna, de lo que conviene adquirir en el modelo, lo que hay de falso e inoportuno en la imitación."

Porque así entendió el americanismo literario, como una manifestación ante todo del verdadero espíritu colectivo de las nacionalidades americanas, fue que rechazó enérgica y repetidamente el esteticismo modernista, en cuanto mero cultivo de formas, sonidos y colores, tan en boga en América hacia el 900. Exaltó en cambio —y practicó— a todo lo largo de su obra de escritor, la literatura que, no importa cuál fuere la fuente de su inspiración, tuviese efectiva trascendencia social, hiciese fértil propaganda de ideas, fuese eficaz instrumento de labor civilizadora. En otros términos, la literatura que atendiese los palpitantes reclamos de la vida y la realidad de nuestros pueblos, desde lo político y social hasta lo moral y espiritual. En suma, función social de la literatura americana, por la interpretación veraz del espíritu americano: he ahí su americanismo literario.

Lo resumía así en 1912, en carta al dominicano

Rodó. Con otras expresiones, venía éste a sostener, en definitiva, que la *literatura americana* original no debía limitarse a ser *literatura de lo americano*, por importante que ésta fuera. Es en el mismo espíritu que por nuestra parte hemos distinguido, a propósito del debate sobre el americanismo filosófico, entre *filosofía americana* y *filosofía de lo americano*, en nuestro *Filosofía de lengua española*. Montevideo 1963. (Véase la puesta al día de dicho debate en dos títulos recientes: Augusto Salazar Bondy *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, y Leopoldo Zea, *La filosofía americana como filosofía sin más*, ambos de Siglo Veintiuno, México, 1969.)

García Godoy, recogida en *El Mirador de Próspero* con el título de "Una bandera literaria":

"Despliega usted a los vientos todo un programa literario, en el que, como idea fundamental, aparece la idea de nacionalidad, entendida de alta manera, y en el que difunde su convicción de la necesidad de orientar el movimiento intelectual hispanoamericano en un sentido concordante con los caracteres y oportunidades del desenvolvimiento social y político de estos pueblos, de modo que la obra del escritor concorra, como una fuerza positiva, al gobierno de las ideas y las pasiones. Ninguna aspiración más generosa ni más justa. Yo he participado siempre de ella; yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor sustancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone a que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es *hombre*, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señorial contribución se asocie a la obra humana de la verdad y del bien. [...] Las circunstancias históricas tienen en esto, como en todo, considerable parte. Épocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo a las nacionalidades hispanoamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el *alma* hispanoamericana, el *genio* propio que imprima sello enérgico y distinto a su sociabilidad

y a su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías."

¿Cuántos mitos antirrodonianos no resultan destruidos por la sola lectura de esta página, concordante, por otra parte, con todo lo que Rodó escribió e hizo?

Americanismo cultural

Fue del americanismo literario, por esa vertiente sustantiva de la orientación de la literatura americana, que surgió y se expresó espontáneamente en Rodó, el americanismo cultural. Su gran manifiesto lo constituyó, en 1900, el *Ariel*. Ninguna discontinuidad, o ruptura, o rectificación respecto al primero. Éste fue, por el natural desenvolvimiento de sus virtualidades, el verdadero agente del segundo; de ahí que, no sólo no fuera sustituido, sino que, en cierto modo, resultara consolidado y vigorizado. Pero ha quedado atrás el americanismo circunscripto a las realizaciones artísticas de la literatura. Ahora se ha ampliado para convertirse en toda una política cultural específicamente destinada al hombre latinoamericano y a su comunidad.

Pudo verse cómo ya en 1895 entendía Rodó que "la base más firme de la verdadera originalidad literaria", habría de ser "la presencia de un espíritu autónomo, de una cultura definida". Es cuestión ahora, en 1900, de pasar sin más al asunto esencial de determinar para nuestra América, las condiciones de ese que ha de ser su *espíritu autónomo*, de esa que ha de ser su *cultura defini-*

da. Es lo que se propone el discurso de Próspero.

Tiene el americanismo cultural de Rodó, por vía de ese discurso, el carácter de un mensaje. ¿A quién? "A la juventud de América", reza la dedicatoria del libro. Tal dedicatoria asume en el texto un doble significado. Apunta, por un lado, al individuo, y por otro, a la comunidad. El término juventud refiere, en un sentido, a los jóvenes de América, a los concretos integrantes individuales de sus generaciones nuevas; y refiere, en otro, a América misma como agrupación de pueblos jóvenes, como entidad histórica y cultural de América: cualidad vital de América, ella misma joven. El individuo americano y la comunidad americana a quienes el mensaje iba dirigido, serán, pues, el joven americano y la América joven.

Para uno y otra el objetivo es el mismo. Se trata de un llamado a la definición y cultivo de la propia personalidad, una invocación al clásico *llega a ser el que eres*, verdadera médula del arielismo, como más tarde lo será, en otro plano psicológico, ético y filosófico, del proteísmo. Sólo que a la personalidad de la comunidad ha de llegarse por la personalidad del individuo. Se dirige en consecuencia Rodó, ante todo al joven americano, para formarlo, en primer lugar, como hombre sin más; en segundo lugar, como hombre de su comunidad y de su tiempo. Bajo el primer aspecto, su doctrina de la personalidad tendrá un alcance universal, que desborda los marcos de su americanismo propiamente dicho; bajo el segundo, es por intermedio de los jóvenes americanos así orientados a la condición de hombres cabales, que la joven América ha de lograr, ella misma, la definición de su personalidad esencial. Bajo el primer aspecto, Próspero habla a sus alumnos encarando el destino in-

dividual o personal de cada uno de ellos; bajo el segundo, les habla encarando el destino colectivo de América, de una América joven que, en última instancia, será en el futuro los que estén dispuestos a ser en su propio futuro los jóvenes americanos.

Está el discurso de Próspero distribuido en seis partes:

La *primera*, postula la necesidad de que cada generación entre a la vida activa con un programa propio, exalta la energía creadora de la juventud, y concluye con la afirmación, clave de todo el mensaje, de que América necesita grandemente de la suya.

La *segunda*, sienta la tesis de que el hombre no debe desarrollar una sola faz de su espíritu, sino su naturaleza entera; en el ejercicio de la obvia especialización que impone la lucha por la existencia, ha de reservar una parte del alma, por el cultivo de la vida interior, para las preocupaciones puramente ideales; justificados están los "diarios afanes por la utilidad", pero que, de tanto en tanto, ellos "cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas"; idea ésta cuyo desarrollo prepara para la doble renovación, individual y colectiva, de América: ni la vida de los individuos, ni la vida de las sociedades, deben tener un objetivo único y exclusivo.

La *tercera*, es un apéndice doctrinario de la segunda: el sentimiento de lo bello, y por tanto la cultura estética, son decisivos en la educación del espíritu individual tanto como en la definición del carácter de los pueblos.

La *cuarta*, desciende del plano de la teoría al de las realidades históricas, para enjuiciar el uti-

litarismo propio de las condiciones en que se desenvuelve —con funestas consecuencias en las sociedades americanas— la moderna democracia de la civilización burguesa; bien entendida, la democracia es, por el contrario, el ambiente más propio para la verdadera cultura; bien entendida, es decir, siempre que el estado democrático asuma el deber de colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento, para la revelación, donde quiera que existan, de las únicas legítimas superioridades humanas, las de la virtud, el carácter, el espíritu; todo ello sin inmovilizar a estas superioridades en clases privilegiadas, y ni siquiera en clases, para lo cual ha de mantenerse su renovación incesante, a partir, siempre, de “las fuentes vivas del pueblo”.

La quinta, se aplica a denunciar a los Estados Unidos como “representantes del espíritu utilitario y de la democracia mal entendida”: doble denuncia que a esta altura del siglo XX la formulan a coro los pueblos de todos los continentes. Domina en ellos —continúa la denuncia— “la influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica”. La denuncia se hace necesaria por la imperial aspiración de aquella república a la hegemonía de la civilización contemporánea, imponiendo “lo que ha solido llamarse en Europa el espíritu de *americanismo*”, y por la tendencia de los países americanos del sur a imitar su ejemplo. No deja Próspero de reconocer los aspectos aceptables y aun admirables de la civilización norteamericana, incluso, por supuesto, lo positivo o fecundo de sus realizaciones materiales, pero atendida la deformación utilitaria de aquella democracia del di-

nero, concluye: la civilización norteamericana no puede servir de tipo o modelo único.

La *sexta*, cerrando el círculo, vuelve al asunto de la primera: la invocación al porvenir de América, la nuestra, como entidad colectiva, por la acción creadora de sus hombres jóvenes; sólo que ahora, establecido a lo largo del discurso el programa que ha de conducir a la personalidad cultural, aquella invocación ha pasado de lo todavía indefinido a lo ya definido: se trata para nuestra América de no renunciar a la originalidad de su carácter; de desarrollar, al margen de toda imitación servil, las virtualidades que le son inherentes, como potencial sujeto de una civilización propia. De una civilización que, sin dejar de asimilar ejemplos como el norteamericano en aquello que tienen de fecundos, resulte libre heredera y continuadora de la gran tradición cultural latina, que es la suya.

De tal desenlace deriva el simbolismo de Ariel, el "héroe epónimo en la epopeya de la especie", feliz coronamiento de la evolución de la naturaleza, que hace "terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas con la llamada del espíritu". Actúa superando incesantemente las realidades materiales y los intereses utilitarios que representa Calibán, pero condicionado —en el doble y opuesto aspecto de contención y de acicate— por ellos. Es en tal sentido la obra de Calibán, a la vez negativa y positiva, y por lo tanto, dialéctica la confrontación de ambos símbolos. "La historia humana muestra en definitiva —dice Próspero a sus alumnos— una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal." En virtud de esa confrontación dialéctica es que Ariel, "atado por lazos materiales", "vencido una y mil

veces", siempre "resurge inmortalmente", siempre "recobra su juventud y su hermosura", siempre "acude ágil, como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman e invocan en la realidad".

En esa misma concepción dialéctica del arielismo se funda su sentido de la tradición. Todo el mensaje de Próspero tiene, del principio al fin, un marcado acento juvenilista y porvenirista. Pero apelaba al mismo tiempo a las inspiraciones del pasado cultural. Es que no concebía el porvenir, en el cual ponía todas sus esperanzas, sino como continuidad creadora del pasado, como producto de la armoniosa incorporación de lo nuevo a lo que de vivo y fecundo perdura en lo viejo. Rechazaba expresamente la tradición conservadora y rutinaria, como la de los partidos conservadores del continente, que denuncia en el ensayo "Rumbos Nuevos" de *El mirador de Próspero*; pero defendía, como lo ha hecho el verdadero espíritu revolucionario de todos los tiempos, y en especial del nuestro, la tradición viviente e innovadora.

Con ese criterio entendía las relaciones culturales a tener, o mantener, por la joven América con la vieja Europa. Por eso ya en 1897 escribe a Rufino Blanco Fombona: "Yo profesaré siempre el lema *americanista* que una vez escribí y que tan grato ha sido a usted; pero nos diferenciamos en que su americanismo me parece un poco belicoso, un poco intolerante; y yo procuro conciliar con el amor de nuestra América el de las viejas naciones, a las que miro con un sentimiento filial". Y expresa luego en *Ariel*, en párrafos que son la suma y compendio de su americanismo cultural:

"Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido, por cuya permanencia, por cuya

integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la «personalidad». Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos —los americanos latinos— una herencia de raza, una tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmanante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán el americano definitivo del futuro.”

Americanismo político

Si en la obra de Rodó el americanismo literario conduce naturalmente al americanismo cultural, éste, a su vez, conduce no menos naturalmente al americanismo político.

La verdad es que ya en 1896, en carta a Manuel Ugarte sobre la unidad literaria de América, había dicho: “Mientras una grande institución de ese género [institución literaria continental] no prepare, por la unidad de los espíritus, el triunfo de la unidad política vislumbrada por la mente del Libertador...” Pero es a partir de 1905 que tal idea de la unidad política, mentada entonces al pasar, aunque de modo bien preciso, y luego pospuesta por otros tópicos americanistas, reaparece para convertirse en reiterada preocupación de primer plano.

A ese año pertenece la página recogida en *El Mirador de Próspero* con el título de “Magna

Patria", donde Rodó dice: "La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral —el sueño de Bolívar— es aún un sueño, cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importal." En distintas oportunidades vuelve a esa idea de la unidad política, resultante de la concepción de América, la nuestra, como una grande y única patria, llamada a expresarse internacionalmente por el órgano de una gran confederación. En 1909, por ejemplo, con motivo del histórico Tratado Uruguay-Brasil de ese año, declarará en el seno del Parlamento:

"América tiende desde sus orígenes, por el pensamiento consciente de sus emancipadores, de los fundadores de los pueblos que la constituyen, a formar una confederación de naciones. Esta confederación de naciones será primero una confederación moral, una armonía de intereses, de sentimientos, de ideas. Será, algún día muy lejano, una gran unidad política, como lo soñaba el Libertador Bolívar, cuando pensaba que en el Istmo de Panamá, que une las dos mitades del continente americano, se reunirá algún día el Congreso anfictionico que mantendrá con lazos perdurables la unidad de los pueblos del nuevo mundo."

Y todavía en su último escrito americanista, fechado en Roma en diciembre de 1916, pocos meses antes de morir, reiteraba que los hispanoamericanos somos esencialmente "unos", y que lo seremos aun más en el futuro, "hasta que nuestra unidad espiritual rebose sobre las fronteras nacionales y prevalezca en realidad política".

De esa idea de la unidad política por la confederación, es inseparable en Rodó, la preocupación por preservar a nuestras nacionalidades de la absorción imperialista de Estados Unidos. En una

página escrita en 1906 para una revista de Buenos Aires, hace un llamado a aquella "magna confederación" anhelada por Bolívar, que "anudaría sus indestructibles lazos sobre ese Istmo de Panamá que una política internacional de usurpación y de despojo ha arrancado de las despedazadas entrañas del pueblo de Caldas y Arboleda". Expreso repudio del entonces más reciente de los zarpazos yanquis.

En 1912, en la ya citada carta al dominicano García Godoy, recogida en *El Mirador de Próspero* con el título de "Una bandera literaria", alude a la eficacia del sentimiento nacional arraigado en la tradición y en la conciencia de un pueblo, "para resistir a las amenazas de absorción a que dé aparentes facilidades la debilidad material". Que tales amenazas las veía por el lado de la gran potencia del Norte, resulta claro de lo que dice inmediatamente: "Por razones de situación geográfica, en la patria de usted adquiere doble oportunidad ese propósito, es más urgente e ineludible la obligación moral de ponerlo en obra". A lo que agregaba: "Pero el legítimo alcance de él abarca toda la América que habla en la lengua del Descubridor, toda la América nuestra, representada y querida como una magna patria indivisible, en la que es necesario avivar la conciencia de su propia unidad y el entendimiento y el amor de las tradiciones históricas donde esa unidad radica".

En el mismo año 1912, en abril, en artículo titulado "Nuestro desprestigio", profetiza un nuevo zarpazo yanqui que ocurriría exactamente dos años después: "Allí tenemos en México el desfreno revolucionario en todo su vigor, hasta temerse para aquella república fuerte la deprimente intervención yanqui". La intervención se produ-

jo en abril de 1914, cuando tropas norteamericanas ocuparon por la fuerza el puerto mexicano de Veracruz. Toda Latinoamérica se conmovió. La agitación de la opinión pública uruguaya fue muy grande. Un comité juvenil encabezado por los poetas Julio Raúl Mendilaharsu y Carlos María de Vallejo, invitó a un mitin callejero de protesta, muy probablemente el primero que haya tenido lugar en el país contra el imperialismo yanqui. Asistieron varios miles de personas y tuvo gran resonancia periodística, política y parlamentaria por la violenta represión policial de que fue objeto.

He aquí el texto de la invitación que había hecho pública el comité organizador: "*Al pueblo uruguayo*. Tropas yanquis han invadido a México, patria hermana de nuestra patria. Después de Puerto Rico, después de Cuba, después del desmembramiento de Colombia para fundar la República de los traidores de Panamá, el pueblo de Monroe ha pisoteado sus doctrinas democráticas y se presenta ahora como el blondo Tartufo de la política internacional. Para protestar contra ese acto de cesarismo vejatorio, invitamos a todo el pueblo a una manifestación, sintiéndonos solidarios por la comunidad de lengua y de raza, de triunfos en lo pasado, de aspiraciones en lo presente y de victorias en lo porvenir. ¡Viva México! ¡Viva la América Latina!" En vísperas del acto adhirieron expresamente a esa invitación, los estudiantes organizados y más de un centenar de personalidades intelectuales y políticas. Encabezaba la larga lista de éstas, el nombre de José Enrique Rodó.⁴

4 *La Democracia*, 25 de abril de 1914, 1ª pág., col. 4ª. Sobre todo el episodio y sus derivaciones, véanse los diarios de la época: *La Democracia*, *La Razón*, *Diario del*

En setiembre del mismo año 1914, estallada la guerra mundial, combatiendo el imperialismo alemán de la época escribió Rodó esta advertencia, de acentos proféticos:

“Un imperialismo nacional europeo, vencedor del resto de Europa, y, por tanto, sin límite que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano, que hallaría en la común conciencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparos su escudo protector.” ⁵

El sentimiento antimperialista de Rodó queda así, contra lo que a veces se ha dicho, inequívocamente documentado. ⁶ Claro está que del

Plata, El Día, Diario Español, La Tribuna Popular, El Telégrafo, de 24 de abril y días siguientes.

5 Con ese texto se relaciona otro que alude a los “imperialismos absorbentes”, escrito también durante la guerra, pero que figura sin fecha en publicaciones póstumas: “Todos los sentimientos propios para originar entre los pueblos lazos de simpatía y solidaridad, vinculan estrechamente a la América Latina con los aliados del Occidente europeo; el sentimiento de la comunidad de la raza, el de la participación en el culto de las instituciones liberales, el influjo cultural persistentemente recibido, el de la intimidad determinada por la afluencia inmigratoria, el del interés internacional opuesto a los imperialismos absorbentes, de modo tal, que jamás, desde que nuestra América adquirió conciencia colectiva, han ocurrido en el mundo acontecimientos más capaces de apasionarla y preocuparla.” (*Obras Completas* de Rodó, editadas por Emir Rodríguez Monegal en Aguilar, S. A., Madrid 2ª ed., 1967, pág. 1240.)

6 Últimamente se ha atribuido a Rodó, con algún fundamento, un editorial antimperialista del diario *El Telégrafo*, de 4 de agosto de 1915, así titulado: “Cuestiones Internacionales. ¿Intervención en México?”. Sin embargo, si bien Rodó colaboraba por esas fechas en

imperialismo tuvo la concepción todavía dominante en su época en América tanto como en Europa, aun en los medios socialistas: fenómeno ante todo de expansionismo territorial, militar y político. O sea, sin la comprensión todavía de los modernos aspectos de expansión económica del capital financiero monopolista, comprensión que recién empieza a difundirse, más acá de algunas anticipaciones técnicas, con la clásica obra de Lenin, fechada por los mismos días de 1917 en que Rodó se moría.

Y sin embargo, no impidió ello que el propio Rodó, ya en *Ariel* intuyese la naturaleza esencialmente económica del imperialismo norteamericano. Cuando enjuicia el utilitarismo de Estados Unidos, es el espíritu de su capitalismo lo que

dicho diario, el mencionado editorial apareció sin firma, razón por la cual no lo incluimos entre los textos del presente volumen. Por otra parte, sus conceptos antimperialistas se hallan contenidos en otros textos suyos. (Véase: Juan José López Silveira. *Imperialismo yanqui* 1961 en *América Latina*, Montevideo, 1962, folleto; Mario Benedetti *Genio y figura de José Enrique Rodó*, Eudeba, Buenos Aires. 1966, págs. 104-105; Eugenio Petit Muñoz, *Cuadernos de Marcha*, N° 1, Montevideo, 1967, pág. 92; Emir Rodríguez Monegal, *Obras Completas de Rodó*, ed. citada, págs. 1078-1979. El primero reproduce íntegro el artículo, los tres últimos fragmentariamente.)

Damos cabida aquí, en cambio, al reciente testimonio contenido en el libro de Julio Lago, *Juan María Lago, abogado del 900*, Montevideo, 1967, pág. 89, donde el autor recuerda personalmente el siguiente diálogo:

"Rodó. — Yo también he querido combatir el imperialismo del gran pueblo norteamericano; la América Latina no se ha emancipado del imperio español para caer en el expansionismo de los anglosajones; hay una diferencia del concepto del mundo entre nuestras naciones y la patria de Washington; defender nuestra idiosincracia nuestra personalidad, es defender nuestra independencia.

"Lago. — ¿Pero cómo podrán, mi querido amigo, las pobres patrias nuestras, salvarse de este imperialismo?

"Rodó. — Únicamente con la bandera de Bolívar, que es la unidad hispanoamericana."

enjuicia. En su pluma, el término utilitarismo, aplicado en su tiempo a una forma de civilización, a un régimen social, a un tipo de democracia, resulta equivalente al de capitalismo, aunque este término no figure en su léxico. Resulta muy claro de la carta a Rafael Barret que incluyó en *El Mirador de Próspero*, donde declara llevar dentro del alma un fondo "de protesta, de descontento, de *inadaptación*, contra tanta injusticia brutal, contra tanta hipócrita mentira, contra tanta vulgaridad entronizada y odiosa, como tiene entretejidas en su urdimbre este orden social transmitido al siglo que comienza por el siglo del advenimiento burgués y de la democracia utilitaria". Democracia utilitaria no era más que una manera de decir, nombrándola por su espíritu, democracia capitalista.

La crítica al utilitarismo de Estados Unidos que realiza en *Ariel*, lo conduce a escribir: "La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo". Dicho lo cual, apunta en seguida la inmanente tendencia imperial que encierra el fenómeno: "La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuerde, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia que, en los últimos tiempos de la república romana, es uno de los antecedentes visibles de la ruina de la libertad y de la tiranía de los Césares".

Párrafos antes había aludido a uno de los instrumentos "de su grandeza y de su imperio". Y párrafos después vuelve a recordar la sugestión

para los yanquis del modelo de Roma: "A medida que el utilitarismo genial de aquella civilización asume así caracteres más definidos, más francos, más estrechos, aumentan, con la embriaguez de la prosperidad material, las impaciencias de sus hijos por propagarla y atribuirle la predestinación de un magisterio romano". Es decir, de un magisterio imperial. No es todavía la conciencia acabada del imperialismo económico en sus leyes íntimas; pero es un avance profundo —tan profundo como el medio y la época pudieron permitirlo— en el camino que conduce a ella.

El americanismo político de Rodó no se agota en la afirmación de la unión o confederación futura de Latinoamérica, y en la negación del imperialismo norteamericano, aunque éstos fueran sus tópicos fundamentales. A ello se suma su labor de conciencia histórico-política americana; su inquietud por el caos y atraso político de nuestros países; su interés por las reivindicaciones sociales de los trabajadores del continente y su naciente socialismo; su protesta contra la secular servidumbre del indio; su denuncia de represiones obreras, como lo hace en su citado artículo "Nuestro desprestigio", de 1912: "En el Perú se ejecuta a obreros inermes cuyo único delito consistía en la protesta contra el rudo trato de los caporales y la mezquina retribución de un jornal irrisorio".

Americanismo heroico

El americanismo político, en su aspecto de ideal de unión o confederación continental, alcanzó en Rodó su máxima vivencia hacia 1910, cuando toda América celebraba el Centenario de la Revolución. Muy naturalmente ese americanismo

lo condujo entonces al que llamamos su americanismo heroico.

Al así llamarlo, no hacemos más que dar una forma terminológica a la interpretación de Luis E. Gil Salguero, para quien ciertos trabajos de Rodó encierran una teoría del héroe y de la promoción de lo heroico en América.⁷ Fue escrito en 1911, como ya se vio, el ensayo capital de aquella teoría, dedicado a Bolívar, el héroe americano por antonomasia, cuya idea de la unión americana venía exaltando Rodó desde 1896. Las inspiraciones centenarias de la revolución fueron, sin duda, el origen de aquel ensayo.

Pero, si el americanismo político es, en Rodó, la fuente inmediata de su americanismo heroico, resultó éste en definitiva, no separable tampoco de los americanismos literario y cultural. El héroe americano no será para él, solamente, el de la acción revolucionaria, militar y política; lo será, no menos, el de la pluma, por el acceso, en ciertas individualidades, a planos de heroísmo, de la lucha por los valores del espíritu y la cultura. A menudo en duras condiciones de aislamiento y soledad, cuando no de incomprensión y hasta de hostilidad, esa lucha ha engendrado también héroes. Lo explicita en el ensayo sobre Montalvo. Ciertamente tuvo éste acción política con rasgos de heroísmo. Pero fue héroe ante todo como escritor. Es en lo que Rodó pone el acento:

"Pero, aun en la ciudad o cerca de ella, y con la compañía de sus libros, grandes hubieron de ser los obstáculos que puso ante él la precaria armazón de cultura de su pueblo. Él nos refiere el heroísmo que era necesario desplegar para

⁷ Luis E. Gil Salguero, *Ideario de Rodó*, Montevideo, 1943.

valerse de la imprenta: sólo a dura costa, y con ayuda de amigos, pudo dar a luz las entregas de *El Cosmopolita*. Y todo esto es, en su pasión, la parte menor y más liviana, porque queda el aislamiento y abandono espiritual, que es lo verdaderamente doloroso; queda el calvario de la incomprensión común: desde la que se eriza con las púas de la inquina a la superioridad, pasión de democracias chicas, hasta la que se encoge de hombros con un zafio menosprecio de toda labor desinteresada de estilo y de investigación, y la que, dentro mismo de estas actividades, ensordece a lo nuevo y personal, o afecta comprender y no comprende...; quedan, en fin, aquellos resabios de la aldea, por los cuales, para las altas cosas del espíritu, toda esta América española ha sido, en escala mayor, *soledad de villorrio*, como la del rincón aquel donde Montalvo compuso la más difícil de sus obras, ¡sin trato con semejantes y sin libros!... Bien se siente el resuello de esta herida cruel en la admirable introducción a los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*."

Dicho eso, agrega a continuación inmediata estas palabras, por las que cabe adivinar hasta qué punto sentía él mismo lo heroico de su propia milicia intelectual: "Y apenas hay alto ingenio americano que no haya expresado alguna vez parecido sentimiento, o no lo deje percibir en una callada vibración de sus escritos".

No es del caso entrar en esta oportunidad en todas las implicaciones doctrinarias de su concepción de lo heroico. Es de señalarse, sin embargo, que si su evocación de los héroes se presenta, por un lado, como reconstrucción histórica del pasado, forma parte, por otro, del carác-

ter prospectivo de todo su americanismo. Tiene América grandes ejemplares de héroes. Pero tiene, por encima de todo, necesidad de lo heroico, como cualidad del carácter individual, para el cumplimiento de su imperioso programa de regeneración, no sólo política, sino también cultural; el gran programa de la definición y organización de la cultura americana, supuesto indispensable de la anhelada unidad política del continente. El modelo de los héroes del pasado será eficiente factor de promoción, presente y futura, de lo heroico.

Bolívar y Montalvo fueron los únicos héroes cuya etopeya alcanzó a realizar tal como quería. Era su propósito dedicar un estudio análogo a Martí.⁸ Deseó también hacerlo con nuestro Artigas. Al respecto informa Emir Rodríguez Monegal:

"Toda su vida expresó Rodó una enorme admiración por el Jefe de los Orientales. En varias oportunidades manifestó su deseo de dedicarle un ensayo de interpretación biográfica, como los que realizara sobre Bolívar o sobre Montalvo. No pudo llevar a cabo este proyecto. Confidencias amicales aseguran que se lo impedía la existencia de obras con las que no deseaba entrar en competencia: *Epopeya de Artigas* de Juan Zorrilla de San Martín, y el *José Artigas*, de Eduardo Acevedo. Por esta u otra razón, sólo dejó apuntes o indicios en sus escritos de lo que hubiera podido ser un *Artigas* suyo."⁹

Esos apuntes o indicios están, en sí mismos, sobrados de elocuencia. Posteriores todos ellos a

⁸ *Obras Completas* de Rodó, ed. citada, págs. 1459 y 1475.

⁹ *Ibidem*, pág. 1175.

la recopilación realizada en *El Mirador de Próspero*, donde figuran los ensayos sobre Bolívar y Montalvo, ha llegado la hora de que se les reúna para ser colocados junto a éstos. Es lo que se hace en el presente volumen.

Testamento americanista

En diciembre de 1916, o sea, pocos meses antes de morir, estando en Roma, cuna de la latinidad, escribió Rodó un artículo que figura en *El Camino de Paros* con el título de "Al concluir el año". Un breve pasaje de ese artículo encierra un mensaje al que, por la naturaleza de su contenido y por las circunstancias en que fue emitido, llamamos años atrás "El testamento de Rodó".¹⁰

La expresión "testamento" aplicada a ese mensaje, ha sido luego reiterada. En la selección de textos del presente volumen la hemos colocado con una variante —"Testamento americanista"— como título principal de todo el artículo. He aquí el fragmento que contiene el mensaje:

"La comprobación de este sentimiento en los americanos a quienes he tratado en Europa [el sentimiento de la unidad continental] parece el más grato mensaje que pueda enviar, al concluir el año, con mis filiales votos de amor, a mis dulces tierras de Occidente. Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto, si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría: —«Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arrai-

10 *Marcha*, Nº 391, 8 de agosto de 1947, pág. 1.

gar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que en la interpretación de nuestro pasado, al descifrar la historia y difundirla; en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de la educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra, o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males; todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad».

No se podrá decir que ese mensaje ha perdido su vigencia.

ARTURO ARDAO

LOS TEXTOS

I

AMERICANISMO LITERARIO

EL AMERICANISMO LITERARIO

Primera parte del ensayo publicado con este título en la Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales, en julio 10, agosto 10 y noviembre 10 de 1895. (Con otros ensayos sobre temas anexos fue refundido en el amplio estudio sobre "Juan Martín Gutiérrez y su época" que figura en El Mirador de Próspero, 1913.)

La aspiración de comunicar al boceto apenas delineado de la literatura americana, un aire peculiar y distinto que fuese como la sanción y el alarde de la independencia material y complementara la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y la forma, es una de las energías que actuaron con insistentes entusiasmos, a partir del definitivo triunfo de aquella independencia y en medio de las primeras luchas por la organización, en el espíritu de los hombres que presidieron esa época inicial de nuestra cultura.

La misma aspiración de originalidad se ha manifestado al través de las generaciones sucesivas, determinando ensayos y esfuerzos que, en gran parte, la han trocado en una hermosa realidad. Ella vivifica, al presente, en todas las secciones de América, un movimiento de opinión literaria que comparte con las más exóticas sugerencias de la imitación, la actividad productiva;

y es lícito afirmar que la idea de esa originalidad del pensamiento americano apenas dejaría lugar a discusión en cuanto a su conveniencia y legitimidad, si ella se mantuviera en una indeterminada penumbra y no adquiriese de la definición que la convierte en lema de guerra de ciertos apasionamientos literarios, un significado preciso.

El más generalizado concepto del americanismo literario se funda, efectivamente, en cierta limitada acepción que la reduce a las inspiraciones derivadas del aspecto del suelo, las formas originales de la vida en los campos donde aún lucha la persistencia del retoño salvaje con la savia nueva de la civilización, y las leyendas del pasado que envuelven las nacientes históricas de cada pueblo.

Atribuir la magnitud de una reivindicación del espíritu de nacionalidad a la preferencia otorgada a esas inspiraciones, tiene mucho de exclusivo y quimérico. Es indudable que el carácter nacional de una literatura no ha de buscarse sólo en el reflejo de las peculiaridades de la naturaleza exterior, ni en la expresión dramática o descriptiva de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional. En la expresión de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana; en el vestigio dejado por una tendencia, un culto, una afección, una preocupación cualquiera del espíritu colectivo, en las páginas de una obra literaria, y aun en las inspiraciones del género más íntimo e individual, cuando sobre la manifestación de la genialidad del poeta se impone la de la índole afectiva de su

pueblo o su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse no menos que en las formas anteriores la impresión de ese sello característico. Por otra parte, no es tanto la forzada limitación a ciertos temas y géneros como la presencia de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia sustancia lo que la mente adquiere, la base que puede reputarse más firme de la verdadera originalidad literaria.

La exageración del espíritu de nacionalidad, entendido de la manera insuficiente a que hemos aludido, puede llevar en América a los extremos del regionalismo infecundo y receloso que sólo da de sí una originalidad obtenida al precio de incomunicaciones e intolerancias: el de la literatura que se adhiere a la tierra como una vegetación y parece describir en torno suyo el límite insalvable que fijaba la huraña personalidad de la ciudad antigua al suelo consagrado por sus dioses.

Una cultura naciente sólo puede vigorizarse a condición de franquear la atmósfera que la circunda a los "cuatro vientos del espíritu". La manifestación de independencia que puede reclamársele, es el criterio propio que discierna, de lo que conviene adquirir en el modelo, lo que hay de falso e inoportuno en la imitación.

Debe reconocerse, sin embargo, en el movimiento que se esfuerza por mantener la inspiración de las tradiciones y los usos nativos en la literatura de los pueblos de América, un fondo de oportunidad que le hace fuerte y prestigioso. Él no ha de darnos la fórmula de una cultura literaria que abrace todas las exigencias naturales de nuestra civilización, todas las aspiraciones legítimas de nuestra mente, pero puede ser un elemento nece-

sario y fecundo dentro de la unidad de una literatura modelada en un concepto más amplio, y puede significar, en cierto límite, una inspiración regeneradora que fortalezca con el culto de la tradición y el sentimiento de la nacionalidad, la conciencia de pueblos enervados por el cosmopolitismo y negligentes en la devoción de la historia.

La idea de la originalidad literaria americana tiene, de cualquier manera, en la importancia y significación del movimiento a que da impulso, títulos sobrados a la consideración de la crítica. Nuestro objeto, en el estudio que iniciamos, es determinar sumariamente el proceso histórico de esa idea y examinar hasta qué punto puede ella ser el cauce en donde vuelque su actividad, el espíritu de las nuevas generaciones.

Una mirada rápida tendida sobre el pasado literario de nuestros pueblos, nos preparará para abordar esos dos temas de estudio. En ella consideraremos, no sólo los precedentes del americanismo, según la acepción que hemos precisado, sino toda manifestación que acuse la existencia de un espíritu propio, ya por la tentativa de inspirarse en los atributos de la naturaleza o de poner en juego los elementos dramáticos de la sociabilidad, ya por la expresión de las energías y espontaneidades del sentimiento público.

Vano sería investigar en el espíritu o la forma de la literatura anterior a la emancipación, una huella de la originalidad cuyos precedentes históricos buscamos.

No era la escuela de la época la que se oponía en primer término a la manifestación de esa originalidad, sino, ante todo, las condiciones de la vida y la modelación de los caracteres.

El principio de imitación de modelos irremplazables, base de las antiguas tiranías preceptivas, era, con relación al pensamiento y la sociabilidad de la colonia, una fuerza que trascendía de su significado y alcance literario para convertirse en la fatal imposición del ambiente y el molde natural de toda actividad, lo mismo se tratara de las formas de la producción y la cultura que de otra cualquiera de las manifestaciones de la vida del espíritu.

La colonia, privada de toda espontaneidad en la elección de las ideas y la confesión de los sentimientos, enteramente extraña al impulso que encauzaba su vida e inconsciente de la educación que modelaba su carácter, dócil arcilla dentro de una mano de hierro, no pudo sino imitar el modelo literario que venía sellado por la autoridad de que recibía leyes, hábitos, creencias. El remedo servil estaba en la naturaleza del terreno de que se nutría aquella lánguida vegetación literaria, como lo estaba el gusto prosaico y enervado que, sin dejar de explicarse por las influencias y modelos de la decadencia española, era en gran parte el reflejo de la monotonía tediosa de la vida y del tímido apagamiento de la servidumbre.

Faltaba, para que la literatura tuviera cierto valor de significación social y sintética, la efectividad de un espíritu colectivo y ella era un resultado exclusivamente personal.

De la inspiración que brota de las pasiones de la lucha, de los entusiasmos de la acción, y se exhala, al modo de la fosforescencia de los mares, del oleaje de ideas que se entrechocan; de la poesía que es como el portaestandarte de un conjunto humano que marcha a la conquista del ideal, no pudo resonar un acento solo en el seno de socie-

dades privadas de todos los estímulos que realzan y embellecen la vida de los pueblos —como, al decir de Larra, no se produce eco entre las tumbas—.

De la serenidad de la atmósfera moral, propicia al florecimiento literario, de la serenidad que no excluye la animación del pensamiento ni el centellear de las pasiones generosas, y es la armonía establecida de todas las fuerzas y todas las actividades sociales con campo abierto para el esfuerzo desinteresado del torneo, con vastos horizontes para la difusión tranquila de la luz, no había tampoco los halagos ni las inspiraciones dentro del ritmo rutinario con que los días rodaban a un pasado comparable a inmensa acumulación de aguas muertas, sin que uno de ellos hiciera dibujarse al caer sobre su superficie soporosa el estremecimiento de la vida.

Sin duda, una gran parte de la literatura de la colonia es la expresión de los hechos reales y actuales de la sociedad en que se producía, pero la trivialidad constante de esos hechos que urden la trama de una existencia estéril y monótona, quita todo valor significativo a las páginas que los reflejan y las reduce a la condición del diario de una travesía sin percances frente a playas desiertas y brumosas.

Y si el carácter de la producción literaria no podía originarse de la presencia de un espíritu autónomo que informara la vida y la sociabilidad colonial, imprimiéndole sello peculiar y distinto, tampoco era posible que él brotara de la dilatación del alma española a través del océano que dividía el inmenso imperio, ni que recogiera su inspiración en las tradiciones y los sentimientos de raza simbolizados en la bandera que tendía su sombra desde el Estrecho a las Antillas, haciendo de ellos

el hilo que transmitiera a la pluma del escritor y condensara en el canto del poeta el fluido eléctrico del espíritu de la multitud.

El desvanecimiento progresivo de la conciencia de esa unidad moral en las colonias americanas y la pérdida de todo sentimiento de la gloria y la tradición de la metrópoli, son hechos que inspiraron al gran viajero de quien ha podido exactamente afirmarse que realizó a principios del siglo un segundo descubrimiento de nuestra América, observaciones llenas de interés. "Las memorias nacionales, afirma Humboldt, se pierden insensiblemente en las colonias, y aun aquellas que se conservan no se aplican a un pueblo ni a un lugar determinado. La gloria de Pelayo y del Cid Campeador ha penetrado hasta las montañas y los bosques de América; el pueblo pronuncia algunas veces esos nombres ilustres, pero ellos se presentan a su imaginación como pertenecientes a un mundo puramente ideal o al vacío de los tiempos fabulosos." ¹

Y en cuanto a las memorias y las leyendas de las razas que representaban la tradición de libertad salvaje de la América junto a la posteridad del conquistador, sólo con las protestas de la independencia debía venir la reivindicación de tales vestigios del pasado como cosa propia de la tierra, como abolengo de su historia. "El colono de la raza europea —añade Humboldt— se desdén de cuanto tiene relación con los pueblos vencidos. Colocado entre las tradiciones de la metrópoli y las de la tierra de su cuna, considera las unas y

1) "Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente." Cap. V. Lib. II. (Nota del autor.)

las otras con la misma indiferencia, y muy raras veces arroja sus miradas sobre lo que fue."

Mudo y desierto el horizonte del pasado, contenida dentro del cauce de un reposo sin gloria la vida del presente, y velada por una fatalidad ajena a toda intervención de esfuerzos propios la perspectiva del porvenir, no era posible para la vida colectiva la expresión literaria, ni para la obra del pensamiento individual la repercusión del espíritu público que la convierte en luz y fuerza de todos.

La contemplación de una naturaleza cuya poesía desbordante no había sido traducida al lenguaje humano jamás; los rasgos propios que determinaba la lucha de la civilización y el desierto en las costumbres, sólo hubiera sido posible que brindaran inspiraciones de originalidad a la descripción y al relato, si estas formas de arte hubieran reposado para la escuela de los tiempos en la imitación de la vida.

Con la proximidad de la Revolución, ciertas audacias e inquietudes del pensamiento parecen estremecer las páginas de la literatura colonial, como el soplo de viento levantado por un batir de alas. Una de las manifestaciones precursoras de la definitiva transformación de las ideas y sentimientos públicos es, en los últimos tiempos de la colonia, la vibración creciente de los afectos, las aspiraciones y las necesidades sociales en la palabra escrita; el movimiento de publicidad que iniciaron en el Río de la Plata las memorias de Belgrano y los escritos de Vieytes en la propaganda de la libertad económica y que debía tener su más resonante manifestación de elocuencia en el *Memorial de los hacendados* y su más alta nota de sentimiento en el canto de triunfo en que el

futuro Rouget de la Revolución ungía la frente de la poesía inspirada en las altiveces del honor nacional y los arrobamientos de la gloria, sobre las calles donde aún no se había oreado el riego de sangre de la Reconquista. Y como elementos de este ejercicio de aprendizaje del pensamiento propio en vísperas de la época en que él sería el motor de la marcha de la colonia emancipada, nace el amor al estudio de las tradiciones históricas del virreinato que no se manifiesta sólo por la investigación y la narración de la crónica desnuda e indiferente, coloreándose en las páginas de Funes, de Araújo, de Rivarola, y en las monografías locales que los primeros periódicos acogen en sus columnas, con ciertos toques de sentimiento patriótico y tradicional, al mismo tiempo que se manifestaban como uno de los temas preferidos de esos mismos periódicos que reflejaron las primeras agitaciones del pensamiento y la adquisición de los primeros elementos de cultura, las descripciones geográficas del suelo que contribuían a hacer conocida la expresión material de la patria que se esbozaba. Pero aun tuvo una manifestación que más directamente se relaciona con nuestro tema este sentimiento naciente de las cosas propias, y es el diseño de una poesía engalanada con los dones de la naturaleza regional, que Labardén trazó, sobreponiéndose a los influjos de su tiempo y escuela, después de haberse esforzado por calzar con el coturno trágico la leyenda de la América primitiva.

Llegamos ya a la época en que pudo manifestarse sin reatos el espíritu de la colonia transfigurada en pueblo autónomo. La literatura de la independencia americana, como la actividad de la época a que dio expresión, fue absorbida por un

sentimiento y una idea. Reflejando esta inalterable unidad del espíritu de una época heroica, fue aquella literatura eminentemente nacional; pero no pudo serlo si por nacionalidad literaria ha de entenderse la expresión compleja y armónica de la vida de un pueblo, ni si se exige la condición de la forma propia y espontánea.

Sólo era dado al poeta aspirar al aplauso de las multitudes, si le devolvía en sus cantos el eco de la gloria que ellas conquistaban en la acción.

Todo quebrantamiento de ese tono inflexible hubiera semejado acaso una infracción de la ley suprema que obligaba a la lucha, un testimonio de enmuellecimiento, indiferencia u olvido, como lo parecían en Esparta las tentativas de alterar con la expresión de la voluptuosidad y el remedo de la gracia ateniense, la severa uniformidad del modo dorio, la melodía sugestiva de la emoción viril y del impulso del combate.

Aun dentro de esta limitación, el espíritu nacional de la poesía de la Independencia sólo resulta exacto si se le busca en la pasión que la generaba, en la conciencia del poeta que le daba vida. Ni el más ligero viso de nacionalidad puede señalarse en la indeterminación del clasicismo que presta apariencias artificiosas a una poesía que era, considerada por su inspiración esencial, toda ingenuidad y toda sentimiento.

Había sin duda elementos de oportunidad y de vida en este propio clasicismo de la forma, que trascendía en realidad a lo más íntimo del espíritu poético y se relacionaba con las inspiraciones vivificadoras de la Revolución, sellada desde su origen por la pasión del genio clásico, que había renacido para propiciar como ideal de gloria y de grandeza moral, la marcha de otra revolución hu-

mana a cuyo ejemplo se modeló en gran parte la de 1810. Pero la sinceridad del entusiasmo con que los actores del gran drama de América se transportaban en espíritu a la Antigüedad y aspiraban a ser continuadores de sus fastos, si bien levanta el clasicismo de su poesía muy sobre el nivel de un vano amaneramiento retórico, no la mantiene por eso menos alejada de la realidad. Aquellos mismos poetas que interpretaban el amor y el orgullo de la patria parecían cantar devorados por la nostalgia del Tíber y el Eurotas, y faltos de la percepción o del aprecio de las originalidades de la realidad que los rodeaba, sacrificaron la fisonomía peculiar y el elemento distintivamente pintoresco de la lucha a la imitación de las formas consagradas de la épica, sin una pincelada que diese la nota original del escenario y la actitud y el gesto expresivos del actor; sin una estrofa olvidada de lo antiguo, que guardara la repercusión del galopé de la montonera al través de la Pampa incommensurable, se colorease en los tintes de la naturaleza propia y modelara en bronce el brioso talante del gaucho.

La poesía de la revolución argentina, que Juan María Gutiérrez pudo justicieramente enaltecer en el conjunto de la primera inspiración americana, como la que más estrechamente vinculada se mantuvo a la épica realidad de los tiempos, la que encierra en sí una expresión más sostenida del sentimiento de la nacionalidad y una apoteosis más constante de su gloria, hubo de compensar esta superioridad que hizo de ella un elemento positivo del drama revolucionario con una fisonomía más austera y monótona, menos diversificada por la intervención de otros elementos y formas de poesía que se agruparan como notas armónicas

en torno de la nota guerrera, descubriendo, por decirlo así, la carne bajo la coraza, destacando un relieve personal sobre la uniforme expresión de la acción cívica, o esculpiendo en el cincelado puño de la espada una escena de la naturaleza, un cuadro de costumbres.

Terminado con el desenlace triunfal de la enopeya y con el fracaso de la obra de organización que debió poner su cúspide, el imperio de la escuela que había presidido a la manifestación de sus anhelos y sus glorias, ella no transmitió a la que debía reemplazarla, una sola tentativa de llegar al alma del pueblo y de empaparse en el jugo del terruño.

Alentaba una hermosa poesía popular, que el poeta clásico consideraba con el desdén del trovador palaciano hacia el romance del juglar villaneco, pero ese desdén la mantenía desvinculada del movimiento literario ostensible y del espíritu del hombre de ciudad. El clasicismo del siglo XVIII, donde tuvo la escuela de los poetas de la Independencia su modelo, había profundizado, hasta hacerlo irreconciliable, el divorcio de la inspiración popular y la erudita, obstinándose en el propósito de formar alrededor del poeta noble y elevado una atmósfera diferente a aquella en que respiraba la multitud. Esta infecunda separación de lo que debió por modo artístico enlazarse en la unidad de una sola y humana poesía, se reproduce en el aspecto de la actividad literaria de la época de Juan Cruz Varela y Lafinur. Hidalgo daba voz a la inspiración ingenua y agreste sin los prestigios de la forma que la hacen grata a las imaginaciones cultas; los poetas que glorificaban la obra social de Rivadavia, cincelaban la forma culta sin vivificarla por

los afectos e imágenes que halagan al sentimiento popular.

No era posible dentro de la escuela de la época la reconciliación que había de ser el significado prestigioso de *La Cautiva* y el secreto de su poderosa originalidad, la obra de nacionalizar el espíritu de la poesía nacida de la cultura urbana y ennoblecer la forma del verso humedecido en el aliento del desierto.

Para que pudiera ser escrita aquella obra de iniciación, para que el acento del poeta adquiriera originalidad expresiva de las cosas propias, era preciso que un vuelco radical de las ideas literarias se verificara, y que salvase los mares el espíritu de una revolución que debía ofrecerse al pensamiento de América con los prestigios de una nueva sanción de su autonomía, en cuanto propagaba a los dominios de la forma el aura bulliciosa de la libertad.

Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo, la grande idea de la nacionalización de las literaturas.

Reaccionando contra la unidad del modelo insustituible y el precepto inviolable, aquella revolución reemplazaba con la espontaneidad que debía conducir a cada pueblo a la expresión de su carácter propio la imitación que a todos los identificaba en la misma falsedad, y oponía la vinculación del verbo literario con todo lo del suelo, la época y el uso, a la abstracción de un clasicismo que, sin subordinarse a ninguna realidad determinada, presentaba el tipo universal por norma de arte y aspiraba, no a la reproducción directa y concreta de las cosas, sino a la expresión de la verdad ideal depurada de todo accidente, es decir, de todo rasgo local, de toda peculiaridad histórica.

La poesía dejaba de ser considerada como el patrimonio de ciertas selectas civilizaciones que hacían durar su espíritu en el legado de perennes modelos, y pasaba a ser un don universal, un don humano, cuya originalidad daba en cada una de sus formas históricas la medida de su valor, y cuya génesis debía buscarse en el modo de pensar y sentir propio de cada raza y cada pueblo, en las inspiraciones de su naturaleza, de sus costumbres, de sus glorias.

A aquel impulso igualitario con que la hegemonía del clasicismo francés había derribado en Europa las aras de los viejos dioses nacionales, en arte y poesía, sucede en todas partes donde repercute el grito de guerra de los innovadores, la altiva reivindicación del propio abolengo literario.

El balbuceo sublime de la inspiración sepultada por el Renacimiento fue evocado del fondo de la tradición; la "multitud" de Shakespeare se incorporó para difundir por el mundo la gloria de su solar nativo; el *Romancero* limpió de herrumbre su coraza; la Comedia del siglo XVII volvió a su juventud; y en las brumas del norte las viejas sagas despertaron para arrasarse, con el ímpetu de las tempestades boreales, la mustia poesía trasplantada del parque de Wieland y Voltaire a los invernaderos de la corte.

Levantábanse así las *voces de los pueblos* que Herder percibía en el rumor de la agitación literaria, y se aspiraba a que las literaturas fuesen la expresión de la personalidad de las naciones como el estilo es la expresión de la personalidad del individuo. Un millar de colores se alzaba sobre el blanco frontón de la Antigüedad.

El poeta americano contó, en su obra de crear literaria que buscaba sus inspiraciones en el espí-

ritu de una edad cuya evocación no hubiera tenido en América un sentido explicable; ni como escuela de idealismo que llegó a desdeñar, no menos que el sistema de imitación que había derribado, las fuentes de la realidad; ni como expresión artística de aquellos estados de conciencia que tendieron sobre la frente de las generaciones románticas su sombra y se tradujeron en sus poetas en clamores de rebelión individual y de conflicto íntimo, hubiera dado una fórmula satisfactoria y oportuna con relación al carácter y la expresión natural de pueblo que vivían su niñez, que no podían participar de las nostalgias y congojas nacidas de la experiencia de las sociedades, y que necesitaban, ante todo, del "conocimiento de sí mismos" que debía ser, como fue la inscripción del templo clásico, el epígrafe y el lema de su literatura; pero era posible que ellos aprovecharan del principio de libertad racional que la revolución literaria traía inscrito en sus gallardas banderas, como punto de arranque en la obra de emancipación del pensamiento propio, y era posible que recogieran del ejemplo de esa enérgica reivindicación de la nacionalidad literaria que el romanticismo suscitó, en todas partes, inspiraciones beneficiosas y fecundas.

La variedad de formas, de sentimientos, de modelos, abría, por otra parte, un campo de elección mucho más vasto, dentro de la imitación misma, y el impulso que reaccionando contra la reserva aristocrática del espíritu literario, lo difundía, como por una evangelización de la belleza, entre todos los hombres, no podía menos que facilitar la expresión de la índole propia de nuestras sociedades.

La literatura descendía de la academia y el liceo para poner la mano sobre el corazón de la

muchedumbre, para empapar su espíritu en el hábito de la vida popular.

El poeta americano contó en su obra de crear una expresión nueva y enérgica para la naturaleza y las costumbres, con otra gran conquista del romanticismo: la democratización del lenguaje literario, el *bill* retórico que concedió los fueros de la ciudadanía a esa "negra muchedumbre de las palabras" que Hugo, en *Las Contemplaciones*, se jactaba de haber confundido, anonadando la distinción de vocablos plebeyos y vocablos patricios, con "el blanco enjambre de las ideas". Dentro de los límites del lenguaje poético del siglo XVIII, con su veneración de la perífrasis y su desprecio del habla popular, la escuela de lenguaje que hacía del Homero de Mme. Dacier un poeta de la corte y llevaba a Shakespeare al destilatorio de Ducis, no hubiera sido posible el sabor de naturalidad de *La Cautiva* ni la palpitante crudeza del *Celiar*.

La narración rompía los moldes estrechos y convencionales de la épica de escuela, y se dilataba por la franca extensión de la poesía legendaria, del cuento popular, de la novela histórica o de costumbres, formas mucho más adaptadas a la expresión de las peculiaridades de la vida nacional o local y mucho menos difíciles de modelarse bajo inspiraciones originales y creadoras.

Manifestábase en la lírica el sentimiento de la Naturaleza, parte necesariamente principal en toda literatura genuinamente americana, y la descripción animada por la presencia del espíritu, por la poesía de la contemplación, reemplazaba al artificioso procedimiento de la escuela que había inspirado a los didácticos del siglo XVIII pálidos cuadros de una naturaleza inexpresiva.

Merced a todas esas manifestaciones de liber-

tad, a todos esos ejemplos e influencias que directa o indirectamente invitaban a la franca expresión de las cosas propias y sugerían la ambición de una originalidad que no necesitaba buscarse sino en las mismas, romanticismo y emancipación literaria nacional fueron términos que se identificaron en el propósito del gran innovador que encendió, en el pensamiento y la cultura de esta parte de América, el fuego de aquella inmortal revolución de los espíritus.

A las notas primeras del subjetivismo romántico en que se inspiraba la suave poesía de los *Consuelos* —señalando una innovación del gusto literario que se adueñó casi sin lucha del espíritu de la juventud salida de los claustros universitarios en momentos en que los principios y formas de literatura, venerados por la anterior generación, habían perdido el impulso que les comunicara actividad prestigiosa con la dispersión o el silencio de sus hombres representativos— sucedió la inspiración generadora de la leyenda nacional que abrió, sobre la soledad inmensa de la Pampa, el pórtico por donde debía pasar el poeta culto a recibir las confidencias de la naturaleza salvaje y de la trova plebeya.

Desde entonces, la fundación de una literatura emancipada de todo influjo extraño, vivificada por el aliento de la tierra, por el sentimiento de la nacionalidad, aparece como una de las aspiraciones constantes y ardorosas de la generación que hizo del poema de Echeverría el lábaro de sus entusiasmos literarios y le amó como una poética representación de la patria ausente que evocaba, en las horas amargas del destierro, imágenes queridas y deleitosas memorias.

Es esta empresa de nacionalización la que comparte con la milicia del pensamiento, obligado a hacer, aun de las manifestaciones más esencialmente desinteresadas del espíritu, un medio de combate y propaganda, la actividad mental de la época que sucedió a la de la emancipación.

Juan María Gutiérrez, Mármol, Balcarce, el poeta del *Celiar* continúan y complementan la obra iniciada por Echeverría en la pintura del suelo, la evocación del pasado legendario y la reproducción de las costumbres; la prosa descriptiva se manifiesta llena de color y sentimiento en las páginas de Alberdi y Marcos Sastre; el *Facundo* da la expresión dramática de la vida del desierto, y los *Recuerdos de Provincia*, la de la interioridad local y doméstica en los centros urbanos; Vicente Fidel López encierra en la forma narrativa con que el imaginador de *Ivanhoe* y el de *Los novios* habían logrado por las adivinaciones misteriosas del arte lo que la historia no alcanzara jamás, su intuición poderosa del pasado de América; la poesía popular renace personificada en Ascasubi, que esconde en la vieja forma de Hidalgo la flecha de Giusti y Béranger; y el mismo Alberdi, que había consagrado sus páginas primeras a la descripción de la naturaleza física, reproduce en animados cuadros de costumbres la fisonomía de la vida de ciudad y lleva a la propaganda de la emancipación del espíritu americano, en las diversas actividades del pensamiento, todas las fuerzas de su crítica penetrante y nerviosa.

La consideración de este desenvolvimiento efectivo de la idea que puede en cierto modo calificarse de "afirmación de la nacionalidad literaria" en la obra de la época en que se inició, y el

examen de la oportunidad que quepa a la prosecución de tales iniciativas dentro de la labor actual de la literatura de América, serán objeto de la continuación de nuestro estudio.

POR LA UNIDAD DE AMÉRICA

Carta publicada en la Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales, el 25 de abril de 1896.

Montevideo, 1º de abril de 1896.

Señor don Manuel B. Ugarte, de mi aprecio:

Me exige usted como retribución de la brillante página con que ha favorecido a la "Revista Nacional", mi prometido concurso para la que usted dirige.

Grato de veras a esa exigencia, para mi muy honrosa, y decidido a complacerle, había escogido por tema de mi colaboración las impresiones de mi lectura de esa interesante "Revista Literaria".

Llegada, empero, la hora de dar cumplimiento a mi promesa, percibo la desproporción entre la fecundidad de asunto tan vasto y halagüeño y la premura con que escribo. Prefiero, pues, por hoy, entregar a los rasgos fugaces de esta carta una sola, aunque quizás la más intensa, de mis impresiones, el interés y la simpatía que me merece uno de los muchos aspectos encomiables de la obra tan inteligentemente emprendida por usted.

Aludo al sello que podemos llamar de *internacionalidad* americana, impreso por usted a esa hermosa publicación, por el concurso solicitado y obtenido de personalidades que llevan a sus páginas la ofrenda intelectual de diversas secciones del continente.

Lograr que acabe el actual desconocimiento

de América por América misma, merced a la concentración de las manifestaciones, hoy dispersas, de su intelectualidad, en un órgano de propaganda autorizado; hacer que se fortifiquen y se estrechen los lazos de confraternidad que una incuria culpable ha vuelto débiles, hasta conducirnos a un aislamiento que es un absurdo y un delito, son para mí las inspiraciones más plausibles, más fecundas, que pueden animar en nuestros pueblos a cuantos dirigen publicaciones del género de la de usted.

En los juegos florales de 1881, donde fue coronado el poeta de la *Atlántida*, la palabra elocuente del doctor Avellaneda resonaba para pedir como una consagración de la unidad de la raza española en este continente de sus esplendores futuros, una institución literaria que, a la manera de los juegos de la Hélade antigua, abriese al genio y al estudio un vasto teatro de expansión, con auditorio de cuarenta millones de hombres, desde el Golfo de México hasta las márgenes del Plata.

Mientras el pensamiento de aquel esclarecido hombre público no pase de una inspiración brillante y generosa; mientras una grande institución de ese género no prepare, por la unidad de los espíritus, el triunfo de la unidad política vislumbra por la mente del Libertador, cuando soñaba en asentar sobre el Istmo que enlaza los dos miembros gigantes de la América, la tribuna sobre la que cerniese vencedor el genio de sus democracias, son las revistas, las ilustraciones, los periódicos, formas triunfales de la publicidad en nuestros días, los mensajeros adecuados para llevar en sus alas el llamado de la fraternidad que haga reunirse en un solo foco luminoso las irradiaciones de la

inteligencia americana, por la fuerza de la comunidad de los ideales y las tradiciones.

En tal sentido, su propaganda y sus esfuerzos me parecen merecedores de un aplauso entusiasta.

Ustedes tienen, por el escenario en que desuellan, por el centro en que escriben, la más brillante oportunidad para vincular a su nombre el honor de la iniciativa en obra tan fecunda y de tan vastas proyecciones, desde esa Buenos Aires, encaminada sin duda a representar en lo porvenir, como lo representa acaso en el presente, la personificación más selecta de su estirpe, el primado de la civilización latinoamericana en las múltiples manifestaciones de la cultura, del arte y de la ciencia.

El más eficaz y poderoso esfuerzo literario consagrado hasta hoy a la unificación intelectual de los pueblos del Nuevo Mundo partió de tierra argentina, y está representado por los trabajos de investigación, de divulgación, de propaganda, con que la incansable y fervorosa actividad de Juan María Gutiérrez tendió a formar de todas las literaturas de América una literatura, un patrimonio y una gloria de la patria común.

La labor del maestro espera continuadores que la lleven a término fecundo, y yo abrigo la persuasión de que, a continuar como hasta hoy el vuelo ascendente de la "Revista" que usted con tan animoso espíritu dirige, ella ha de recordarse con honra el día en que sea posible comprobar el definitivo triunfo de esa aspiración en que le acompaño con mis simpatías y mis votos.

Grabemos, entre tanto, como lema de nuestra divisa literaria, esta síntesis de nuestra propaganda y nuestra fe: *Por la unidad intelectual y moral de Hispano-América.*

Créame su afectísimo amigo.

SOBRE EL MODERNISMO LITERARIO AMERICANO

Fragmentos de trabajos y cartas de Rodó, de 1896 a 1904. (Para las cartas citadas véase Obras Completas de Rodó, editadas por Emir Rodríguez Monegal, en Aguilar S. A., Madrid, 2ª edición, 1967, págs. 1323, 1383, 1386, 1393 y 1438.)

La juventud que se levanta en nuestros pueblos ha dado un cierto aire infantil, un cierto aire de trivialidad pintoresca, que suele hacer pensar en las graciosas puerilidades del Japón de *Mme. Chrysantème*, a la ciudad de su arte. Nuestra reacción antinaturalista es hoy muy cierta, pero es muy candorosa. Nuestro modernismo apenas ha pasado de la superficialidad. Tenemos, sí, coloraciones raras, ritmos exóticos, manifestaciones de un vivo afán por la novedad de lo aparente, osadas aventuras en el mundo de la armonía y el mundo de la imagen, refinamientos curiosos y sibaríticos de la sensación... Pero el sentimiento apenas ha demostrado conocer las fuentes nuevas de la emoción espiritual, y el pensamiento duerme en la sombra, o sigue los rumbos conocidos, o representa sólo la manifestación de algunas individualidades aisladas, el vano concitar en que se pierde la voz de espíritus sin séquito.

(Del ensayo La novela nueva, publicado primero en la Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales el 25 de diciembre de 1896 y recogido al año siguiente en el Vol. I de la serie de opúsculos intitulada La vida nueva.)

Otro de los puntos sobre los que yo quisiera hablar detenidamente a usted es el de mi modo de pensar en presencia de las corrientes que dominan nuestra *nueva* literatura americana. Me parece haberlo afirmado alguna vez: nuestra reacción anti-naturalista es hoy muy cierta, pero muy candorosa; nuestro modernismo apenas ha pasado de la superficialidad. En América, con los nombres de *decadentismo* y *modernismo*, se disfraza a menudo una abominable escuela de trivialidad y frivolidad literarias: una tendencia que debe repugnar a todo espíritu que busque ante todo, en literatura, motivos para sentir y pensar. Los que hemos nacido a la vida literaria, después de pasados los *tiempos heroicos* del naturalismo, no aceptamos de su legado sino lo que nos parece una conquista definitiva; los que vemos en la inquietud contemporánea, en la actual renovación de las ideas y los espíritus, algo más, mucho más, que ese prurito enteramente pueril de retorcer la frase y de jugar con las palabras, a que parece querer limitarse gran parte de nuestro decadentismo americano, tenemos interés en difundir un concepto completamente distinto del modernismo como manifestación de anhelos, necesidades y oportunidades de nuestro tiempo, muy superiores a la diversión candorosa de los que se satisfacen con los logogrifos del decadentismo *gongórico* y las ingenuidades del decadentismo *azul*.

(De una carta a Leopoldo Alas, de 30 de junio de 1897.)

Muy avenido a que la poesía americana abra su espíritu a las modernísimas corrientes del pensamiento y la emoción, se inicie en los nuevos ritos del arte, acepte los procedimientos con que una

plástica sutil ha profundizado en los secretos de la forma, no me avengo igualmente a que, extremando y sacando de su cauce al dogma, bueno en sí, de la independencia y el desinterés artísticos, rompa toda solidaridad y relación con las palpitantes oportunidades de la vida y los altos intereses de la realidad. Veo en esta ausencia de contenido humano, duradero y profundo, el peligro inminente con que se ha de luchar en el rumbo marcado por nuestra actual orientación literaria. Al modernismo americano le matará la falta de vida psíquica. Se piensa poco en él, se siente poco. Le domina con demasiado imperio un vivo afán por la novedad de lo aparente, que tiene a la frivolidad muy cercana. Yo le he comparado una vez con el mundo de puerilidades ligeras y graciosas del Japón de Loti; y confieso que si el arte de América ha de ser forzosamente todavía un arte niño, un arte de iniciación, prefiero que le podamos simbolizar en aquel niño pensativo del *Tentanda via* de Hugo —pensador precoz— o en el Alcides infante de la fábula que estrangula entre sus dedos la serpiente, a que le veamos jugar, en una escena de bazar japonés al juego literario de los colores, o solazarse en los jardines de arbustos increíbles y palmeras enanas.

A Rubén Darío le está permitido emanciparse de la obligación humana de la lucha, refugiarse en el Oriente o en Grecia, *madrigalizar* con los abates galantes, hacer la corte a las marquesas de Watteau naturalizándose en el "país" donoso de los abanicos. Una individualidad literaria poderosa tiene, como el verdadero poeta según Heine, el atributo regio de la irresponsabilidad. Sobre los imitadores debe caer el castigo, pues es de ellos la culpa. A los imitadores ha de considerárseles los

falsos demócratas del arte, que al hacer plebeyas las ideas, al rebajar a la ergástula de la vulgaridad los pareceres, los estilos, los gustos, cometen un pecado de profanación quitando a las cosas del espíritu el pudor y la frescura de la virginidad.

(Del artículo "*Un poeta de Caracas*", publicado en la Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales, el 10 de agosto de 1897.)

Mal entenderá a los escritores y a los artistas el que los juzgue por la obra de los imitadores y por la prédica de los sectarios. Si yo incurriera en tal extravío del juicio, no tributaría seguramente al poeta, este homenaje de mi equidad, que no es el de un discípulo, ni el de un oficioso adorador. Por lo demás, está aun más lejos de ser el homenaje arrancado, a un espectador de mala voluntad, por la irresistible imposición de la obra. No creo ser un adversario de Rubén Darío. De mis conversaciones con el poeta he obtenido la confirmación de que su pensamiento está mucho más fielmente en mí que en casi todos los que le invocan por credo a cada paso. Yo tengo la seguridad de que, ahondando un poco más bajo nuestros *pensares*, nos reconoceríamos buenos camaradas de ideas. Yo soy un *modernista* también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como

una de tantas manifestaciones, a ese sentido superior; es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo; aunque no lo sea —porque no tiene intensidad para ser nada serio— la obra frívola y fugaz de los que le imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores.

(*Del ensayo Rubén Darío, 1899, Vol. II de la serie de opúsculos intitulada La vida nueva.*)

Si algo me separa fundamentalmente de la mayor parte de mis colegas literarios de América es mi afición, cada vez más intensa, a lo que llamaré *literatura de ideas* ya que llamarla *docente* o *trascendental* no la definiría bien. Por desgracia, el *modernismo* infantil, trivialísimo, que por aquí priva, me ofrece muy pocas ocasiones de satisfacer esa afición con la lectura de la producción indígena. Necesitamos gente de pluma que *sienta* y *piense*, y lo que abunda son miserables *buhoneros* literarios, vendedores de novedades frágiles y vistosas.

(*De una carta a Unamuno, de 25 de febrero de 1901.*)

En América sigue predominando la literatura de abalorios, juguetes chinos y cuentas de cristal. Luchamos por poner en circulación *ideas*; por hacer pensar; por formar público para el libro que trae *quelque chose dans le ventre*, como dice Zola. Estos pueblos son escenario muy pequeño (para empresas de orden intelectual) en la actuali-

dad; pero nos anima el que el porvenir de ellos es grande y seguro. Es nuestra única ventaja.

(De una carta a Unamuno, de 10 de diciembre de 1901.)

La vida literaria se arrastra por aquí (y, en general, en América) muy perezosa y lánguida. Por fortuna, va pasando, si es que no ha pasado ya, aquella *ráfaga* de decadentismo estrafalario y huero que nos infestó hace ocho o diez años. Yo creo que pocas veces en pueblos civilizados *del todo* se habrá dado ejemplo de tan pueril trivialidad literaria, y tanta perversión del gusto, y tanta confusión de ideas críticas, y tanta ignorancia y tanta manía de imitación servil e incónsulta, como se vio en algunas partes de nuestra América con motivo de aquello.

(De una carta a Unamuno, de 20 de marzo de 1904.)

Yo tengo fe en la juventud que *llega*. Y como en nuestras evoluciones y rumbos literarios seguimos dócilmente la pauta que nos impone Europa —singularmente la civilizadora y prestigiosísima Francia—, tengo motivo para creer que pronto un movimiento literario serio y bien orientado, rico en ideas, ha de producirse en nuestra América, como vengo deseándolo desde hace tiempo y predicándolo a mi modo; porque en Francia, muerto y enterrado el decadentismo (que deja de su paso alguna cosa buena, y mucho cintajo ridículo y polvo y broza que se lleva el viento), las tendencias que alborean parecen ir en el sentido de la fuerza, de la vida, de la labor fecunda y viril del pensamiento. Este ejemplo, más que toda

prédica, es lo que en nuestros pueblos será oportuno y eficaz.

(De una carta a Francisco García Calderón, de 2 de agosto de 1904.)

UN EJEMPLO DE AMERICANISMO LITERARIO

De una carta de 20 de enero de 1904, al venezolano Manuel Díaz Rodríguez, en la que le comenta su novela Sangre patricia, de 1902. (Véase la citada edición de Obras completas de Rodó, págs. 1415-16.)

Siempre que me ha tocado dar juicio sobre la literatura americana contemporánea, he insistido en que su defecto radical y más grave es su despreocupación infantil respecto de toda idea, de todo alto interés que afecten a las sociedades en que esa literatura se produce. Vive cultivando formas, sonidos y colores. Y yo, que, como el que más, gusto, en el arte literario, de lo que esencialmente es arte; yo que venero la forma, el estilo, y me deleito en el color, no por eso limito mi concepto de la literatura a lo que en ella hay de desinteresado, de asimilable al *juego*, como del arte opina Spencer; sino que he creído siempre en la trascendencia social, en lo que tiene de propaganda de ideas, de eficaz instrumento de labor civilizadora. Vea usted por qué su novela atrajo sin necesidad de leer muchas páginas, mi atención. Como el protagonista de ella, me inclino, cada vez más a mirar con cierto desvío lo que en el arte de la pluma (son sus propias palabras) "no imprime influencia, no señala rumbos ni ejerce una acción profunda y válida en el interés social".

Y usted ha acertado a elegir un objeto de estudio que ofrece real y hondo interés; se ha fijado usted en el caso psicológico que por lo que tiene de significativo y sugestivo, por lo que revela del estado de alma de estas sociedades, por lo que hace pensar en cosas que importan mucho a su porvenir y a su destino histórico, se hasta para dar a la novela el carácter de un estudio social oportunísimo, estudio que se refiere a nuestra palpitante realidad, y no a la observación de reflejo. Es, en este sentido, obra genuinamente americana.

Porque el americanismo, en la novela y en general en la literatura, se ha entendido hasta ahora de una manera asaz restricta: se ha limitado por lo general el concepto que de él se tiene, a la pintura de nuestra naturaleza, o la de las costumbres de la vida campestre, que es la que ha tenido hasta ahora sello característico y distinto, o a las tradiciones de nuestros tiempos primitivos y heroicos. Todo eso ha sido, sin duda, lo más rico de originalidad y de color, en lo que genuinamente podríamos considerar como *nuestro*. Pero la observación de la vida civilizada y culta en los centros urbanos empieza ya a ofrecer también motivos de interés, que no son simple reproducción o reducción de los que presenta la vida europea, a cuyo ejemplo nos modelamos. El observador sagaz sorprenderá mucho de característico, de propio, en los estados de alma de estas sociedades si las estudia en sus clases dirigentes. Precisamente esa fuerza ingeniosa de la imitación de lo europeo que tanto nos determina por lo inadaptable de ella, en muchas partes, a las condiciones del medio, crea circunstancias nuevas, hechos, sentimientos, que sería lamentable dejar pasar sin la del arte.

Cuando su protagonista de usted se pregunta si sus males no provienen del mal general "de estos pueblos nuevos que han querido alcanzar de un salto la cultura europea, a que otros han llegado después de muchos siglos", pone la mano sobre el rasgo maestro de la psicología de estas sociedades: rasgo que yo no calificaría absolutamente de *mal* —pero que explica, sin duda, al par de muchas ventajas, muchos inconvenientes que nos hemos puesto en el camino, y que yo creo que lograremos vencer—, justificándose entonces, y glorificándose, esta nuestra prematura audacia y la altivez de nuestras aspiraciones. Como quiera que sea, ese carácter de nuestra fisonomía social ofrece hondo interés y encierra en sí copiosa sustancia *novelable*. Buena demostración de ello es, entre otras, su libro.

El estado de alma de su héroe, o mejor sus estados de alma —su decepción, su tentativa de regeneración, su decepción nueva y más amarga—, interesan, resumen una situación moral a que quizá no muchos de nuestros intelectuales (como hoy dicen) podrán no reconocerse absolutamente ajenos [...].

IMITACIÓN Y ORIGINALIDAD EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Fragmento del artículo titulado "Una nueva antología americana", de 1907, recogido en El Mirador de Próspero, 1913.

Culpa el señor Ugarte de falta de originalidad a nuestra literatura de otros tiempos; y aunque reconoce que la imitación persiste y debe

forzosamente persistir como fundamento de nuestra actividad literaria, establece una diferencia, fundada en que la imitación era antes lo que él llama "directa", queriendo significar que se ceñía dócilmente al modelo, mientras que hoy es lo que llama "aplicada", en el sentido de que envuelve interpretación, adaptación y relativa originalidad.

Detengámonos a considerar estos puntos. Es indudable que, dejando aparte superioridades de excepción, el pensamiento hispanoamericano no ha podido ni puede aspirar aún a una autonomía literaria que lo habilite a prescindir de la influencia europea. No siendo la literatura una forma vana, ni un entretenimiento de retóricos, sino un órgano de la vida civilizada, sólo cabe literatura propia donde colectivamente hay cultura propia, carácter social definido, personalidad nacional constituida y enérgica. La dirección, el magisterio del pensamiento europeo es, pues, condición ineludible de nuestra cultura; y pretender rechazarlo por salvar nuestra originalidad sería como si, para aislarnos de la atmósfera que nos envuelve, nos propusiéramos vivir en el vacío de una máquina neumática. Pero si la independencia y la originalidad literaria americanas no pueden consistir en oponerse a la influencia europea, sí pueden y deben consistir en aplicar a esta influencia el discernimiento, la elección, que clasifique los elementos de ella según su relativa adecuación al ambiente, y rechace lo fundamentalmente inadaptable, y modifique, con arreglo a las condiciones del medio, aquello que deba admitirse y adaptarse. Así, el joven estudiante no debe, ni puede sin desventaja, prescindir del maestro; pero la enseñanza del maestro no es, para el estudiante capaz de reflexión propia, yugo brutal ni imposición dogmá-

tica, sino sugestión que excita la virtualidad del pensamiento que la recibe, y estimula, lejos de ahogarlo, el instinto de originalidad. Concebida de esta manera la posible autonomía del pensamiento americano, fácil es señalar el punto vulnerable de la imitación de lo europeo, tal como se manifiesta en los rumbos que sucesivamente ha seguido nuestra literatura. Se ha imitado sin discernimiento ni elección; ha faltado el sentido crítico que encauzare el impulso recibido de afuera, y la imitación ha sido pasividad sonambúlica, más que simpatía consciente y limitada por el vigilante criterio.

Este carácter, o mejor, esta ausencia de carácter, se observa, desde luego, en la obra de las generaciones que nos han precedido, y en esto acierta la crítica del señor Ugarte. Tomemos como ejemplo la época del romanticismo. Aquella revolución literaria trajo consigo un impulso favorable a la germinación de todo elemento de originalidad y de carácter indígena. Propensión congenial al romanticismo fue suscitar en todas partes una reanimación del espíritu de nacionalidad literaria, sustituyendo la abstracta uniformidad del seudoclasicismo con la expresión de la sociedad, la naturaleza y las tradiciones peculiares de cada pueblo. Pero si esta tendencia del romanticismo repercutió provechosamente en nuestra América, inspirando los primeros esfuerzos consagrados a fundar una literatura que reflejase las peculiaridades de la naturaleza y las costumbres propias, la imitación romántica estuvo lejos de limitarse, ni aun de aplicarse preferentemente, a esa tarea oportuna. La imitación se dispó, en gran parte, en otras cosas. Una mitad del romanticismo europeo significaba la reivindicación de las tradicio-

nes históricas y artísticas anteriores al Renacimiento; y a pesar de que estas tradiciones no podían tener, en los pueblos jóvenes de América, sentido que interesase a la conciencia colectiva, el romanticismo tradicional y arqueológico halló aquí imitadores, y sugirió poemas caballerescos, dramas de trovadores y cruzados, leyendas orientales: evocaciones falsas de recuerdos que no correspondían, en suelo americano, ni a una piedra ruinoso ni a un latido del sentimiento popular. Algo semejante cabe decir en lo que se refiere a la otra mitad del espíritu romántico: la subjetiva o byroniana. Los doloridos apasionamientos, las íntimas contradicciones, las hondas nostalgias ideales de este género de romanticismo, si bien tenían, sin duda, un fondo humano que los hacía capaces de trascender adondequiera que se sintiese y meditase sobre el misterio de las cosas y sobre los problemas de nuestro destino, obedecían, en no pequeña parte, a influencias que, representando en la propia Europa un convencionalismo o un amaneramiento, debían serlo con doble motivo en sociedades donde el ambiente no daba de sí las razones históricas, del medio y del momento, que concurrían, en las sociedades europeas, a explicar aquella atormentada agitación de los espíritus. Y por lo que respecta al elemento literario formal, la imitación no fue más atinada. El romanticismo, en cuanto quebrantaba los moldes de una preceptiva artificial y vetusta; en cuanto favorecía el libre arranque de la inspiración y ensanchaba los límites del vocabulario poético, ofrecía, ciertamente, ejemplos y enseñanzas favorables al florecimiento de una literatura americana diferenciada y eficaz; pero este impulso de reacción contra el dogmatismo retórico tenía en América, más que en nin-

guna otra parte, peligros y desventajas que no supieron conjurarse, porque halagaban muchas de las propensiones más funestas y arraigadas de nuestro espíritu: la propensión a la negligencia, al desaliño, a la falsa espontaneidad, a la abundancia viciosa; el desconocimiento o menosprecio de la parte consciente y reflexiva del arte; el crédito de la facilidad repentista; el desamor de ese ideal de perfección, único capaz de engendrar la obra que dura.

Pasó el auge universal de aquella escuela, y sobrevino el imperio del naturalismo. En lo que tenía de fundamental y amplio, el naturalismo comprendía elementos que, bien asimilados, no hubieran podido sino favorecer en América la manifestación de un espíritu literario original y vigoroso. La tendencia a ceñirse a la realidad viva y concreta es la vía más segura para llegar a una originalidad de pueblo y de época, como la de ceñirse a la expresión sincera y simple de lo que se siente es el más seguro camino para alcanzar la originalidad individual. La importancia concedida a la representación del mundo objetivo, el predominio literario de la descripción, favorecía una de las aplicaciones del arte de escribir capaces de brindar en América más ricos veneros de originalidad, como es la pintura y el sentimiento de la naturaleza física. La precisión minuciosa en la reproducción de costumbres y tipos, contribuía a revelar el sello local del poema y la novela. La reivindicación de la poética virtualidad de la vida contra todo quimérico idealismo, coincidía con la tendencia natural en pueblos jóvenes y testigos de una fecundidad magnífica y potente. La franqueza, y aun la vulgaridad pintoresca, de la expresión, autorizaban a que se diese curso en el

lenguaje literario a las peculiaridades del habla regional.

Pero, ni la protesta naturalista se limitaba originalmente a esos elementos para siempre justos y oportunos, ni, tampoco esta vez, la imitación supo proceder en América con libertad y firme criterio. Propendiendo, como sucede en toda imitación servil y fascinada, a violentar las cosas, a recargar las tintas, a ir a lo extremo del original y ceder a la impresión de lo caricaturesco más que de lo característico, nuestros naturalistas tomaron de preferencia en sus modelos lo que, siendo en estos mismos convencional y vicioso, resultaba tanto más falso en América cuanto que se oponía a los caracteres que, por recto *naturalismo*, por directa sugestión de la naturaleza, deben forzosamente prevalecer en toda literatura que brote sin esfuerzo del espíritu de nuestros pueblos. Así, el pesimismo agrio, desesperanzado y hastiado, que, como idea dominante, no tenía natural acomodo en el ambiente de tierras prometidas al porvenir, rebosantes de vida y energía. Así, la predilección por la reproducción artística de lo feo, rasgo de decadencia que carecía de sentido aceptable dentro de una cultura literaria en sus albores. Así, la sensualidad, no espontánea, vigorosa y ferviente, sino artificiosa, alambicada y senil; sensualidad de cálculo antes que de instinto.

Innegable es, pues, el fundamento con que se califica de falso el concepto o procedimiento de imitación que guió en anteriores épocas a nuestros escritores. Pero ¿la comparación con lo actual manifiesta una diferencia que autorice a dividir en dos partes la historia de nuestra cultura? ¿Cabe afirmar, como afirma el señor Ugarte, que, a partir de la obra de las generaciones jóvenes, la

imitación de lo europeo haya dejado de ser remedo inconsulto y sumiso para trocarse en atinada y consciente adaptación? ¿Imitan nuestros "modernistas" con criterio más cercano de la originalidad que nuestros realistas y nuestros románticos?

Mucho me he extendido ya para entrar al examen de la cuestión que planteo; pero no tengo dificultad en dejar consignada la respuesta que sería el resultado del examen; y ella es que, muy a mi pesar, no alcanzo a percibir la diferencia con que el señor Ugarte halaga nuestro amor propio colectivo; que no veo que hoy (salvo excepciones individuales que han existido siempre) se imite con más personalidad y más conciencia de lo oportuno y adaptable, que cuando se imitaba a los profetas del romanticismo y a los maestros del naturalismo.

En conclusión, esta antología de la nueva literatura americana no está a la altura de su objeto ni de lo que era lícito esperar del colector. Pase el señor Ugarte por encima de esta obra improvisada y precaria, y denos, puesto que es capaz de dárnosla, la verdadera antología americana de nuestro tiempo; la obra de síntesis que sirva de guía fiel a quien quiera formar idea de nuestro espíritu, o la obra de selección donde se congrege lo poco, lo muy poco, que, literalmente, tenemos digno de ser mostrado sin rubor y de asociarse a esperanzas y presagios triunfales, de que esta vez me parece el señor Ugarte demasiado pródigo.

EL POEMA DE AMÉRICA

Página publicada en la revista El Fogón, el 7 de julio de 1910. (Véase la citada edición de

Obras Completas de Rodó, pág. 1006, de donde ha sido recogida anteponiéndosele el título de "*Sólo la inspiración del pueblo crea*".)

La superioridad de la imaginación popular para descubrir las fuentes secretas de donde brota el sentido poético profundo e inmortal, velado en la forma de la leyenda y de la tradición, se manifiesta por el hecho de que las más grandes creaciones de la poesía culta, en lo épico como en lo dramático, se inspiran en un asunto recogido de los labios del pueblo, y son el desenvolvimiento magnífico del germen de poesía, humilde y menudo, pero prodigiosamente eficaz, que entraña alguna de esas sencillas invenciones con que las madres mantuvieron la atención ingenua de los niños o con que el trovador embelesó a su rústico auditorio.

La inspiración personal y culta encuentra la forma definitiva, perfecta, hecha para que dure y se propague de siglo en siglo y de nación en nación; pero sólo la inspiración del pueblo *crea*; sólo ella es capaz de dar de sí el germen de vida ideal, que no se obtiene por meditación ni por ciencia, como no se obtiene el germen de la vida orgánica en los alambiques de los laboratorios.

El poeta americano que aspire a fundir, en bronce resistente y sonoro, el poema de América, la leyenda del Nuevo Mundo, necesitará buscar su argumento en alguna de esas narraciones sin padre conocido, ni forma concreta, flotantes en la imaginación popular, que las ha engendrado a la manera como el campo inculto y bravío sonríe en la flor silvestre llena de inefable encanto.

Una décima de Santos Vega encierra acaso la virtualidad ignorada de un futuro poema ame-

ricano, que realizará el poeta capaz de percibir, en el fondo del verso tosco y jugoso, la gota de exquisita esencia, bastante para infundir aroma inmortal en la obra de arte que sobrevive a las generaciones y a los siglos.

LA ORIENTACIÓN DE LA NUEVA LITERATURA HISPANOAMERICANA

*Fragmentos de cartas de Rodó de 1910 y 1911.
(Véase la citada edición de Obras Completas de
Rodó, págs. 1446-47 y 1007-08.)*

¿No le parece a usted que estamos, en América, en vísperas de una renovación del ambiente literario, que se anuncia por una declinación muy visible de la frivolidad y la trivialidad decadentistas, y por una tendencia muy simpática a la reflexiva seriedad del pensamiento y a la transparencia y firmeza de la forma? Yo percibo muchos anuncios de esto, y me regocijo; porque siempre he pensado que la literatura americana llegará a existir como real energía social cuando adquiriera un firme sentido idealista y lo exprese reivindicando y renovando la hermosura genial del idioma cuyo mantenimiento futuro nos está confiado.

*(De una carta a Pedro Henríquez Ureña,
de 12 de mayo de 1910.)*

El momento actual ofrece un aspecto interesante, en la vida intelectual de estos pueblos: algo nuevo se prepara y anuncia en lo que se refiere a la producción literaria y sus vinculaciones con la sociedad.

El movimiento modernista americano, que, en la relación de arte, fue en suma oportuno y fecundo, adoleció de pobreza de ideas, de insignificante interés por la realidad social, por los problemas de la acción y por las graves y hondas preocupaciones de la conciencia individual.

La independencia del arte literario respecto de fines ulteriores a la realización de belleza es dogma en que todos comulgamos; pero no es inconciliable con él la afirmación de que, en el frecuente contacto con el fondo de ideas e intereses superiores que constituyen la viva actualidad de una época, hay, para el arte y la literatura, una fuente de vitalidad que no pueden desdeñar sin empobrecerse y perder en calor humano.

Pues bien, esa verdad tiende a recobrar su imperio. O mucho me equivoco o llegamos en América a tiempos en que la actividad literaria ha de manifestar clara y enérgica conciencia de su función social.

Bastaría citar algunos de los libros más importantes y valiosos que han salido de prensas americanas, desde hace tres o cuatro años, para dar la razón de esa esperanza; y no sólo podría señalarse en ellos el carácter de trascendencia social que asume la obra literaria, sino también la afinidad de las tendencias en que se concreta ese carácter.

Según los indicios a que me refiero, hay, por lo menos, dos tendencias fundamentales que parecen destinadas a prevalecer en la orientación de la nueva literatura hispanoamericana.

Es la una la vigorosa reanimación del sentimiento de la raza, o si se prefiere, del abolengo histórico, como medio de mantener el carácter consecuente de la personalidad colectiva, al tra-

vés de todas las modificaciones impuestas por la adaptación al espíritu de los tiempos y por influencias extrañas, que son inevitables, pero que deben someterse a la energía asimiladora del carácter propio.

La otra consiste en la creciente manifestación del sentido idealista de la vida; en la reacción contra el concepto puramente material y utilitario de la civilización y la cultura; en el interés devuelto a las cuestiones de orden espiritual, que es, universalmente, uno de los signos del espíritu nuevo que ha sucedido al auge del positivismo.

Ambas notas forman acorde en el superior designio de contribuir a la determinación del *alma* latinoamericana, tal como la quieren el recto entendimiento de la historia y la clara visión del porvenir donde está la plenitud de nuestro ser y de nuestros destinos.

(De una carta a Ramón A. Catalá, director de El Figaro de La Habana, de 10 de enero de 1911.)

UNA BANDERA LITERARIA

Carta de 1912, recogida en El Mirador de Pró pero, 1913.

A D. F. García Godoy.

Mi distinguido amigo: Su nuevo libro, *Alma dominicana*, llegó a mí junto con las vagas noticias que tenemos de las turbulencias políticas de que ha sido teatro la patria de usted. El telégrafo, puesto al servicio de la prensa, suele no ser consecuente en sus informaciones, ni las ajusta siempre al interés que por su tema y procedencia

merezcan; de suerte que nada sé de las ulteriores de la conspiración que costó la vida del presidente de la república. Pero, como quiera que se hayan resuelto estas violencias, vayan en primer término mis votos por la paz y el buen orden institucional de ese noble pedazo de tierra americana.

Por cierto que tales ecos de discordia, harto semejantes a los que de otras partes de nuestra América nos vienen uno y otro día, sirvieron como de fondo que diese mayor resalte y prestigio de interés a la lectura de las atinadas consideraciones con que prologa usted su libro. Despliega usted a los vientos todo un programa literario, en el que, como idea fundamental, aparece la idea de nacionalidad, entendida de alta manera, y en el que se difunde su convicción de la necesidad de orientar el movimiento intelectual hispanoamericano en un sentido concordante con los caracteres y oportunidades del desenvolvimiento social y político de estos pueblos, de modo que la obra del escritor concorra, como una fuerza positiva, al gobierno de las ideas y las pasiones. Ninguna aspiración más generosa ni más justa. Yo he participado siempre de ella; yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor sustancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone a que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es *hombre*, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellas, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señorial contribución se asocie a la obra humana

de la verdad y del bien. Aun consideradas estas cosas de un punto de vista puramente estético, nadie podrá negar que el arte se privaría de cierta *especie* de belleza si renunciara a las inspiraciones y virtualidades que puede recoger en el campo de la agitación civil y de la controversia de ideas; como se privaría la propaganda ideal o cívica de un medio insustituible para lograr ciertos efectos, si nunca el arte trajese en su auxilio el maravilloso poder y la única eficacia con que llega a lo hondo de los corazones y los enlaza en comunión de simpatía.

Las circunstancias históricas tienen en esto, como en todo, considerable parte. Épocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo a las naciones hispanoamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el *alma* hispanoamericana, el *genio* propio que imprima sello enérgico y distinto a su sociabilidad y a su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías.

Expresa usted, con elocuente vehemencia, la inextinguible virtualidad de un sentimiento nacional arraigado en la tradición y en la conciencia de un pueblo, para resistir a las amenazas de absorción a que dé aparentes facilidades la debilidad material; y en la exaltación constante de ese sentimiento por los medios propios del arte, que evoca a nueva vida el legendario ser del pasado y perpetúa el culto de los héroes, señala usted,

con acierto, un poderosísimo estímulo de aquella salvadora fuerza interior.

Por razones de situación geográfica, en la patria de usted adquiere doble oportunidad ese propósito, es más urgente e ineludible la obligación moral de ponerlo en obra; pero el legítimo alcance de él abarca toda la América que habla en la lengua del Descubridor, toda la América nuestra, representada y querida como una magna patria invisible, en la que es necesario avivar la conciencia de su propia unidad y entendimiento y el amor de las tradiciones históricas donde esa unidad radica. Todo ello está enérgicamente sentido por usted.

Y al cumplimiento de tan noble programa lleva usted ya consagrados vigorosos esfuerzos con su labor de crítico y propagandista, que tan merecido relieve ha dado a su personalidad, y que complementan, al mismo fin, trabajos de otro género, como el interesante cuadro histórico que ha tenido usted la benevolencia de enviarme y por el que reconozco, una vez más, cuántas son las semejanzas que mantiene entre estos pueblos hispanoamericanos la identidad de su origen, la pertinaz e indomeñable identidad de su origen, a pesar de la distancia material y la dificultad de relaciones que apartan, por ejemplo, a los de ese Norte tropical de los de esta zona templada del Sur. Los caracteres más típicos se reproducen, sin esencial diferencia, en una y otra parte.

Que encuentre usted en el alma de su pueblo justa correspondencia a sus generosos propósitos; y créame siempre su afectísimo amigo.

II

AMERICANISMO CULTURAL

ARIEL

A la juventud de América

De Ariel, 1900, reproducimos aquí sólo las partes primera, quinta y sexta de las seis en que se divide el discurso de Próspero, más el prólogo y el epílogo que lo complementan. En el ejemplar privado de un amigo, redactó el autor un sumario del discurso, publicado en la citada edición de Obras Completas de Rodó, sumario que reproducimos también en lo que corresponde a aquellas primera, quinta y sexta partes.

Aquella tarde, el viejo y venerado maestro, a quien solían llamar Próspero, por alusión al sabio mago de *La Tempestad* shakespeariana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más a su alrededor.

Ya habían llegado ellos a la amplia sala de estudio, en la que un gusto delicado y severo esmerábase por todas partes en honrar la noble presencia de los libros, fieles compañeros de Próspero. Dominaba en la sala —como numen de su ambiente sereno— un bronce primoroso, que figuraba al Ariel de *La Tempestad*. Junto a este bronce, se sentaba habitualmente el maestro y, por ello, le llamaban con el nombre del mago a quien sirve y favorece en el drama el fantástico personaje que había interpretado el escultor. Quizá en su enseñanza y su carácter había, para el nombre, una razón y un sentido más profundos.

Ariel, genio del aire, representa, en el sim-

bolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia —el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida—.

La estatua, de real arte, reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va a lanzarse a los aires para desvanecerse en un lampo. Desplegadas las alas; suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce damasquinaba de oro; erguida la amplia frente; entreabiertos los labios por serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo: y con inspiración dichosa, el arte que había dado firmeza escultural a su imagen, había acertado a conservar en ella, al mismo tiempo la apariencia seráfica y la levedad ideal.

Próspero acarició, meditando, la frente de la estatua; dispuso luego al grupo juvenil en torno suyo; y con su firme voz —*voz magistral*, que tenía para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo o de la onda en la arena— comenzó a decir, frente a una atención afectuosa:

[1. *Necesidad de que cada generación entre*

a la vida activa con un programa propio. Belleza moral de la juventud; su papel en la vida de las sociedades. Los pueblos más fuertes y gloriosos son los que reúnen las condiciones propias de la juventud. Ejemplo de Grecia. Necesidad de la "fe en la vida". No debe confundirse esta fe con un optimismo cándido. América necesita de su juventud.]

Junto a la estatua que habéis visto presidir, cada tarde, nuestros coloquios de amigos, en los que he procurado despojar a la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy a hablaros de nuevo, para que sea nuestra despedida como el sello estampado en un convenio de sentimientos y de ideas.

Invoco a *Ariel* como mi numen. Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.

Anhelo colaborar en una página del programa que, al prepararos a respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir a él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio —que algunas veces se formula y escribe; que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción—, no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación a la escuela de la voluntad individual,

pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarla día a día para sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe, en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renan: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida". El descubrimiento que revela las tierras ignoradas, necesita completarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Del renacer de las esperanzas humanas, de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida: dulce e inefable belleza, compuesta, como lo estaba la del

amanecer para el poeta de *Las Contemplaciones*, de "un vestigio de sueño y un principio de pensamiento".

La humanidad, renovando de generación en generación su activa esperanza y su ansiosa fe en un ideal, al través de la dura experiencia de los siglos, hacía pensar a Guyau en la obsesión de aquella pobre enajenada cuya extraña y conmovedora locura consistía en creer llegado, constantemente, el día de sus bodas. Juguete de su ensueño, ella ceñía cada mañana a su frente pálida la corona de desposada y suspendía de su cabeza el velo nupcial. Con una dulce sonrisa, disponíase luego a recibir al prometido ilusorio, hasta que las sombras de la tarde, tras el vano esperar, traían la decepción a su alma. Entonces tomaba un melancólico tinte su locura. Pero su ingenua confianza reaparecía con la aurora siguiente; y, ya sin el recuerdo del desencanto pasado, murmurando: *Es hoy cuando vendrá*, volvía a ceñirse la corona y el velo y a sonreír en espera del prometido.

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provocar esa renovación, inalterable como un ritmo de la Naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud. De las almas de cada primavera humana está tejido aquel tocado de novia. Cuando se trata de sofocar esta sublime terquedad de la esperanza, que brota alada del seno de la decepción, todos los pesimismos son vanos. Lo mismo los que se fundan en la razón que los que parten de la experiencia, han de reconocerse inútiles para contras-

tar el altanero *¡no importa!* que surge del fondo de la Vida. Hay veces en que, por una aparente alteración del ritmo triunfal, cruzan la historia humana generaciones destinadas a personificar, desde la cuna, la vacilación y el desaliento. Pero ellas pasan —no sin haber tenido quizá su ideal como las otras, en forma negativa y con amor inconsciente—; y de nuevo se ilumina en el espíritu de la humanidad la esperanza en el Esposo anhelado, cuya imagen, dulce y radiosa como en los versos de marfil de los místicos, basta para mantener la animación y el contento de la vida, aun cuando nunca haya de encarnarse en la realidad.

La juventud —que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones, luz, amor, energía—, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir. Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. “Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios —dice uno de los himnos homéricos— se imagina que ellos no han de envejecer jamás.” Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sais, de-

cía al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: *¡No sois sino unos niños!* Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego a cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja, con desdeñosa mano, todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud están proscriptas de las actitudes de su alma, como, del gesto de sus imágenes, la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas a él, sólo encuentra una estéril noción del orden presidiendo al desenvolvimiento de una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena.

Las prendas del espíritu joven —el entusiasmo y la esperanza—, corresponden, en las armonías de la historia y la Naturaleza, al movimiento y a la luz. Adondequiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas. Levantadlos al ejemplo más alto: La idea cristiana, sobre la que aún se hace pesar la acusación de haber entristecido la tierra proscribiendo la alegría del paganismo, es una inspiración esencialmente juvenil mientras no se aleja de su cuna. El cristianismo naciente es, en la interpretación —que

yo creo tanto más verdadera cuanto más poética— de Renan, un cuadro de juventud inmarcesible. De juventud del alma o, lo que es lo mismo, de un vivo sueño, de gracia, de candor, se compone el aroma divino que flota sobre las lentas jornadas del Maestro al través de los campos de Galilea; sobre sus prédicas, que se desenvuelven ajenas a toda penitente gravedad; junto a un lago celeste; en los valles abrumados de frutos; escuchadas por “las aves del cielo” y “los lirios de los campos”, con que se adornan las parábolas; propagando la alegría del “reino de Dios” sobre una dulce sonrisa de la Naturaleza. De este cuadro dichoso, están ausentes los ascetas que acompañaban en la soledad las penitencias del Bautista. Cuando Jesús habla de los que a él le siguen, los compara a los paraninfos de un cortejo de bodas. Y es la impresión de aquel divino contento la que, incorporándose a la esencia de la nueva fe, se siente persistir al través de la odisea de los evangelistas; la que derrama en el espíritu de las primeras comunidades cristianas su felicidad candorosa, su ingenua alegría de vivir; y la que, al llegar a Roma con los ignorados cristianos del Transtevere, les abre fácil paso en los corazones; porque ellos triunfaron oponiendo el encanto de su juventud interior —la de su alma embalsamada por la libación del vino nuevo— a la severidad de los estoicos y a la decrepitud de los mundanos.

Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la realidad. De la Naturaleza es la dádiva del precioso tesoro; pero es de las ideas, que

él sea fecundo, o se prodigue vanamente, o, fraccionado y disperso en las conciencias personales, no se manifieste en la vida de las sociedades humanas como una fuerza bienhechora. Un escritor sagaz rastreaba, ha poco, en las páginas de la novela de nuestro siglo —esa inmensa superficie especular donde se refleja toda entera la imagen de la vida en los últimos vertiginosos cien años—, la psicología, los estados de alma de la juventud, tales como ellos han sido en las generaciones que van desde los días de René hasta los que han visto pasar a Des Esseintes. Su análisis comprobaba una progresiva disminución de *juventud interior* y de energía, en la serie de personajes representativos que se inicia con los héroes, enfermos, pero a menudo viriles y siempre intensos de pasión, de los románticos, y termina con los enervados de voluntad y corazón en quienes se reflejan tan desconsoladoras manifestaciones del espíritu de nuestro tiempo como la del protagonista de *À rebours* o la del Robert Greslou de *Le Disciple*. Pero comprobaba el análisis también un liсонjero renacimiento de animación y de esperanza en la psicología de la juventud que suele hablarnos una literatura que es quizá nuncio de transformaciones más hondas; renacimiento que personifican los héroes nuevos de Lemaître, de Wizewa, de Rod, y cuya más cumplida representación lo sería tal vez el *David Grieve* con que cierta novelista inglesa contemporánea ha resumido en un solo carácter todas las penas y todas las inquietudes ideales de varias generaciones, para solucionarlas en un supremo desenlace de serenidad y de amor.

¿Madurará en la realidad esa esperanza? Vosotros, los que vais a pasar, como el obrero en

marcha a los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo, ¿reflejaréis quizá sobre el arte que os estudie, imágenes más luminosas y triunfales que las que han quedado de nosotros? Si los tiempos divinos en que las almas jóvenes daban modelos para los dialoguistas radiantes de Platón, sólo fueron posibles en una breve primavera del mundo; si es fuerza "no pensar en los dioses", como aconseja la Forquias del segundo *Fausto* al coro de cautivas, ¿no nos será lícito, a lo menos, soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren a los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual?

Tal es la pregunta que me inquieta mirándoos. Vuestras primeras páginas, las confesiones que nos habéis hecho hasta ahora de vuestro mundo íntimo, hablan de indecisión y de estupor a menudo; nunca de enervación, ni de un definitivo quebranto de la voluntad. Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente viva en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor que la absoluta sinceridad del pensamiento —virtud todavía más grande que la esperanza— ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación, en las tristes e inevitables citas de la Duda, no eran indicio de un estado de alma permanente, ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascen-

dido del fondo de vuestro corazón, no lo habéis sofocado, antes de parar por vuestros labios, con la austera y muda altivez del estoico en el suplicio; pero lo habéis terminado con una invocación al ideal *que vendrá*, con una nota de esperanza mesiánica.

Por lo demás, al hablaros del entusiasmo y la esperanza, como de altas y fecundas virtudes, no es mi propósito enseñaros a trazar la línea infranqueable que separe el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Nada más lejos de mi ánimo que la idea de confundir con los atributos naturales de la juventud, con la gracia espontaneidad de su alma, esa indolente frivolidad del pensamiento que, incapaz de ver más que el motivo de un juego en la actividad, compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomunicación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas. No es ése el noble significado de la juventud individual, ni ése tampoco el de la juventud de los pueblos. Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase a nosotros, cualquier resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas que, por triste o insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo. Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconvención que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho a que les de-

jemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la E·finge y no esquivando su interrogación formidable. No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción, hay a menudo sugerencias fecundas. Cuando el dolor enerva; cuando el dolor es irresistible pendiente que conduce al marasmo o el consejo pérfido que mueve a la abdicación de la voluntad, la filosofía que le lleva en sus entrañas es cosa indigna de almas jóvenes. Puede entonces el poeta calificarle de "indolente soldado que milita bajo las banderas de la muerte". Pero cuando lo que nace del seno del dolor es el anhelo varonil de la lucha para conquistar o recobrar el bien que él nos niega, entonces es un acerado acicate de la evolución, es el más poderoso impulso de la vida; no de otro modo que como el hastío, para Helvecio, llega a ser la mayor y más preciosa de todas las prerrogativas humanas, desde el momento en que, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en los adormecimientos del ocio, se convierte en el vigilante estímulo de la acción.

En tal sentido, se ha dicho bien que hay pesimismo que tienen la significación de un *optimismo paradójico*. Muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla. Lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de

los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciéndoos la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesto por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis dejando actuar en el fondo de vuestro ser la sugestión divina de la Naturaleza.

Animados por ese sentimiento, entrad, pues, a la vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador. Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora. Quizá universalmente, hoy, la acción y la influencia de la juventud son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas e intensas que debieran ser. Gastón Deschamps lo hacía notar en Francia, hace poco, comentando la iniciación tardía de las jóvenes generaciones, en la vida pública y la cultura de aquel pueblo, y la escasa originalidad con que ellas contribuyen al trazado de las ideas dominantes. Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas pueden tener un carácter general a pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida. Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud. He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y

vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro. Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.

Hablemos, pues, de cómo consideraréis la vida que os espera.

.....

[5. *Los Estados Unidos como representantes del espíritu utilitario y de la democracia mal entendida. La imitación de su ejemplo; peligros e inconvenientes de esa imitación. Los pueblos no deben renunciar en ningún caso a la originalidad de su carácter para convertirse en imitadores serviles. Crítica de la civilización norteamericana. Sus méritos; su grandeza. Cita de Spencer. El defecto radical de esa civilización consiste en que no persigue otro ideal que el engrandecimiento de los intereses materiales. Exagera todos los defectos del carácter inglés. Carece de verdadero sentimiento artístico. No cultiva la ciencia sino como un medio de llegar a las aplicaciones útiles. Su intelectualidad está en completa decadencia. La moral de Franklin: consecuencias del utilitarismo en moral. La vida política de los norteamericanos. Predominio de los estados del Oeste. Aspiración de los Estados Unidos a la hegemonía de la civilización contemporánea. Vanidad de esa aspiración. Relación entre los bienes materiales o positivos y los bienes intelectuales y morales. Resumen: la civilización norteamericana no puede servir de tipo o modelo único]*

La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de *americanismo*. Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que le son opuestas, sin que la asociación traiga, con insistencia, a la mente, la imagen de esa democracia formidable y fecunda, que, allá en el Norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas. Si ha podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario y el evangelio de ese verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispanoamérica ya no es enteramente calificable con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes y, aun más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. Y, de admirarla, se pasa, por una transición facilísima, a imitarla. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. "La tendencia imitativa de nuestra naturaleza moral —decía Baghot— tiene su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad." El sentido y la experiencia vulgares serían suficientes para establecer por sí solos esa sencilla relación. Se imita

a aquel en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree. Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir; inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.

No doy yo a tales límites el sentido de una absoluta negación. Comprendo bien que se adquieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes; y no desconozco que una inteligente atención fijada en lo exterior para reflejar de todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aún forman y modelan su entidad nacional. Comprendo bien que se aspire a rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos —su genio *personal*—, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irremplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales e improvisados de imitación. Ese irreflexivo traslado de lo que es natural y espon-

táneo en una sociedad al seno de otra, donde no tenga raíces ni en la Naturaleza ni en la historia, equivalía para Michelet a la tentativa de incorporar, por simple agregación, una cosa muerta a un organismo vivo. En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu, y, con ellos, el secreto de sus triunfos y su prosperidad, reproduciendo exactamente el mecanismo de sus instituciones y las formas exteriores de sus costumbres, hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo o sus procedimientos de composición.

En ese esfuerzo vano hay, además, no sé qué cosa de innoble. Género de *snobismo* político podría llamarse al afanoso remedo de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes, los vencedores y los afortunados; género de abdicación servil como en la que algunos de los *snobs* encadenados para siempre a la tortura de la sátira por el libro de Thackeray, hace consumirse tristemente las energías de los ánimos no ayudados por la Naturaleza o la fortuna, en la imitación impotente de los caprichos y las volubilidades de los encumbrados de la sociedad. El cuidado de la independencia *interior* —la de la personalidad, la del criterio— es una principalísima forma del respeto propio. Suele, en los tratados de ética, comentarse un precepto moral de Cicerón, según el cual forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y manten-

ga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando, en todo cuanto no sea inadecuado para el bien, el impulso primario de la Naturaleza, que ha fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo. Y aun me parecería mayor el imperio del precepto si se le aplicase, colectivamente, al carácter de las sociedades humanas. Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido, por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la "personalidad". Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica tenemos —los americanos latinos— una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro.

Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y fecundos, en el desenvolvimiento de la humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y co-actuales, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta. Así, sobre los dos polos de

Atenas y Lacedemonia se apoya el eje alrededor del cual gira el carácter de la más genial y civilizadora de las razas. América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida a la *imitación unilateral* —que diría Tarde— de una raza por otra, sino a la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos.

Por otra parte, en el estudio de apasionado de esa civilización que algunos nos ofrecen como único y absoluto modelo, hay razones no menos poderosas que las que se fundan en la indignidad y la inconveniencia de una renuncia a todo propósito de originalidad, para templar los entusiasmos de los que nos exigen su consagración idólatra. Y luego, ahora, a la relación que directamente tiene, con el sentido general de esta plática mía, el comentario de semejante espíritu de imitación.

Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. Siento fácil mi espíritu para cumplirla. Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos —para emplear la paradoja usada por Baudelaire a otro respecto— con la *expe-*

riencia innata de la libertad, ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando a su historia una consecuente unidad que, si bien ha excluido las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. La huella de su pasos, no se borrará jamás en los anales del derecho humano; porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce impecadero y realidad viviente; porque han demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender a un inmenso organismo nacional la inmovible autoridad de una república; porque, con su organización federativa, han revelado —según la feliz expresión de Tocqueville— la manera como se pueden conciliar con el brillo y el poder de los estados grandes la felicidad y la paz de los pequeños. Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que ha de destacarse en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revelado plenamente —acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización— la grandeza y el poder del trabajo; esa fuerza bendita que la Antigüedad abandonaba a la abyección de la esclavitud, y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del *mechanic* de sus talleres y el *farmer* de sus campos, la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva e inesperada belleza ciñéndole

el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza a conquistar la vida como el desierto los primitivos puritanos. Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Robinson, que después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de la ayuda propia, entraran a componer los filamentos de una urdimbre firmísima. Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo, del espíritu de asociación, el más admirable instrumento de su grandeza y de su imperio; y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinada a los propósitos de la investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más maravillosos, por lo mismo que se consiguen con la más absoluta integridad de la autonomía personal. Hay en ellos un instinto de curiosidad despierta e insaciable, una impaciente avidez de toda luz; y profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela el quicio más seguro de su prosperidad y del alma del niño la más cuidada entre las cosas leves y preciosas. Su cultura, que está lejos de ser refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente a realizar una finalidad inmediata. No han incorporado a las adquisiciones de la ciencia una sola ley general, un solo principio; pero la han hecho maga por las maravillas de sus aplicaciones, la han agigantado en los dominios de la utilidad, y han dado al mundo, en la caldera de vapor y en la dínamo eléctrica, billones de esclavos invisibles que centuplican, para servir al Ala-

dino humano, el poder de la lámpara maravillosa. El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. Han inventado, con su prodigiosa aptitud de improvisación, un acicate para el tiempo; y al conjuro de su voluntad poderosa, surge en un día, del seno de la absoluta soledad, la suma de cultura acumulable por la obra de los siglos. La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió a esta luz el calor de una piedad que aún dura. Junto a la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado también los templos de donde evaporan su plegarias muchos millones de conciencias libres. Ellos han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso que, si no levanta sus vuelos en alas de un espiritualismo delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido moral. Han sabido, también, guardar, en medio de los refinamientos de la vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan en el músculo el instrumento precioso de la voluntad; y, obligados por su aspiración insaciable de dominio a cultivar la energía de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre. Y del concierto de su civilización, del acordado movimiento de su cultura, surge una dominante nota de optimismo, de confianza, de fe, que dilata los corazones impulsándolos al porvenir bajo la sugestión de una esperanza terca y arrogante; la nota del *Excelsior* y el *Salmo de la vida* con que sus poetas han

señalado el infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de la acción.

Su grandeza titánica se impone así, aun a los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter o por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. Les admiro, en primer término, por su formidable capacidad de *querer*, y me inclino ante la "escuela de voluntad y de trabajo" que —como de sus progenitores nacionales dijo Philarète-Chasles— ellos han instituido.

En el principio la acción era. Con estas célebres palabras del *Fausto* podría empezar un futuro historiador de la poderosa república, el Génesis, aún no concluido, de su existencia nacional. Su genio podría definirse, como el universo de los dinamistas, *la fuerza en movimiento*. Tiene, ante todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido a ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebató de una actividad viril. Su personaje representativo se llama *Yo quiero*, como el "superhombre" de Nietzsche. Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva a todas partes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun a las luchas del interés y de la vida material. Así de los especuladores de Chicago y de Minneápolis, ha dicho Paul Bourget que son a la manera de combatientes heroicos en los cuales la aptitud para el ataque y la defensa es comparable a la de un *grogna*rd del gran Emperador. Y esta energía suprema con la que el genio norteamericano parece obtener

—hipnotizador audaz— el adormecimiento y la sugestión de los hados, suele encontrarse aun en las particularidades que se nos presentan como excepcionales y divergentes, de aquella civilización. Nadie negará que Edgar Poe es una individualidad anómala y rebelde dentro de su pueblo. Su alma escogida representa una partícula inasimilable del alma nacional, que no en vano se agitó entre las otras con la sensación de una soledad infinita. Y sin embargo, la nota fundamental —que Baudelaire ha señalado profundamente— en el carácter de los héroes de Poe, es, todavía, el temple sobrehumano, la indómita resistencia de la voluntad. Cuando ideó a Ligeia, la más misteriosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la luz inextinguible de sus ojos, el himno de triunfo de la Voluntad sobre la Muerte.

Adquirido, con el sincero reconocimiento de cuanto hay de luminoso y grande en el genio de la poderosa nación, el derecho de completar respecto a él la fórmula de la justicia, una cuestión llena de interés pide expresarse. ¿Realiza aquella sociedad, o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización? ¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra "ciudad perfecta"? Esa febricitante inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?

Herbert Spencer, formulando con noble sinceridad su saludo a la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos, en

esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada a los propósitos inmediatos de la utilidad, se revelaba una concepción de la existencia, tolerable sin duda como carácter provisional de una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro ser. Spencer agregaba que era necesario predicar a los norteamericanos el Evangelio del descanso o el recreo; e identificando nosotros la más noble significación de estas palabras con la del *ocio* tal cual lo dignificaban los antiguos moralistas, clasificaremos dentro del Evangelio en que debe iniciarse a aquellos trabajadores sin reposo, toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de meditación levantado sobre la finalidad inmediata de la utilidad.

La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano. Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que representa y por sus triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío. Y es que sí, con el derecho que da la

historia de treinta siglos de evolución presididos por la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano, se pregunta cuál es en ella el principio dirigente, cuál su *substratum* ideal, cuál el propósito ulterior a la inmediata preocupación de los intereses positivos que estremecen aquella masa formidable, sólo se encontrará, como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del triunfo material. Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten, ese pueblo no ha sabido sustituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la realidad inmediata, del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo. De la suma de los elementos de su riqueza y su poder, podría decirse lo que el autor de *Mensonges* de la inteligencia del marqués de Norbert que figura en uno de sus libros: es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego. Falta la chispa eficaz que haga levantarse la llama de un ideal vivificante e inquieto sobre el copioso combustible. Ni siquiera el egoísmo nacional, a falta de más altos impulsos; ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza, que son los que transfiguran y engrandecen, en la Antigüedad, la prosaica dureza de la vida de Roma, pueden tener vislumbres de idealidad y de hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el *atomismo* de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional.

Diríase que el positivismo genial de la metrópoli ha sufrido, al trasmitirse a sus emancipados hijos de América, una destilación que le priva de todos los elementos de idealidad que le templaban, reduciéndole, en realidad, a la crudeza que, en las

exageraciones de la pasión o de la sátira, ha podido atribuirse al positivismo de Inglaterra. El espíritu inglés, bajo la áspera corteza de utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil, bajo la severidad puritana, esconde, a no dudarlo, una virtualidad poética escogida, y un profundo venero de sensibilidad, el cual revela, en sentir de Taine, que el fondo primitivo, el fondo germánico de aquella raza, modificada luego por la presión de la conquista y por el hábito de la actividad comercial, fue una extraordinaria exaltación del sentimiento. El espíritu americano no ha recibido en herencia ese instinto poético ancestral, que brota, como surgente límpida, del seno de la roca británica, cuando es el Moisés de un arte delicado quien la toca. El pueblo inglés tiene, en la institución de su aristocracia —por anacrónica e injusta que ella sea bajo el aspecto del derecho político—, un alto e inexpugnable baluarte que oponer al mercantilismo ambiente y a la prosa invasora; tan alto e inexpugnable baluarte que es el mismo Taine quien asegura que desde los tiempos de las ciudades griegas, no presentaba la historia ejemplo de una condición de vida más propia para formar y enaltecer el sentimiento de la nobleza humana. En el ambiente de la democracia de América, el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita.

Sensibilidad, inteligencia, costumbres, todo está caracterizado, en el enorme pueblo, por una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales. Fáciles son de seguir las manifestaciones de

esa ineptitud, partiendo de las más exteriores y aparentes, para llegar después a otras más esenciales y más íntimas. Pródigo de sus riquezas —porque en su codicia no entra, según acertadamente se ha dicho, ninguna parte de Harpagón—, el norteamericano ha logrado adquirir con ellas, plenamente, la satisfacción y la vanidad de la magnificencia suntuaria; pero no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir, en tal ambiente, a título de rebelión individual. Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica. Habla Bourget, en *Outre-Mer*, del acento concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra en los labios de los norteamericanos que ha halagado el favor de la fortuna; de esos recios y acrisolados héroes del *self-help* que aspiran a coronar, con la asimilación de todos los refinamientos humanos, la obra de su encumbramiento reñido. Pero nunca les ha sido dado concebir esa divina actividad que nombran con énfasis, sino como un nuevo motivo de satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo de su vanidad. La ignoran, en lo que ella tiene de desinteresado y de escogido; la ignoran, a despecho de la munificencia con que la fortuna individual suele emplearse en estimular la formación de un delicado sentido de belleza; a despecho de la esplendidez de los museos y las exposiciones con que se ufanan sus ciudades; a despecho de las montañas de mármol y de bronce que han esculpido para las estatuas de sus plazas públicas. Y si con su nombre hubiera de caracterizarse alguna vez un gusto de arte, él no podría ser otro que el que envuelve la negación del arte mismo: la brutalidad del efecto rebuscado, el desco-

nocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el *sensacionismo* que excluye la noble serenidad inconciliable con el apresuramiento de una vida febril.

La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescindiera de una inmediata finalidad, por vano e infecundo. No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria. Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular, están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupe de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erguirse sobre la general mediocridad. Así, el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia ha sido la semi-cultura universal y una profunda languidez de la alta cultura. En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen en el ambiente de esa gigantesca democracia, la superior sabiduría y el genio. He ahí por qué la historia de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de originalidad. Mientras en el período de la independencia y la organización surgen para representar, lo mismo el pensamiento que la voluntad de aquel pueblo, muchos nombres ilustres, medio siglo más tarde Tocqueville puede observar, respecto a ellos, que *los dioses se van*. Cuando escribió Tocqueville su obra

maestra, aún irradiaba, sin embargo, desde Boston, la *ciudadela puritana*, la ciudad de las doctas tradiciones, una gloriosa pléyade que tiene en la historia intelectual de este siglo la magnitud de la universalidad. ¿Quiénes han recogido después la herencia de Channing, de Emerson, de Poe? La nivelación mesocrática, apresurando su obra desoladora, tiende a desvanecer el poco carácter que quedaba a aquella precaria intelectualidad. Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan a la altura en que sería universalmente posible divisarlos. ¡Y hoy, la más genuina representación del gusto norteamericano, en punto a letras, está en los lienzos grises de un diarismo que no hace pensar en el que un día suministró los materiales de *El Federalista*!

Con relación a los sentimientos morales, el impulso mecánico del utilitarismo ha encontrado el resorte moderador de una fuerte tradición religiosa. Pero no por eso debe creerse que ha cedido la dirección de la conducta a un verdadero principio de desinterés. La religiosidad de los americanos, como derivación extremada de la inglesa, no es más que una fuerza auxiliatoria de la legislación penal, que evacuaría su puesto el día que fuera posible dar a la moral utilitaria la autoridad religiosa que ambicionaba darle Stuart Mill. La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklin: una filosofía de la conducta, que halla su término en lo mediocre de la honestidad, en la utilidad de la prudencia; de cuyo seno no surgirán jamás ni la santidad, ni el heroísmo; y que, sólo apta para prestar a la conciencia, en los caminos normales de la vida, el apoyo del bastón de manzano con que marchaba habitualmente su propagador, no es más que un leño frágil cuando

se trata de subir las altas pendientes. Tal es la suprema cumbre; pero es en los valles donde hay que buscar la realidad. Aun cuando el criterio moral no hubiera de descender más abajo del utilitarismo probado y medido de Franklin, el término forzoso —que ya señaló la sagaz observación de Tocqueville— de una sociedad educada en semejante limitación del deber, sería, no por cierto una de esas decadencias soberbias y magníficas que dan la medida de la satánica hermosura del mal en la disolución de los imperios; pero sí una suerte de materialismo pálido y mediocre y, en último resultado, el sueño de una enervación sin brillo, por la silenciosa descomposición de todos los resortes de la vida moral. Allí donde el precepto tiende a poner las altas manifestaciones de la abnegación y la virtud fuera del dominio de lo obligatorio, la realidad hará retroceder indefinidamente el límite de la obligación. Pero la escuela de la prosperidad material, que será siempre ruda prueba para la austeridad de las repúblicas, ha llevado más lejos la llaneza de la concepción de la conducta racional que hoy gana los espíritus. Al código de Franklin han sucedido otros de más francas tendencias como expresión de la sabiduría nacional. Y no hace aún cinco años el voto público consagraba en todas las ciudades norteamericanas, con las más inequívocas manifestaciones de la popularidad y de la crítica, la nueva ley moral en que, desde la puritana Boston, anunciaba solemnemente el autor de cierto docto libro que se intitulaba *Pushing to the front*,* que el éxito debía ser considerado la finalidad suprema de la vida. La revelación tuvo eco aun en el seno de las comunio-

* Por M. Orisson Swett Marden, Boston, 1895. (Nota del autor.)

nes cristianas, y se citó una vez, a propósito del libro afortunado, la *Imitación* de Kempis, como término de comparación.

La vida pública no se sustrae, por cierto, a las consecuencias del crecimiento del mismo germen de desorganización que lleva aquella sociedad en sus entrañas. Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente a enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. El valor cívico, la virtud vieja de los Hamilton, es una hoja de acero que se oxida, cada día más, olvidada, entre las telarañas de las tradiciones. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga a todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias y que los entona con la perspectiva de la efectividad de su dominio. La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena. Hoy, además, una formidable fuerza se levanta a contrastar de la peor manera posible el absolutismo del número. La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuerde, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia que, en los últimos

tiempos de la república romana, es uno de los antecedentes viables de la ruina de la libertad y de la tiranía de los Césares. Y el exclusivo cuidado del engrandecimiento material —numen de aquella civilización— impone así la lógica de sus resultados en la vida política, como en todos los órdenes de la actividad, dando el rango primero al *struggle-for-lifer* osado y astuto, convertido en la brutal eficacia de su esfuerzo en la suprema personificación de la energía nacional —en el postulante a su *representación* emersoniana—, ¡en el *personaje reinante* de Taine!

Al impulso que precipita aceleradamente la vida del espíritu en el sentido de la desorientación ideal y el egoísmo utilitario, corresponde, físicamente, ese otro impulso, que en la expansión del asombroso crecimiento de aquel pueblo, lleva sus multitudes y sus iniciativas en dirección a la inmensa zona occidental que, en tiempos de la independencia, era el misterio, velado por las selvas del Mississipi. En efecto: es en ese improvisado Oeste, que crece formidable frente a los viejos estados del Atlántico, y reclama para un cercano porvenir la hegemonía, donde está la más fiel representación de la vida norteamericana en el actual instante de su evolución. Es allí donde los definitivos resultados, los lógicos y naturales frutos, del espíritu que ha guiado a la poderosa democracia desde sus orígenes, se muestran de relieve a la mirada del observador y le proporcionan un punto de partida para imaginarse la faz del inmediato futuro del gran pueblo. Al virginiano y al yanqui ha sucedido, como tipo representativo, ese dominador de las ayer desiertas praderas, refiriéndose al cual decía Michel Chevalier, hace medio siglo, que “los últimos serían un día los primeros”. El utili-

tarismo, vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita y la nivelación de la democracia bastarda alcanzarán, con él, su último triunfo. Todo elemento noble de aquella civilización, todo lo que la vincula a generosos recuerdos y fundamenta su dignidad histórica —el legado de los tripulantes del *Flor de Mayo*, la memoria de los patricios de Virginia y de los caballeros de la Nueva Inglaterra, el espíritu de los ciudadanos y los legisladores de la emancipación—, quedarán dentro de los viejos estados donde Boston y Filadelfia mantienen aún, según expresivamente se ha dicho, “el palladium de la tradición washingtoniana”. Chicago se alza a reinar. Y su confianza en la superioridad que lleva sobre el litoral iniciador del Atlántico, se funda en que le considera demasiado reaccionario, demasiado europeo, demasiado tradicionalista. La historia no da títulos cuando el procedimiento de elección es la subasta de la púrpura.

A medida que el utilitarismo genial de aquella civilización asume así caracteres más definidos, más francos, más estrechos, aumentan, con la embriaguez de la prosperidad material, las impaciencias de sus hijos por propagarla y atribuirle la predestinación de un magisterio romano. Hoy, ellos aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal, a la dirección de las ideas, y se consideran a sí mismos los forjadores de un tipo de civilización que prevalecerá. Aquel discurso semi-irónico que Laboulaye pone en boca de un escolar de su París americanizado para significar la preponderancia que concedieron siempre en el propósito educativo a cuanto favorezca el orgullo del sentimiento nacional, tendría toda la seriedad de la creencia más sincera en labios de cualquier americano viril de nuestros días. En el fondo de su

declarado espíritu de rivalidad hacia Europa, hay un menosprecio que es ingenuo, y hay la profunda convicción de que ellos están destinados a oscurecer, en breve plazo, su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose, una vez más, en las evoluciones de la civilización humana, la dura ley de los misterios antiguos en que el iniciado daba muerte al iniciador. Inútil sería tender a convencerles de que, aunque la contribución que han llevado a los progresos de la libertad y de la utilidad haya sido, indudablemente, cuantiosa, y aunque debiera atribuírsele en justicia la significación de una obra universal, de una obra *humana*, ella es insuficiente para hacer transmutarse, en dirección al nuevo Capitolio, el eje del mundo. Inútil sería tender a convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del ario europeo, desde que, hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas; la obra que aún continúa realizándose y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual no puede formar ecuación la fórmula *Washington más Edison*. ¡Ellos aspirarían a revisar el Génesis para ocupar esa primera página! Pero además de la relativa insuficiencia de la parte que les es dado reivindicar en la educación de la humanidad, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica. Carecen de ese don superior de *amabilidad* —en alto sentido—, de ese extraordinario poder de simpatía, con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial de educación, saben hacer de su cultura algo parecido a la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían

una civilización mercantil, que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría convirtiéndolo en el medio de propagar su más pura y luminosa esencia. La relación entre los bienes positivos y los bienes intelectuales y morales es, pues, según la adecuada comparación de Fouillée, un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas que, así como permite transformar el movimiento en calórico, permite también obtener, de las ventajas materiales, elementos de superioridad espiritual.

Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable, ni nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbre. Nuestra confianza y nuestros votos deben inclinarse a que, en un porvenir más inaccesible a la inferencia, esté reservado a aquella civilización un destino superior. Por más que, bajo el acicate de su actividad vivísima, el breve tiempo que la separa de su aurora haya sido bastante para satisfacer el gasto de vida requerido por una evolución inmensa, su pasado y su actualidad no pueden ser sino un introito con relación a lo futuro. Todo demuestra que ella está aún muy lejana de su fórmula definitiva. La energía asimiladora que le ha permitido conservar cierta uniformidad y cierto temple genial, a despecho de las enormes invasiones de elementos étnicos opuestos a los que hasta hoy han dado el tono a su carácter, tendrá que reñir batallas cada día más difíciles y, en el utilitarismo proscriptor de toda idealidad, no encontrará una inspiración suficientemente poderosa para mantener la atracción del sentimiento solidario. Un pensador ilustre, que comparaba al esclavo de las sociedades antiguas con una partícula no

digerida por el organismo social, podría quizá tener una comparación semejante para caracterizar la situación de ese fuerte colono de procedencia germánica que, establecido en los estados del centro y del Far-West conserva intacta, en su naturaleza, en su sociabilidad, en sus costumbres, la impresión del genio alemán, que, en muchas de sus condiciones características más profundas y enérgicas, debe ser considerado una verdadera antítesis del genio americano. Por otra parte, una civilización que esté destinada a vivir y a dilatarse en el mundo; una civilización que no haya perdido, momificándose, a la manera de los imperios asiáticos, la aptitud de la variabilidad, no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido. Espere-mos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad y utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad. Esperemos que, de la enorme fragua, surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, generoso, armónico, selecto, que Spencer, en un ya citado discurso, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos ni en la realidad presente de aquel pueblo, ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; y renunciemos a ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme, que aún pasará necesariamente por muchas rectificaciones sucesivas, antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos que han alcanzado un perfecto desenvolvimiento de su genio, presiden al glorioso coronamiento de su obra, como en *El sueño del cóndor* que Leconte de Lisle ha descrito con su soberbia majestad, terminando, en olímpico sosiego, la as-

cen-ión poderosa, ¡más arriba de las cumbres de la Cordillera!

[6. *No existe pueblo verdaderamente grande para la historia, sin un ideal desinteresado. No basta la grandeza material para la gloria de los pueblos. Ejemplos históricos. El pensamiento y la grandeza material de las ciudades. Aplicación de lo anterior a las condiciones de la vida de América. Confianza en el porvenir. Nos toca trabajar en beneficio del porvenir. La dignidad humana exige que se piense en lo futuro y se trabaje para él. Simbolismo de "Ariel".*]

Ante la posteridad, ante la historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente a producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente. Sin este resultado duradero, *humano*, levantado sobre la finalidad transitoria de lo *útil*, el poder y la grandeza de los imperios no son más que una noche de sueño en la existencia de la humanidad; porque, como las visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida.

Gran civilización, gran pueblo —en la acepción que tiene valor para la historia—, son aquellos, que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero —según dijo Carlyle del alma de sus "héroes"—: *como una nueva y divina porción de la suma de las cosas*. Tal, en el poema de Goethe, cuando la Elena evocada del reino de la noche vuelve a descender al Orco som-

brío, deja a Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma deidad; pero participan, habiéndolas llevado ella consigo, de su alteza divina, y tienen la virtud de elevar a quien las posee, por encima de las cosas vulgares.

Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización a acumular abundantes elementos de prosperidad y su idea de la justicia a distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero o la colmena. No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que "el alma que acude a beber fuerzas y energías en la íntima comunicación con el linaje humano, esa alma que constituye al grande hombre, no puede formarse y dilatarse en medio de los pequeños partidos de una ciudad pequeña". Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus habitaciones, son sólo *medios* del genio civilizador y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse. De las piedras que compusieron a Cartago, no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz. La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa en la memoria de la humanidad el hueco de una mano, si se la compara con el espacio que va desde la Acrópolis al Pireo. Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificada en torno a la torre de Nemrod; ni aparece fuerte

sólo porque sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios losas de alabastro y se enguirnalde con los jardines de Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad, cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciado su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incubaba la idea que ha de surgir al sol del otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

Entonces sólo, la extensión y la grandeza material de la ciudad pueden dar la medida para calcular la intensidad de su civilización. Ciudades regias, soberbias aglomeraciones de casas, son para el pensamiento un cauce más inadecuado que la absoluta soledad del desierto, cuando el pensamiento no es el señor que las domina. Leyendo el *Maud* de Tennyson, hallé una página que podría ser el símbolo de este tormento del espíritu allí donde la sociedad humana es para él un género de soledad. Presa de angustioso delirio, el héroe del poema se sueña muerto y sepultado, a pocos pies dentro de tierra, bajo el pavimento de

una calle de Londres. A pesar de la muerte, su conciencia permanece adherida a los fríos despojos de su cuerpo. El clamor confuso de la calle, propagándose en sorda vibración hasta la estrecha cavidad de la tumba, impide en ella todo sueño de paz. El peso de la multitud indiferente gravita a toda hora sobre la triste prisión de aquel espíritu y los cascos de los caballos que pasan, parecen empuñarse en estampar sobre él un sello de oprobio. Los días se suceden con lentitud inexorable. La aspiración de Maud consistiría en hundirse más dentro, mucho más dentro, de la tierra. El ruido ininteligente del tumulto sólo sirve para mantener en su conciencia desvelada el pensamiento de su cautividad.

Existen ya, en nuestra América Latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente, las acercan con acelerado paso a participar del primer rango en el mundo. Es necesario temer que el pensamiento sereno que se aproxime a golpear sobre las exterioridades fastuosas, como sobre un cerrado vaso de bronce, sienta el ruido desconsolador del vacío. Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fue un glorioso símbolo en América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos, puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago.

A vuestra generación toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personifica-

da en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois los destinados a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.

Basta que el pensamiento insista en *ser* —en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento—, para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro.

El pensamiento se conquistará, palmo a palmo, por su propia espontaneidad, todo el espacio de que necesite para afirmar y consolidar su reino, entre las demás manifestaciones de la vida. Él, en la organización individual, levanta y engrandece, con su actividad continuada, la bóveda del cráneo que le contiene. Las razas pensadoras revelan en la capacidad creciente de sus cráneos, ese empuje del obrero interior. Él, en la organización social, sabrá también engrandecer la capacidad de su escenario, sin necesidad de que para ello intervenga ninguna fuerza ajena a él mismo. Pero tal persuasión que debe defenderos de un desaliento cuya única utilidad consistiría en eliminar a los mediocres y los pequeños, de la lucha, debe preservaros también de las impacencias que exigen vanamente del tiempo la alteración de su ritmo imperioso.

Todo el que se consagre a propagar y defender, en la América contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu —arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas—, debe educar

su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir —un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían— ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.

¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta?... Pensad en ella a lo menos; el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión de esa América regenerada, cerniéndose de lo alto sobre las realidades del presente, como en la nave gótica el vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos. No seréis sus fundadores, quizá; seréis los precursores que inmediatamente la precedan. En las sanciones glorificadoras del futuro, hay también palmas para el recuerdo de los precursores. Edgar Quinet, que tan profundamente ha penetrado en las armonías de la historia y la naturaleza, observa que para preparar el advenimiento de un nuevo tipo humano, de una nueva unidad social, de una personificación nueva de la civilización, suele precederles de lejos un grupo disper-

so y prematuro, cuyo papel es análogo en la vida de las sociedades al de las *especies proféticas* de que a propósito de la evolución biológica habla Héer. El tipo nuevo empieza por significar, apenas, diferencias individuales y aisladas; los individualismos se organizan más tarde en "variedad"; y por último, la variedad encuentra para propagarse un medio que la favorece, y entonces ella asciende quizá al rango específico: entonces —digámoslo con las palabras de Quinet— *el grupo se hace muchedumbre, y reina.*

He ahí por qué vuestra filosofía moral en el trabajo y el combate debe ser el reverso del *carpe diem* horaciano; una filosofía que no se adhiera a lo presente sino como al peldaño donde afirmar el pie o como a la brecha por donde entrar en muros enemigos. No aspiraréis, en lo inmediato, a la consagración de la victoria definitiva, sino a procuraros mejores condiciones de lucha. Vuestra energía viril tendrá con ello un estímulo más poderoso; puesto que hay la virtualidad de un interés dramático mayor, en el desempeño de ese papel, activo esencialmente, de renovación y de conquista, propio para acrisolar las fuerzas de una generación heroicamente dotada, que en la serena y olímpica actitud que suelen las edades de oro del espíritu imponer a los oficiantes solemnes de su gloria. "No es la posesión de los bienes —ha dicho profundamente Taine, hablando de las alegrías del Renacimiento—; no es la posesión de bienes, sino su adquisición, lo que da a los hombres el placer y el sentimiento de su fuerza."

Acaso sea atrevida y candorosa esperanza creer en un aceleramiento tan continuo y dichoso de la evolución, en una eficacia tal de vuestro

esfuerzo, que baste el tiempo concedido a la duración de una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la incipiente en que las tenemos ahora, a la categoría de un verdadero interés social y a una cumbre que de veras domine. Pero, donde no cabe la transformación total, cabe el progreso; y aun cuando supierais que las primicias del suelo penosamente trabajado, no habían de servirse en vuestra mesa jamás, ello sería, si sois generosos, si sois fuertes, un nuevo estímulo en la intimidad de vuestra conciencia. La obra mejor es la que se realiza sin las impacencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente no ya la compensación del lauro y el honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro.

Hubo en la Antigüedad altares para los "dioses ignorados". Consagrad una parte de vuestra alma al porvenir desconocido. A medida que las sociedades avanzan, el pensamiento del porvenir entra por mayor parte como uno de los factores de su evolución y una de las inspiraciones de sus obras. Desde la imprevisión oscura del salvaje, que sólo divisa del futuro lo que falta para terminar de cada período de sol y no concibe cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en parte desde el presente, hasta nuestra preocupación solícita y previsora de la posteridad, media un espacio inmenso, que acaso parezca breve y miserable algún día. Sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de noso-

tros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza. Si, por desdicha, la humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podría sustituirla sería el que nace de pensar que, aun después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que se transmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y ha soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende a acariciarnos con su melancólica luz.

El porvenir es en la vida de las sociedades humanas el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición, por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente comunica a las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y los pueblos trabajan, en el sentir de Fouillée, bajo la inspiración de las ideas, como los irracionales bajo la inspiración de los instintos; y la sociedad que lucha y se esfuerza, a veces sin saberlo, por imponer una idea a la realidad, imita, según el mismo pensador, la obra instintiva del pájaro que, al construir el nido bajo el imperio de una imagen interna que le obsede, obedece a la vez a un recuerdo inconsciente del pasado y a un presentimiento misterioso del porvenir.

Eliminando la sugestión del interés egoísta de las almas, el pensamiento inspirado en la preocupación por destinos ulteriores a nuestra vida, todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece; y es un alto honor de nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa preocupación por lo futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de la dignidad del ser racional, se hayan manifestado tan claramente en él, que aun en el seno del más absoluto pesimismo, aun en el seno de la amarga filosofía que ha traído a la civilización occidental, dentro del loto de Oriente, el amor de la disolución y la nada, la voz de Hartmann ha predicado, con la apariencia de la lógica, el austero deber de continuar la obra del perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del porvenir, para que, acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombres, llegue ella con más rápido impulso a su término final, que será el término de todo dolor y toda vida.

Pero no, como Hartmann, en nombre de la muerte, sino en el de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. Para pedíroslo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel. El bondadoso genio en quien Shakespeare acertó a infundir, quizá con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifiesta claramente en la estatua su significación ideal, admirablemente traducida por el arte en líneas y contornos. Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana a la que vive vinculada su luz —*la miserable arcilla* de que los genios de

Arimanes hablaban a Manfredo—. Ariel es, para la Naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas, con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. Él es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehistórico, cuando por primera vez dobló la frente oscura para labrar el pedernal o dibujar una grosera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el ario primitivo, progenitor de los pueblos civilizadores, amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el cetro de la majestad humana, hasta que, dentro ya de las razas superiores, se cierne deslumbrante sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la humanidad: lo mismo sobre los héroes del pensamiento y el ensueño que sobre los de la acción y el sacrificio; lo mismo sobre Platón en el promontorio de Súnium que sobre San Francisco de Asís en la soledad de Monte Albernía. Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una y mil veces por la indomable rebelión de Calibán, proscrito por la barbarie vencedora, asfixiado en el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el "eterno estercolero de Job", Ariel resurge inmortalmente, Ariel recobra su juventud y su hermosura, y acude ágil, como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman

e invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza, a veces, aun a los que le niegan y le desconocen. Él dirige a menudo las fuerzas ciegas del mal y la barbarie para que concurran, como las otras, a la obra del bien. Él cruzará la historia humana, entonando, como en el drama de Shakespeare, su canción melodiosa, para animar a los que trabajan y a los que luchan, hasta que el cumplimiento del plan ignorado a que obedece le permita —cual se liberta, en el drama, del servicio de Próspero—, romper sus lazos materiales y volver para siempre al centro de su lumbre divina.

Aun más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce e indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu.

Recuerdo que una vez que observaba el monetario de un museo, provocó mi atención en la leyenda de una vieja moneda la palabra *Esperanza*, medio borrada sobre la palidez decrépita del oro. Considerando la apagada inscripción, yo meditaba en la posible realidad de su influencia. ¿Quién sabe qué activa y noble parte sería justo atribuir, en la formación del carácter y en la vida de algunas generaciones humanas, a ese lema sencillo actuando sobre los ánimos como una insistente sugestión? ¿Quién sabe cuántas vacilantes alegrías persistieron, cuántas generosas empresas maduraron, cuántos fatales propósitos se desvanecieron, al chocar las miradas con la palabra alentadora, impresa, como un gráfico grito, sobre el disco metálico que circuló de mano en mano?... Pueda la imagen de este bronce —troquelados vuestros corazones con ella— desempeñar en vues-

tra vida el mismo inaparente pero decisivo papel. Pueda ella, en las horas sin luz del desaliento, reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal vacilante, devolver a vuestro corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir sonriéndose con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo; y más aún, en los de aquellos a quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que ¡la cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración!

Así habló Próspero. Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. De su suave palabra, iba con ellos la persistente vibración en que se prolonga el lamento del cristal herido, en un ambiente sereno. Era la última hora de la tardecia, en medio de discreta penumbra, y, todo. Un rayo del moribundo sol atravesaba la escando la frente de bronce de la estatua, parecía animar en los altivos ojos de Ariel la chispa inquieta de la vida. Prolongándose luego, el rayo hacía pensar en una larga mirada que el genio, prisionero en el bronce, enviase sobre el grupo juvenil que se alejaba. Por mucho espacio marchó el grupo en silencio. Al amparo de un recogimiento unánime, se verificaba en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta

en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente a la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero. Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió a la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra, triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un sople tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban a dar a su azul el tono oscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito; Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...

Y fue entonces, tras el prolongado silencio, cuando el más joven del grupo, a quien llamaban "Enjolrás" por su ensimismamiento reflexivo, dijo, señalando sucesivamente la perezosa ondulación del rebaño humano y la radiante hermosura de la noche:

—Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.

AMÉRICA Y EUROPA

Fragmento del discurso en ocasión de la visita de Anatole France a Montevideo, en 1909, recogido con el título de "A Anatole France", en El Mirador de Próspero, 1913.

Hermoso triunfo de la solidaridad humana es que las sociedades vinculadas por los principios esenciales de una civilización común, aunque se interpongan entre ellas la distancia material o las diferencias de la raza y la lengua, constituyan ya, para las altas manifestaciones del espíritu, un vasto y único escenario, donde se difunden, del uno al otro extremo, la voz propagadora de verdad o belleza y el coro de simpatía y entusiasmo que responde a esa voz y la multiplica. Las naciones latinoamericanas, últimas, por su poca edad, en incorporarse a esa grande unidad ideal, componen, dentro de ella, un grupo atento y entusiasta, el más entusiasta quizá, porque lo inspira el fervor del noviciado y porque pone en su atención e interés la secreta esperanza de que surgirán de su seno las voces soberanas del porvenir.

Del pueblo en que os encontráis, acaso sólo había llegado hasta vos, en rumor apagado y confuso el eco de las discordias civiles que, renovándose con porfiado encono, han dado tan claras pruebas de nuestro valor como dudosas de nuestra madurez política. Éste ha sido ante el mundo el testimonio de nuestra existencia. ¡Testimonio demasiado violento, sin duda! Pero nosotros, que queremos la organización y la paz, y que marchamos definitivamente, y con fe profunda, a conquistarlas, no nos avergonzamos ni nos desalen-

tamos por esos revoltosos comienzos, porque sabemos que ellos son, en los pueblos como en los hombres, la condición de la niñez. Tuvimos el arranque atrevido de optar por la libertad; hacemos su duro aprendizaje: tal es nuestra historia. Y como, entre las cualidades excelsas de vuestro espíritu pensador, cuéntase la de la comprensión amplia y generosa, que mira de lo alto y llega hasta el fondo de las cosas y de las almas, sabemos ya que aplicáis a nuestra indómita inquietud, tan duramente juzgada de ordinario, ese criterio de benevolencia y de esperanza.

Podría personificarse el genio de esta turbulenta América Latina, tal como se ha manifestado hasta hoy, en aquel belicoso niño griego que el poeta de las *Orientales* imaginó entre las ruinas calcinadas de Chío, después de pasar el invasor, y que, preguntado por el pasajero sobre la prenda que lograría contentarle —flor delicada, sabroso fruto o ave melodiosa—, contestaba pidiendo, con ademán heroico, “pólvora y balas”. “Pólvora y balas” nos habéis oído pedir, aquejados de fatal e inaplacable deseo. Pero lo que acaso no conocíais suficientemente es que, a pesar del vértigo que nos ha arrebatado, y aprovechando las treguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, a saber, a comprender, a admirar, y también a producir; hemos reconstruido cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias; hemos tendido, en una palabra, a la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio oscuro, dirige sus ramas anhelantes hacia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. Y bien: esta concien-

cia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, a pesar de todo, ha velado en nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en la lucha con los fieros resabios del pasado. *Ceci tuera cela*: esto matará aquello; y ya está cercana la hora en que el niño heroico del poeta no pedirá más al pasajero con airado gesto, "pólvora y balas", sino que aceptará, sonriente, de sus manos, la flor delicada y el ave melodiosa, símbolos de belleza y mansedumbre.

En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América han sido forzosamente, hasta hoy, tributarios del espíritu europeo. El faro orientador que razas predestinadas fijaron, hace millares de años, en las costas del Mediterráneo, azul y sereno, orlándolo con las ciudades creadoras de la civilización, permanece aún allí, sin que otra luz haya eclipsado sus fulgores. Somos aún, en ciencia y arte, vuestros tributarios; pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestro pensamiento, y hay ya presagios que nos alientan a afirmar que vamos rumbo a ella. Aspirando eficazmente a alcanzarla os demostraremos a los que ejercéis desde vuestras cátedras ilustres el magisterio de nuestra cultura, que hemos aprovechado vuestras lecciones y vuestros ejemplos. Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación espiritual. Os escuchamos y admiramos, pues, a vosotros, los maestros lejanos, no como el siervo que ha abdicado su personalidad, ni como el hipnotizado que tie-

ne su personalidad inhibida, sino como el alumno reflexivo y atento, para quien la palabra magistral, lejos de ser yugo que oprime, es, por el contrario, impulso y sugestión que estimulan a investigar y pensar por cuenta propia.

DEL POSITIVISMO AL IDEALISMO EN HISPANOAMERICA

Fragmento del ensayo dedicado al libro Idola Fori, del colombiano Carlos Arturo Torres, en 1910, recogido con el título de "Rumbos Nuevos", en El Mirador de Próspero, 1913.

Otro de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano, en el momento presente, es la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida; la frecuente presencia, en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales; el interés consagrado a la faz no material ni utilitaria de la civilización. Corresponde esta nota de vuestra vida mental al fondo común de sentimientos e ideas por que nuestro tiempo se caracteriza en el mundo. No cabe dudar de que las más interesantes, enérgicas y originales direcciones del espíritu contemporáneo, en su labor de verdad y de belleza, convergen dentro de un carácter de idealismo, que progresivamente se define y propaga. Así lo reconoce, en más de una ocasión, el escritor colombiano; ya refiriéndose, al empezar, a la "sutil esencia de idealismo" que se evapora del conjunto de la actividad filosófica y científica de nuestra época, ya finalizando con la afirmación de la existencia de un "renacimiento idealista" que aspira a producir una "superior con-

ciencia de la humanidad", como resultado de una múltiple corriente de revaluación de valores intelectuales y morales.

Si retrocedemos a señalar el punto de donde esta universal revolución del pensamiento toma su impulso, en parte como reacción, en parte como ampliación, lo hallaremos en las postreras manifestaciones de la tendencia netamente positivista que ejerció el imperio de las ideas, desde que comenzaba hasta que se acercaba a su término la segunda mitad del pasado siglo. Expone Taine que cuando, en determinado momento de la historia, surge una "forma de espíritu original", esta forma produce, encadenadamente y por su radical virtud, "una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia", y agreguemos nosotros, una concepción de la vida práctica, una moral de hecho, una educación, una política. El positivismo del siglo XIX tuvo esa multiforme y sistemática reencarnación; y así como en el orden de la ciencia condujo a corroborar y extender el método experimental, y en literatura y arte llevó al realismo naturalista, así, en lo que respecta a la realidad política y social, tendió a entronizar el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único o supremo objetivo del interés común. La oportunidad histórica con que tal "forma original de espíritu" se manifestaba, es evidente; ya en el terreno de la pura filosofía, donde vino a abatir idealismos agotados y estériles; ya en el de la imaginación artística, a la cual libertó después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras; ya, finalmente, en el de la práctica y la acción, a las que trajo un contacto más íntimo con la realidad, contribuyendo, por

ejemplo, a vencer el espacio que en Francia separa la vana agitación de la Segunda República, de la sabia firmeza del oportunismo republicano que llegaba al poder confesándose, por labios de Gambetta, "libre y desinteresado servidor del positivismo".

Es indudable, además, que si el espíritu positivista se aborea en las fuentes, en las cumbres, un Comte o un Spencer, un Taine o un Renan, la soberana calidad del pensamiento y la alteza constante del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las más altas aspiraciones. Pero sin detenernos a considerar de qué manera y en qué grado pudo el positivismo degenerar o estrecharse en la conciencia europea, como teoría y como aplicación, y volviendo la mirada a nuestros pueblos, necesario es reconocer que aquella revolución de las ideas fue, por lo general, entre nosotros, tan pobremente interpretada en la doctrina como bastardeada en la práctica. El sentido idealista y generoso que comtianos como Lagarrigue infundieron en su predicación, más noblemente inspirada que bien comprendida y eficaz, no caracteriza la índole del positivismo que llegó a propagarse, y aun a divulgarse, en nuestra América. Fue éste un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común. Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supersticiosa de la ciencia empírica, como potestad infalible e inmuta-

ble, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha a los hombres. En lo tocante a la acción y al gobierno de la vida, llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio, o la falsa comprensión, de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo *práctico* y lo *útil*.

Estas dos nociones, tan interesantes y necesarias dentro del orden y trabazón de ideas en que se encuadra una voluntad bien regida, son ídolos groseros si se las observa campear, sueltas y emancipadas de todo principio superior, en la conciencia del vulgo. En general, nada debe temerse más que los efectos de la deformación de ciertas ideas arriesgadas y confundibles, o ya originariamente viciosas, cuando se apoderan de ellas la mediocridad de espíritu y la mediocridad de corazón, para disfrazar de conceptos capaces de sostenerse y propagarse a plena luz, las condiciones de su personal inferioridad. Esto, de que puede señalarse actualmente un ejemplo en la deplorable boga del egoísmo aristocrático de Nietzsche, convertido en patente de corso para la franca expansión de la desatinada soberbia de los necios y de la miseria de alma de los viles, pasó también con la difusión entusiástica de la idea de utilidad. Las medianías ineptas, por su pobreza de vida espiritual, para comprender aspiración más alta que las que circunscribe el interés positivo, acogieron con júbilo un criterio que interpretaban como la confirmación de que, allí donde nada veían ellas, nada existía sino vanidad; y creyendo predicar la filo-

sofía que habían aprendido, predicaban la imitación de su propia naturaleza. Imaginaron que descubrían un mundo, y que este mundo era la tierra misma: el suelo firme y seguro de la realidad, de donde las generaciones anteriores habían vivido ausentes, y que era menester rehabilitar como habitación de los hombres. La energía interior, la *facultad dominante*, que para ello preconizaban, era un *sentido práctico* abstraído de toda noción ideal que lo refiriese, como instrumento o medio de hacer, a algún supremo término de desinterés, de justicia o de belleza; *sentido práctico* que orientándose, como el buen sentido de Sancho, en exclusiva persecución de lo útil, si alguna vez padecía quiebras y eclipses había de ser, como en el inmortal escudero, para desviarse en dirección de esos quijotismos de la utilidad que fingen insulas y tesoros donde el quijotismo de lo ideal finge Dulcineas, castillos y gigantes.

Relativamente a la peculiar situación de nuestros pueblos, estas tendencias encerraban peligros que no eran bastantes a compensar el efecto de saludable eliminación que, por otra parte, producirían (ya que no falta nunca alguna relación benéfica en lo fundamentalmente pernicioso), sobre idealismos quiméricos y sueños impotentes y vagos. Desde luego, toda obsesión utilitarista, todo desfallecimiento de las energías que mantienen el timón de la nave social en derecha a un objeto superior al interés del día que pasa, habían de ejercer tanto más fácil y avasallador influjo en el espíritu de democracias nuevas, donde la marea utilitaria no encontraría la resistencia de esas poderosas fuerzas de idealidad inmanente que tienen fijadas, en los pueblos de civilización secular, la alta cultura científica y artística, la selección

de clases dirigentes y la *nobleza* con que obliga la tradición. A esto hay que agregar, todavía, circunstancias de época. Comenzaba en estas sociedades el impulso de engrandecimiento material y económico, y como sugestión de él, la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo; la avidez de oro, que, llevando primero a la forzada aceleración del ritmo del trabajo, concluía en el disgusto del trabajo, como hartado lento prometedor, y lo sustituía por la audacia de la especulación aventurera. Eran los años en que las líneas enérgicas y airoas de la tradicional personalidad colectiva empezaban a esfumarse, veladas por un cosmopolitismo incoloro, y en que, en medio de la confusión de todo orden de prestigios y valores sociales, se apresuraba la formación de una burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto. El gran Sarmiento, que alcanzó en su titánica vejez el despuntar de esos tiempos, los llamó *la época cartaginesa*. En semejante disposición de las conciencias y las cosas, una corriente de ideas que ya llevaba en sí misma cierta penuria de energías enaltecedoras, no podía menos de empobrecerse y de extremarse en sentido utilitario y *terre à terre*; y no fue otro, en efecto, el carácter de nuestro positivismo.

Entre tanto, generaciones nuevas llegaban. Educadas bajo el dominio de tales direcciones, se asomaban a avizorar fuera de ellas, con ese instinto que mueve a cada generación humana a separar de lo anterior y aceptado, alguna parte de sus ideas. Ponían el oído a las primeras vagas manifestaciones de una transformación del pensamiento en los pueblos maestros de la civilización;

leían nuevos libros, y releían aquellos que habían dado fundamento a su criterio, para interpretarlos mejor y ver de ampliar su sentido y alcance. Hay en *Idola Fori* un capítulo donde se indican algunas de las fuentes de la transición que siguió a esto, comentándose el estudio que de la evolución de las ideas en la América española, hizo, no ha mucho, Francisco García Calderón, en trabajo digno de su firme y cultivado talento. La *lontananza* idealista y religiosa del positivismo de Renan; la sugestión inefable, de desinterés y simpatía, de la palabra de Guyau; el sentimiento *heroico* de Carlyle; el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tólstoi y de Nietzsche; y como superior complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas e inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana, fueron estímulo para que convergiéramos a la orientación que hoy prevalece en el mundo. El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del criterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos a restituir a las *ideas*, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualis-

tas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas, o procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda.

LA TRADICION EN LOS PUEBLOS HISPANOAMERICANOS

Artículo publicado en La Prensa, Buenos Aires, el 1º de enero de 1915. (Véase la citada edición de Obras Completas de Rodó, págs. 1203 y siguientes.)

Cada año que pasa, la conciencia de estos pueblos de América Latina se entona con un sentimiento más firme y seguro de la grandeza de su porvenir. La expansión de sus energías materiales

adquiere tal brío, su riqueza se acrecienta en tal medida, su civilización se asimila con tal facilidad los elementos convenientes para integrar un organismo de cultura propia y cabal, que el noble orgullo colectivo empieza a florecer en ellos de la manera natural y espontánea con que toda fuerza juvenil tiende a hacer alarde de sí misma. Lejos de ser reprensible, ese sentimiento es una energía necesaria que complementa las demás y un estímulo precioso con que obrar en el espíritu del pueblo, magnificando su capacidad como artífice de sus propios destinos.

Natural es también que ese orgullo colectivo se concrete en la idea y la figuración del porvenir. Si hay algún sentimiento esencialmente americano es, sin duda, el sentimiento del porvenir abierto, prometedor, ilimitado, del que se espera la plenitud de la fuerza, de la gloria y del poder. La formación de los pueblos de nuestro continente como naciones libres ha coincidido con el auge universal de esa concepción del progreso indefinido, que, extraña a toda filosofía histórica anterior al siglo XVIII, halló su fórmula primera en Condorcet y ha atravesado triunfalmente todas las transformaciones de ideas de la última centuria, siendo hoy mismo como una fe sustantiva de las creencias religiosas en el espíritu de las muchedumbres y en gran parte de los que se levantan sobre éstas. Más o menos entremezclada de ilusión y de candor, no puede desconocerse lo que esa idea encierra en sí de estímulo eficaz para las humanas energías y de inspiración poética y ensoñadora con que alentar los vuelos de la imaginación, eterna amiga de las treguas del trabajo y del combate.

Dejando de lado la evaluación de la parte

de verdad que contenga esta tesis optimista, y encarándola sólo en cuanto a su trascendencia activa y práctica, es fácil comprender que el vicio a que naturalmente tiende, en medio de sus muchas influencias benéficas, es el del injusto menosprecio de la tradición; el del desconocimiento vano y funesto de la continuidad solidaria de las generaciones humanas; el de la concepción del pasado y el presente como dos enemigos en perpetua guerra, en vez de considerarlos en la relación de padre a hijo o de dos obreros de sucesivos turnos, dentro de una misma ininterrumpida labor.

Una idea manifiesta por entero lo que contiene de exclusivo y de falso desde el momento que se organiza en partido y se convierte en acción. Es así como en el carácter y el desenvolvimiento de los partidos liberales y progresistas de Europa, durante el siglo XIX, puede observarse bien aquella relativa falsedad implícita en la filosofía del progreso indefinido, falsedad que conduce, en último término, a la obra de escisión, artificial y violenta, de que da ejemplo el moderno jacobinismo francés. Pero en Europa el pasado es una fuerza real y poderosa, la tradición existe con pleno prestigio y plena autoridad. El desatentado impulso que pretende obrar sin ella, encuentra en ella misma la resistencia que lo equilibra y lo sujeta a un ritmo. En cambio, en los pueblos jóvenes de América la tradición, enormemente inferior como extensión y como fuerza, apenas si lleva consigo un débil y precario elemento de conservación.

No es sólo por su escaso arraigo en el tiempo por lo que la tradición carece de valor dinámico en nuestra América. Es también por el tránsito súbito que importó la obra de su emancipación,

determinando un divorcio y oposición casi absolutos entre el espíritu de su pasado y las normas de su porvenir. Toda revolución humana significa, por definición, un cambio violento, pero la violencia del cambio no arguye que el orden nuevo que con él se inicia no puede estar virtualmente contenido en el antiguo y reconocer dentro de éste los antecedentes que lo hagan fácil de arraigar manteniendo la unidad histórica de un pueblo. Revolucionario fue el origen de la independencia norteamericana, pero ella fundó un régimen de instituciones que era el natural y espontáneo complemento de la educación colonial, de las disposiciones y costumbres recibidas en herencia. En la América española, la aspiración de libertad, concretándose en ideas y principios de gobierno que importaban una brusca sustitución de todo lo habitual y asimilado, abrió un abismo entre la tradición y el ideal. La decadencia de la metrópoli, su apartamiento de la sociedad de los pueblos generadores de civilización, hizo que para satisfacer el anhelo de vivir en lo presente y orientar en dirección al porvenir, hubieran de valerse sus emancipadas colonias de modelos casi exclusivamente extraños, así en lo intelectual como en lo político, en las costumbres como en las instituciones, en las ideas como en las formas de expresión. Esa obra de asimilación violenta y angustiosa fue y continúa siendo aún el problema, el magno problema de la organización hispanoamericana. De ella procede nuestro permanente desasosiego, lo efímero y precario de nuestras funciones políticas, el superficial arraigo de nuestra cultura.

¿Fue una fatalidad ineludible esa radical escisión entre las tradiciones de nuestro origen co-

lonial y los principios de nuestro desenvolvimiento liberal y progresista? ¿No pudo evitarse esa escisión sino al precio de renunciar a incorporarse, con firme y decidido paso, al movimiento del mundo?... A mi entender, pudo y debió evitarse en gran parte, tendiendo a mantener todo lo que en la herencia del pasado no significara una fuerza indomable de reacción o de inercia, y procurando adaptar, hasta donde fuese posible, lo imitado a lo propio, la innovación a la costumbre. Acaso los resultados aparentes habrían requerido mayor concurso del tiempo; pero, sin duda, habrían ganado en solidez y en carácter de originalidad. Los inspiradores y legisladores de la Revolución, repudiando en conjunto y sin examen la tradición de la metrópoli, olvidaron que no se sustituyen repentinamente con leyes las disposiciones y los hábitos de la conciencia colectiva, y que, si por nuevas leyes puede tenderse a reformarlos, es a condición de contar con ellos como con una viva realidad.

En las generaciones que siguieron a aquélla, una nueva fuerza hostil al sentimiento de tradición se agregó a esa influencia del idealismo revolucionario. Me refiero a las corrientes de inmigración cosmopolita, incorporadas al núcleo nacional con empuje muy superior a la débil energía asimiladora de que el núcleo nacional era capaz. Si la tradición de la colonia pudo ser desconocida y rechazada por los americanos de la Emancipación, porque en el fragor de la pelea la imaginaban irreconciliable con su sentimiento de la patria, el transcurso del tiempo daba lugar a otra tradición, esencialmente vinculada a aquel sentimiento, por cuanto nacía de la idealización de los hechos y los hombres que representaban el

heroico abolengo de la patria, al filtrarse en la memoria popular y adquirir la transfiguración de la leyenda. El pasado podía hablar ya con el prestigio de los recuerdos que colorean un blasón y encienden un orgullo colectivo. Por otra parte, aquella pintoresca y original semicivilización campesina que, desde los últimos tiempos de la colonia, animaba a las "cuchillas" y las pampas con el paso vagabundo del gaucho, mantuvo, por muchos años todavía, a las mismas puertas de las ciudades, un rico venero de color y de carácter social, que despertaba en estos pueblos la conciencia de una originalidad histórica. Pero el aluvión inmigratorio, después de confinar al fondo del desierto ese vivo testimonio de una tradición nacional, concluyó por absorberlo y desvirtuarlo del todo, al paso que, en las centros urbanos, diluyendo en la indefinida multitud cosmopolita el genuino núcleo nativo, tendía a debilitar cuanto fuese sentimiento de origen, piedad filial para las cosas del pasado, continuidad de caracteres y costumbres.

Asistimos a ese naufragio de la tradición, y debe preocuparnos el interés social de que él no llegue a consumarse. El anhelo del porvenir, la simpatía por lo nuevo, una hospitalidad amplia y generosa, son naturales condiciones de nuestro desenvolvimiento; pero, si hemos de mantener alguna personalidad colectiva, necesitamos reconocernos en el pasado y divisarlo constantemente por encima de nuestro suelto velamen. Para esa obra de conservación, todos los momentos traen su oportunidad; todas las actividades, aun las aparentemente más nimias, ofrecen ocasión capaz de ser aprovechada. Aparte de los grandes estímulos de la historia propia, cultivada y enaltecida como

forma suprema del culto nacional; aparte del carácter de iniciación patriótica que debe tener, entre sus más altos fines, la enseñanza primaria y de las energías que en la imaginación y el sentimiento puede mover una literatura que se inspire, sin mezquinas limitaciones, en el amor de la "tierra", no hay manifestación de la actividad común donde no sea posible tender a conservar o restaurar una costumbre que encierre cierto valor característico, cierta nota de originalidad, por insignificante que parezca. La norma debe ser no sustituir en ningún punto lo que constituye un rasgo tradicional e inveterado sino a condición de que sea claramente inadaptable a una ventaja, a un adelanto positivo.

Desde el aspecto material de las ciudades, en aquellas que aún conservan cierta fisonomía peculiar o que pueden tender a recobrarla, sin dejar de magnificarse y embellecerse, hasta los usos y las formas de la vida social, allí donde aún guardan cierto estilo, ciertos vestigios de una elegancia original y propia; desde el culto doméstico de los recuerdos hasta la inmunidad de las originalidades populares en fiestas, faenas y deportes; desde el salón hasta la mesa, todo puede contribuir a la afirmación de una "manera" nacional, todo puede contribuir a arrojar su nota de color sobre el lienzo gris de este cosmopolitismo que sube y se espesa en nuestro ambiente como una bruma.

La persuasión que es necesario difundir, hasta convertirla en sentido común de nuestros pueblos, es que ni la riqueza, ni la intelectualidad, ni la cultura, ni la fuerza de las armas, pueden suplir en el ser de las naciones, como no suplen

en el individuo, la ausencia de este valor irreducible y soberano: ser algo propio, tener un carácter personal.

LAS TIERRAS DEL PORVENIR

Fragmento de la primera de las correspondencias desde Italia que figuran en El Camino de Paros, fechada en octubre de 1916. (Su título originario es "Recuerdos de Pisa"; en la citada edición de Obras Completas de Rodó, se le antepuso el título de "Italia".)

Noble es la tristeza de Pisa, pero por noble llega más a lo hondo del alma; y como penetrado del llanto de las cosas —*sunt lacrimæ rerum*— empezaba a sentirme excesivamente melancólico, cuando he aquí que, de vuelta a mi alojamiento, me envuelve de improviso una onda fervorosa de juventud, de alegría, de entusiasmo y de patria. Es un grupo de venezolanos, que siguen en esta ilustre Universidad sus estudios de medicina y que, conocedores de mi presencia, me forman, para mis restantes horas de Pisa, el más afectuoso y grato acompañamiento que yo hubiera podido imaginar.

"Arielizamos" en sobremesa platónica; recordamos largamente la América lejana y querida, y les oigo, con íntimo deleite, sobre aquel fondo de grandezas muertas, levantar los castillos de las tierras del porvenir.

III
AMERICANISMO
POLITICO

MAGNA PATRIA

Artículo de 1905, recogido en El Mirador de Próspero, 1913.

Cuando, universalmente, la noción y el sentimiento de la patria se engrandecen y depuran, abandonando entre las heces del tiempo cuanto encerraban de negativo y de estrecho, aquí, en los pueblos hispanoamericanos, bien puede afirmarse que la identificación del concepto de la patria con el de la nación o el estado, de modo que la tierra que haya de considerarse extraña empiece donde los dominios nacionales acaban, importaría algo aun más pequeño que un fetichismo patriótico: importaría un fetichismo regional o un fetichismo de provincia. Porque si la comunidad del origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos; y la contigüidad geográfica, y cuanto puede dar fundamento real a la idea de una patria, no bastan para que el lenguaje del corazón borre, entre nuestros pueblos, las convencionales fronteras y dé nombre de "patria" a lo que no lo es en el habla de la política ¿dónde hallar la fuerza de la naturaleza o la voz de la razón, que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas?

Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la

comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral —el sueño de Bolívar—, es aún un sueño, cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué imortal Italia no era sólo la "expresión geográfica" de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria: era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa, que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.*

Al mismo año 1905 corresponde el siguiente fragmento del discurso en ocasión de la repatriación de los restos de Juan Carlos Gómez, recogido

* Reprodujo íntegra esta misma página en un mensaje dirigido al Paraguay en mayo de 1913, con motivo de una peregrinación patriótica de la juventud uruguaya al Solar de Artigas, en Asunción mensaje no recogido hasta ahora en ninguna de las ediciones de sus *Obras Completas*. Recientemente lo ha exhumado Carlos Pastore, historiador paraguayo residente en Montevideo, en la *Revista de la Biblioteca Nacional*, Nº 2, Montevideo, mayo de 1969. El *Mirador de Próspero* estaba entonces a punto de aparecer. Encabezando el mensaje dijo Rodó: "Separo de un próximo libro mío una página de americanismo ferviente, una afirmación de mi fe inquebrantable en la unidad de la magna patria hispanoamericana para que ésa sea la palabra que me represente y me recuerde en las fiestas fraternales a las que marcha jubilosamente la juventud de mi país." Después de transcrita aquella página, terminaba exaltando la hermandad entre el Uruguay y el Paraguay, con especial recuerdo para el lazo constituido por la memoria de Artigas.

con el título de "La vuelta de Juan Carlos Gómez", en El Mirador de Próspero, 1913.

Señores: Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América Latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aun más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de México hasta los hielos sempiternos del Sur.

Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.

SOBRE AMERICA LATINA

Página publicada en Caras y Caretas, Buenos Aires, el 25 de agosto de 1906. (Véase la citada edición de Obras Completas de Rodó, pág. 1185.)

La América Latina será grande, fuerte y gloriosa, si, a pesar del cosmopolitismo que es condición necesaria de su crecimiento, logra mantener la continuidad de su historia y la originalidad fundamental de la raza, y si, por encima de las fronteras convencionales que la dividen en naciones, levanta su unidad superior de excelsa y máxima patria, cuyo espíritu haya de fructificar un día en la realidad del sueño del Libertador: la magna confederación que, según él la anhelaba, anudaría sus indestruc-

tibles lazos sobre ese Istmo de Panamá que una política internacional de usurpación y de despojo ha arrancado de las despedazadas entrañas del pueblo de Caldas y Arboleda.

LA CUESTION SOCIAL EN AMERICA

Fragmento del estudio "Del trabajo obrero en el Uruguay", fechado en 1908 y recogido en El Mirador de Próspero, 1913.

La universalidad de estos anhelos de reparación, la persistente fuerza con que subyugan las conciencias, concurren a persuadir al más indiferente de que no se trata en ellos de un simple fermento de ideas puestas en boga por los vientos de un día; sino de uno de los caracteres esenciales del espíritu de nuestro tiempo, que tiene positivas correspondencias con la realidad y que fluye de naturales consecuencias de la evolución social y de la evolución económica.

Los conflictos entre el capital, que defiende su superioridad, y el trabajo, que reclama su autonomía, no son el rasgo privativo de una sociedad o de una época: pertenecen al fondo permanente y sin cesar renovado de la historia humana; pero su recrudecimiento, en términos que relegan a segundo lugar cualquiera otro interés social y político, es uno de los hechos capitales de la pasada centuria, desde que, por una parte, el portentoso desenvolvimiento de la actividad industrial, modificando las condiciones de trabajo, y por otra parte, el despertar de la conciencia de las multitudes, llamadas por el régimen de la democracia a la plenitud de sus derechos civiles y políticos, determi-

naron, en las ideas como en los acontecimientos, declives que debían forzosamente conducir a las reivindicaciones del momento presente.

Cabe preguntar todavía si este género de reivindicaciones, justificadas y oportunas en los países de avanzado desarrollo industrial, mantienen su oportunidad tratándose de pueblos que, como los de nuestra América, no han pasado aún del aprendizaje de la industria y están lejos del exceso plebítico de población que agrava y embravece, en las viejas sociedades de Europa, las luchas entre una burguesía opulenta y un proletariado que se angustia en los extremos de la necesidad.

Pero, desde luego, la demostración objetiva de que, cualquiera que sea la magnitud de esas diferencias internacionales, no es prematura ni inoportuna la atención concedida a las cuestiones de esta índole en pueblos como el nuestro, la da la agitación persistente que remueve, en estas sociedades también, a los elementos de trabajo, congregándolos para la común defensa de sus intereses, en asociaciones gremiales, en círculos de propaganda, en protestas y huelgas que tienen su reproducción periódica: fenómenos con que se denuncia un estado de espíritu que, aun prescindiendo de los trastornos accidentales que provoca, no podría dejar indiferente el ánimo del legislador, interesado en estudiar las causas que lo generan y en prevenir los medios que lo aplacarían. Ni puede pretenderse que esa tenaz inquietud no reconozca otra base que la sugestión falaz de los agitadores (aun cuando sea indudable que prédicas desencaminadas la exacerbaban y desnaturalizan); ni que importe sólo el reflejo maquinal e inconsciente de lo que pasa en los pueblos que dan la norma de la civilización. Estadistas y pensadores americanos han señalado ya,

respecto a esas aspiraciones clamorosas, una dirección que no es de resistencia ni de pasividad. Aún no hace muchos años que el ilustre presidente Quintana, desaparecido para grave mal de su país, declaraba, al tomar en sus manos el bastón de Rivadavia, que el programa mínimo del Partido Socialista Argentino, en el que están comprendidos los tópicos fundamentales de la legislación del trabajo, constituía un ideal aceptable y digno de fijar la atención de los hombres de gobierno. Y ésta es la hora en que el Cuarto Congreso Científico Latinoamericano, que ha de reunirse en noviembre del corriente año en Santiago de Chile, incluye, entre los temas fundamentales que propone a los estudiosos de América, el relativo a aquella misma cuestión social, considerada del punto de vista de las condiciones y caracteres peculiares de los pueblos del Nuevo Mundo.

HACIA LA UNIDAD POLITICA DE AMERICA

Fragmento de un discurso pronunciado el 11 de noviembre de 1909 en el parlamento uruguayo, en ocasión de aprobarse el histórico Tratado Uruguay-Brasil de ese año. (Véase la citada edición de Obras Completas de Rodó, págs. 1130 y ss.)

Es un hecho de trascendencia americana [el Tratado Uruguay-Brasil de 1909], porque fija normas, que debemos creer definitivas, a la acción internacional de todos los pueblos del continente; y es un hecho de trascendencia americana, también, porque contribuye a revelar que el espíritu de América tiene eficacia con que tender a la originalidad, a la innovación fecunda, en materia po-

lítica como en otras esferas del pensamiento y de la acción.

Cuando la América surgió a la vida de la historia, no fue solamente una nueva entidad geográfica la que apareció a la faz del mundo: debemos afirmar que surgió con ella un nuevo espíritu, un nuevo ideal, el espíritu y el ideal del porvenir.

Y bien, señor presidente: la Europa civilizadora que nos ha adoctrinado, que nos ha amamantado en sus ideas de libertad y de justicia, fruto de su experiencia y de su genio, tiene derecho a esperar que nosotros hagamos algo más que repetirlas: tiene derecho a esperar que las realicemos, que las encarnemos en la realidad viviente. Y es un pueblo americano el que hoy —quizá por vez primera en el mundo—, tiende de una manera franca y resuelta a desvanecer el concepto asaz generalizado, de que en política internacional sigue predominando, bajo máscaras más o menos falaces, la superioridad brutal y odiosa de la fuerza. ¡El pueblo del Brasil ha demostrado que en materia de relaciones internacionales, sobre la fuerza bruta puede prevalecer el derecho, que es una idea, pero que es también una fuerza!

América tiende desde sus orígenes, por el pensamiento consciente de sus emancipadores, de los fundadores de los pueblos que la constituyen, a formar una confederación de naciones. Esta confederación de naciones será primero una confederación moral, una armonía de intereses, de sentimientos, de ideas. Será, algún día muy lejano, una gran unidad política, como lo soñaba el Libertador Bolívar, cuando pensaba que en el Istmo de Panamá, que une las dos mitades del continente americano, se reunirá algún día el congreso anfic-

tiónico que mantendría con lazos perdurables la unidad de los pueblos del nuevo mundo.

Hechos como el que va a realizarse, manifiestan, señor presidente, que esa idea grandiosa no fue sólo una utopía nacida de las fiebres del genio; que hay en el fondo de esa idea el presentimiento de un porvenir, remoto quizá, pero seguro.

IBEROAMERICA

Artículo de 1910, recogido en El Mirador de Próspero, 1913. Este artículo es la reelaboración de un fragmento del borrador de un discurso que Rodó hubo de pronunciar en Río de Janeiro, a fines de 1909, en ocasión de la firma del ya mencionado Tratado Uruguay-Brasil de ese año. (Véase José Enrique Etcheverry, Un discurso de Rodó sobre el Brasil, Montevideo, 1950; Rodó y el Brasil, Montevideo, 1950.)

Por las virtualidades de su situación geográfica y de sus fundamentos históricos, el Uruguay parece destinado a sellar la unidad ideal y la armonía política de esta América del Sur, escenario reservado en el espacio y el tiempo, para la plenitud del genio de una grande y única raza.

No necesitamos los sudamericanos, cuando se trate de abonar esta unidad de raza, hablar de una América latina; no necesitamos llamarnos latinoamericanos para levantarnos a un nombre general que nos comprenda a todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad mucho más íntima y concreta: podemos llamarnos "iberoamericanos", nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas; y aun podríamos ir más allá y

decir que el mismo nombre de hispanoamericanos conviene también a los nativos del Brasil; y yo lo confirmo con la autoridad de Almeida Garret: porque, siendo el nombre de España, en su sentido original y propio, un nombre geográfico, un nombre de región, y no un nombre político o de nacionalidad, el Portugal de hoy tiene, en rigor, tan cumplido derecho a participar de ese nombre geográfico de España como las partes de la península que constituyen la actual nacionalidad española; por lo cual Almeida Garret, el poeta por excelencia del sentimiento nacional lusitano, afirmaba que los portugueses podían, sin menoscabo de su ser independiente, llamarse también, y con entera propiedad, españoles.

Más de una vez, pasando la mirada por el mapa de nuestra América, me he detenido a considerar las líneas majestuosas de esos dos grandes ríos del continente: el Amazonas y el Plata, el rey de la cuenca hidrográfica del Norte y el rey de la cuenca hidrográfica del Sur; ambos rivales en las magnificencias de la naturaleza y en los prestigios de la leyenda y de la historia, y tan extraordinariamente grandes que, por explicable coincidencia, sus descubridores, maravillados y heridos de la misma duda de si era un mar o un río lo que tenían delante, pusieron a ambos ríos el mismo nombre hiperbólico: "Mar Dulce" llamó Yañez Pinzón al Amazonas, y "Mar Dulce", también, llamó al Plata, Díaz de Solís.

Venido el uno, el Amazonas, donde se sueltan sus niñeces de Marañón, de las fundidas nieves de los Andes, rompe, desgobernado y tortuoso, entre el misterio de las selvas; recoge a su paso el enorme caudal de centenares de ríos y de lagos, y ya fuerte y soberbio, corre, buscando la cuna del sol,

hacia el Oriente, se empina hasta tocar la misma línea equinoccial, y repeliendo la resistencia orgullosa del océano con la convulsión suprema del Pororoca, se precipita sobre él como un titánico jinete, y cabalga leguas y leguas dentro del mar. El otro, el nuestro, el Plata, amamantado en su primer avatar del Paraná con las aguas de la meseta central americana, no lejos de donde toman su vertiente tributarios del Amazonas, crece al arrullo de la floresta guaraníca; subyuga, a uno y otro lado, la ingente multitud de sus vasallos, y descendiendo con su séquito en dirección a las latitudes templadas del Sur, donde el Polo y el Trópico sellan sus paces, cruza, al sentirse grande, sus dos brazos ciclópeos del Paraná y el Uruguay, y se echa en el mar, de un empuje de su pecho gigante, en el más ancho estuario del mundo.

Yo veo simbolizado en el curso de los dos ríos colosales, nacidos del corazón de nuestra América y que se reparten, en la extensión del continente, el tributo de las aguas, el destino histórico de esas dos mitades de la raza ibérica, que comparten también entre sí la historia y el porvenir del Nuevo Mundo: los lusoamericanos y los hispanoamericanos, los portugueses de América y los españoles de América; venidos de inmediatos orígenes étnicos, como aquellos dos grandes ríos se acercan en las nacientes de sus tributarios; confundándose y entrecruzándose a menudo en sus exploraciones y conquistas, como a menudo se confunden para el geógrafo los declives de ambas cuencas hidrográficas; convulsos e impetuosos en la edad heroica de sus aventuras y proezas, como aquellos ríos en su crecer; y serenando luego majestuosamente el ritmo de su historia, como ellos serenan, al ensancharse, el ritmo de sus aguas, para verter, en el

océano inmenso del espíritu humano, amargo salobre con el dolor y el esfuerzo de los siglos, su eterno tributo de aguas dulces: ¡las aguas dulces de un porvenir transfigurado por la justicia, por la paz, por la grande amistad de los hombres!

EL CENTENARIO HISPANOAMERICANO

Fragmento del discurso pronunciado en el Congreso chileno, recogido con el título "El Centenario de Chile", en El Mirador de Próspero, 1913.

Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de México, yo siento y percibo el centenario de la América española. En espíritu y verdad de la historia, hay un solo centenario hispanoamericano; porque en espíritu y verdad de la historia, hay una sola revolución hispanoamericana. Y la unidad de esta revolución consiste, no sólo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron a realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fue alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva.

Éstos son, pues, en América, los días del magno centenario que, único y múltiple, ha de prolongarse por más de dos decenios, evocando, hora tras

hora, en cada pueblo americano, los recuerdos de la independencia y la organización: aquel género de memorias que quedan, para siempre, como las más altas y sagradas, en la historia de las naciones.

Diríase que un concurso imponente nos mira y atiende incorporándose desde el pasado: el concurso de las generaciones que crearon, para el porvenir eterno, la América libre. Y en tamaña ocasión, las generaciones del presente pueden hacer, ante ese heroico pasado redivivo, dos afirmaciones que las satisfagan y conforten.

Testimonio de la primera de ellas son lo universal y lo solemne de las adhesiones internacionales que el centenario americano provoca: hoy en Chile, ayer en la Argentina; y consiste esa afirmación en decir que esta América española, tan discutida, tan negada, tan calumniada por la ignorancia y el orgullo ajenos, y aun por el escepticismo de sus propios hijos, empieza a existir para la conciencia universal; empieza a traer a sí la atención y el interés del mundo: no todavía por el brillo y la espontaneidad de su cultura, ni por el peso de su influencia política en la sociedad de las naciones; pero sí ya por la virtualidad y la realidad de su riqueza, por el brío y la pujanza de su desenvolvimiento material, lo que no constituye, ciertamente, un término definitivo de civilización, pero es, cuando menos, el sólido cimiento, y como la raíz tosca y robusta, en la formación de pueblos que algún día han de ser grandes por el espíritu.

Mucho tiempo después de emancipados, el mundo nos desconocía, o conociéndonos mal y desdénando conocernos mejor, dudaba de nosotros. Quizás, alguna vez, amargados por la aparente esterilidad de tantos esfuerzos angustiosos y tantos sacrificios oscuros, dudábamos de nosotros mismos;

y esta duda cruel no perdonó, en el Gethsemaní de Santa Marta, al alma lacerada del Libertador. Pues bien: hemos domeñado a la duda. Hoy nuestra esperanza en el inmediato porvenir es firme y altiva, y la fe del mundo empieza a recompensarla y confirmarla. Éramos, hasta ayer, poco más que un nombre geográfico: empezamos a ser una fuerza. Éramos una promesa temeraria: empezamos a ser una realidad.

Otra alentadora afirmación permite hacer la manera como este primer siglo concluye. Y es que los pueblos hispanoamericanos comienzan a tener conciencia, clara y firme, de la unidad de sus destinos; de la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende a lo infinito de su porvenir. Augusto Comte expresaba su profunda fe en la futura conciencia de la solidaridad humana, diciendo que la humanidad, como ser colectivo, no existe aún, pero existirá algún día. Digamos nosotros que América, la nuestra, la de nuestra raza, principia a *ser* —como persona colectiva consciente de su identidad—. Congresos que se reúnen, vías férreas que se tienden de nación a nación, litigios internacionales que se resuelven, vínculos intelectuales que se estrechan: todo concurre a esa manifestación de una plena conciencia americana.

Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamiento de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturali-

zar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo: cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre de Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de México, porque contesten con el nombre de América.

Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir y no se ajuste a la preparación de esa armonía, será una política vana o descarriada.

Renuevo aquí lo que dije en ocasión reciente: cuando América surgió a la vida de la historia, no fue sólo una nueva entidad geográfica lo que apareció a la faz del mundo. Debemos pensar que surgieron con ella un nuevo espíritu, un nuevo ideal: el espíritu, el ideal del porvenir. La Europa civilizadora, que nos ha adoctrinado, que nos ha amamantado en sus ideas de libertad y de justicia, fruto de su experiencia y de su genio, tiene el derecho de esperar que nosotros, aliviados de la carga abrumadora de la tradición, hagamos algo más que repetirlas: tiene el derecho de esperar que las encarnemos en la realidad, o por lo menos, que tendamos enérgicamente a realizarlas. Si esta originalidad no cupiese en nuestra civilización: si nada hubiéramos de agregar, en el orden real de la vida, a lo imitado y heredado, ¿qué significaría, en definitiva, la revolución de 1810, sino una convulsión superficial, indigna de tales glorificaciones? ¿Qué sería esto sino seguir siendo colonias por el

espíritu, después de haberlo dejado de ser en la realidad política?...

Los que consideran milagro irrealizable que los pueblos se relacionen alguna vez según otras normas que las de la tradición internacional fundada en el dolo y en la fuerza, y que sea en América donde ello se logre, olvidan que un milagro mayor está, vivo y tangible, en el hecho de este centenario. Si hace poco más de un siglo, es decir, si antes de la emancipación norteamericana y de la Revolución Francesa, se hubiera asegurado que la democracia y la república, como formas permanentes de organización social y política, no sólo se realizarían en naciones poderosas y grandes, sino que se extenderían por todo un continente, y que este prodigio surgiría de las oscuras colonias europeas, sumergidas entonces en el sueño soporoso de la primera infancia, la afirmación hubiera parecido a los más risible paradoja. Pues bien: cuando la virtualidad de las ideas y la energía de razas jóvenes y fuertes han tenido eficacia para transfigurar colonias oscuras en naciones dueñas de sí mismas, y para implantar, del uno al otro extremo de un continente, las formas avanzadas de organización y de gobierno que, hace poco más de un siglo, parecían al sentido común de los hombres vanas utopías ¿por qué dudar de que esa misma virtualidad de las ideas y esa misma energía de razas jóvenes y fuertes, alcancen en América a realizar, en la vida internacional, lo que los escépticos de hoy tienen por sueños y quimeras opuestos a leyes fatales de la historia: una magnificación de la idea de la patria; un porvenir de paz y de amor entre los pueblos; una armonía internacional fundada en

el acuerdo de los intereses de todos por el respeto
leal de los derechos de cada uno?

Esta es, en mí, la más intensa sugestión del
centenario americano.

ADHESION A ALFREDO L. PALACIOS

*Fragmento de una carta publicada en Diario
del Plata, Montevideo, el 7 de abril de 1912.
(Véase la citada edición de Obras Completas de
Rodó, pág. 1072.)*

Puedo darla y la doy porque el carácter in-
dependiente y amplio que ese comité reviste, ex-
cluyendo la participación forzosa en el orden de
ideas a que está vinculada la personalidad del
candidato, legitima las adhesiones que procedan
de otros motivos y fundamentos que la comunidad
de ideas.

Puedo darla y la doy porque, en la vulgar
agitación de intereses y pasiones que imprimen su
fisonomía a las luchas políticas de estos pueblos,
es siempre hermosa y ejemplar una nota de idea-
lidad y generosos entusiasmos, como la que ofrece
esa juventud, agrupada en derredor de un hom-
bre, en virtud de prestigios que no tienen rela-
ción con los provechos y halagos de la política.

Puedo darla y la doy porque —independien-
temente de toda doctrina social determinada y de
todo propósito sistemático— la fuerza de opinión,
de trabajo, de *vida*, que representan los millares
de obreros comprendidos en el orden de esa so-
ciedad, tiene derecho a influir eficazmente en la
resolución de los destinos comunes y a llevar, por

tanto, al parlamento a los intérpretes de sus anhelos y reivindicaciones.

Y finalmente puedo darla y la doy porque la personalidad del doctor don Alfredo L. Palacios reúne en sí sobrados títulos y merecimientos con que aspirar al sufragio de sus conciudadanos y con que honrar la tribuna a que se le encumbra: por sus prestigios oratorios, por su intachable probidad cívica, por su perseverante y esforzada labor, y por esa noble consecuencia que le ha hecho quedar fiel a los ideales confesados en la primera juventud, con despreocupación de los éxitos y honores que la política normal brinda a los hombres de sus dotes intelectuales y de sus energías de luchador.

Yo les acompaño, pues, con mis mejores votos —aunque estos *votos* míos no sean de los que valen en el comicio— y fío en que el sentimiento popular hará justicia a esa y otras candidaturas semejantes, realzando así la hermosa significación de éste despertar del civismo argentino: despertar que a todos nos conforta, porque revela que el pueblo de Mayo, no satisfecho ya con su portentoso desenvolvimiento material, vuelve ahora los ojos a aquel orden de energías morales en cuya ausencia la prosperidad de las naciones no tiene otro declive que la enervación, la decadencia, y en último término, la propia ruina material.

NUESTRO DESPRESTIGIO

El caciquismo endémico

Artículo publicado en Diario del Plata, Montevideo, el 29 de abril de 1912. (Véase la citada edición de Obras Completas de Rodó. pág. 1075.)

Todavía ha de pasar mucho tiempo para que en Europa desaparezca el prejuicio que hace aparecer a una gran parte de las repúblicas americanas como semillero de revoluciones, como países fecundos en motines, disturbios y *masacres* de todo género.

La fama viene de atrás. La figura trágica de los cabecillas que luego de arribados al poder, por la sorpresa de las bayonetas la mayoría, se convirtieron en césares absolutos: Rosas siniestros, Francías sombríos, García Morenos a lo Borgias, aver; Zelayas, Castros, Alfaro, Reyes no ha mucho; estas siluetas de terror y arbitrariedad son las que han contribuido al descrédito que se cierne sobre el continente, no obstante las notas aisladas de progreso, de orden, que al presente dan algunas repúblicas.

Pero basta una recorrida a vista de pájaro por nuestras nacionalidades, para que surja la consideración, bastante triste, de desencanto acaso, de que la extinción del prejuicio europeo está lejana aún.

Allí tenemos en México el desenfreno revolucionario en todo su vigor, hasta temerse para aquella república fuerte la deprimente intervención yanqui.

Todavía el eco nos trae de aquella Sainte Barthélemy de Quito efectuada en los jefes revolucionarios, el frenesí de las turbas ensañadas en los cadáveres de los prisioneros; y el ánimo se consterna ante esa regresión a épocas de barbarie o a las degollinas de manchúes en la China contemporánea.

Sin ir muy lejos, en el Paraguay se bate el *record* de los problemas políticos insolubles, has-

ta el punto de que esa tragedia interna caiga en ocasiones bajo el dominio del chascarrillo.

En el Perú se ejecuta a obreros inermes cuyo único delito consistía en la protesta contra el rudo trato de los caporales y la mezquina retribución de un jornal irrisorio.

La autonomía exagerada que ha dado origen al caciquismo en los estados del Brasil, y a las revueltas lamentables de Ceará, Pernambuco y otros puntos, al bombardeo de Manaos, a los motines de la Armada, constituye una seria interrogación para aquella república, hoy, cuando la gran figura de Río Branco ha desaparecido del escenario y su palabra de concordia no repercute.

En la propia Argentina, ¿no hablóse hace días del estallido de una revolución? Fortuna fue que la actitud del presidente Sáenz Peña, insólita en esta América donde las elecciones son un mito, actitud que ennoblece ante la historia su administración, conjurara el conflicto.

Si de nosotros se trata, sucede algo peor. Nuestros recientes progresos y la tregua de paz que gozamos, no han bastado para elevarnos a la consideración unánime de los estados florecientes. Se nos confunde tristemente con el Paraguay, acaso por la vecindad o por la consonancia guaraníca de los nombres.

Tanto es así que días atrás un importante diario madrileño publicaba un telegrama que decía poco más o menos: "Los revolucionarios paraguayos atacaron la capital. Reina pánico en Montevideo."

Y luego hablemos de congresos y conferencias, y propaganda del país en el exterior.

De este desconocimiento en que yacemos en tierras que están ligadas a la nuestra por razones

de historia, lenguaje, raza, etc., tienen en gran parte la culpa los representantes diplomáticos que enviamos sin discernimiento, algunos de los cuales sólo se ocupan del confort y aparato de sus personas, instalando en las legaciones escenarios, salas de baile, de juego; pero sin acordarse de colgar un mapa del país siquiera, en algún rincón.

Todavía pasará, pues, algún tiempo para que la Europa se entere de lo que atesoramos, de las energías que se despliegan en este continente joven surgido como una promesa a las aspiraciones de todos.

Mañana, cuando el telégrafo en vez de transmitir el bochorno de las revueltas armadas, los destrozos de las guerras civiles, o el resultado de las corridas de toros en algunas capitales —Lima, Caracas, México—, cuando en vez de propagar los retrocesos propague los progresos que se alcanzan, los veneros que se explotan, las energías que se despiertan, entonces, sí, vendrá la consideración mundial y con ella la confianza del crédito.

La sensatez patriótica realizará este ensueño.

Entretanto confesemos que la nueva vía interoceánica que abren al Norte los yanquis, con separarnos geográficamente, nos acerca más al foco europeo.

Y esto ya es algo.

Calibán.

LA MAGNA PATRIA Y LOS CONGRESOS INTERNACIONALES DE ESTUDIANTES AMERICANOS

*Fragmentos de cartas de Rodó, de 1912 y 1913.
(Véase la citada edición de Obras Completas de
Rodó, págs. 1469-70 y 1472.)*

Debo recordar, en primer término, que al precedente, citado por usted, de los Congresos de Estudiantes de la Gran Colombia, reunidos en Bogotá, Caracas y Quito, puede agregarse el precedente de otros Congresos análogos, pero de más amplio carácter internacional, y por lo tanto, más próximos al que se proyecta en su artículo. Me refiero a los Congresos Internacionales de Estudiantes Americanos, que, por iniciativa de la juventud universitaria del Uruguay, vienen reuniéndose desde 1908, en que se realizó el primero en Montevideo. El punto de reunión del segundo fue Buenos Aires, en 1910, y el tercero ha de reunirse en Lima, en julio del corriente año. La convocatoria para estos Congresos se extiende a todas las naciones latinoamericanas, inclusive el Brasil, y si hasta ahora no han tomado participación en ellos los estudiantes de las repúblicas colombianas y de las del Norte, debe atribuirse únicamente a la dificultad material de las distancias.

Como testigo presencial del primero de esos Congresos, puedo dar fe del ambiente de animación y de entusiasmo en que se desenvolvió, presentando a los ojos de los que aplaudíamos las generosas expansiones de aquella juventud como una anticipada imagen de esa patria latinoamericana, con que soñamos, para el porvenir, los que creemos que las fronteras internacionales no han de prevalecer eternamente sobre la natural e histórica unidad de estos pueblos.

Una Oficina Internacional de Estudiantes Americanos, que tiene su asiento en Montevideo, sirve de centro a la organización de los Congresos y cuida de estimular y mantener constante relación entre las asociaciones de estudiantes de las

distintas universidades de América. Lo muy reciente de su fundación hace que la actividad de esa oficina no haya logrado aún todo el alcance y eficacia que tendrá, sin duda, en breve tiempo.

Me ha parecido oportuno recordar este precedente, no sólo para unirlo al de los Congresos Colombianos, que usted menciona en su artículo, sino también por las facilidades que puede acaso ofrecer, para la realización de la idea que usted propone, la existencia de un centro internacional, organizado y activo, de estudiantes americanos.

Complementar estos congresos con uno más amplio y comprensivo; reunir, en el hogar no olvidado de la raza, a los representantes de la juventud de estas nuevas "Hispanias" y de la materna e histórica, es, sin duda, una hermosa e inspirada idea, por la que merece usted vivos plácemes y decidida adhesión.

Por mi parte, no sólo he mirado con interés y simpatía los Congresos de Estudiantes Americanos, sino que ellos me parecen el medio más conducente y eficaz de cuantos pueden arbitrarse para el íntimo acercamiento de estos pueblos, en una esfera superior a los amañes de la política internacional.

Me lo parecen, desde luego, porque sólo el espíritu de la juventud es capaz de comunicar a estos movimientos de aproximación el desinterés, la energía, el entusiasmo, que los sostenga en las alturas de idealidad que ellos han menester para ser grandes y fecundos.

Y me lo parecen, además, porque la juventud es porvenir, y esta de la unidad de los pueblos hispanoamericanos ha de encarnarse como

obra positiva, pero como obra de porvenir, en que los frutos mejores no se esperen sino a largo plazo de la siembra.

Pongamos, pues, en manos de la juventud la bandera de nuestra magna patria ideal.

De más está decir que la eficiencia de estos Congresos no ha de graduarse por el resultado concreto de sus deliberaciones, por lo que prácticamente propongan y resuelvan, sino por el hecho de la comunicación cordial, franca, expansiva, entre los que han de ser, en el futuro, una parte del pensamiento y de la voluntad de los pueblos a cuya unidad espiritual aspiramos. Tender, de pueblo a pueblo, afectos y amistades que perduren, con el encanto de las memorias de la juventud, y se mantengan por la relación epistolar; por el intercambio de libros, de ideas, de emociones: tal es lo esencial de estos Congresos, y lo demás secundario.

Así, cuanto menos directamente se propongan ser útiles (se lo decía yo hace poco a un joven estudiante de Lima); cuantas más fuerzas parezcan disipar en fiestas, en alegría, en entusiasmo, en animación y compañerismo juvenil, tanto más seguramente tenderán a su objeto: como sucede con la *utilidad* sublime del arte, que, sin proponerse ningún fin de moral o de enseñanza, sino sólo por la sola virtud de su beldad, ejerce una influencia dignificadora y civilizadora tan eficazmente útil como la de cualquiera otra de las actividades humanas.

No son las ideas, son los sentimientos los que gobiernan al mundo. Y en los Congresos de la juventud habrá una fuerza que no suele haber en los Congresos de los sabios, donde la ciencia

consagra sus fórmulas, ni en los Congresos porta sus planes: una fuerza de sentimiento.
ta sus planes; una fuerza de sentimiento.

(De una carta a Enrique Pérez, de 2 de abril de 1912.)

El intercambio de libros y periódicos entre nuestras repúblicas, escaso e irregular como es, constituye, sin embargo, el único lazo de unión que no ha dejado perderse del todo la conciencia de su unidad espiritual: la comunicación literaria ha evitado la completa disolución de esa unidad y ha puesto algún límite al vergonzoso desconocimiento mutuo que todavía deploramos. Pero usted piensa —y piensa bien— que, sin perjuicio de estimular y regularizar aquel medio de comunicación, es necesario complementarlo con las visitas personales, con el hábito de los viajes de uno a otro pueblo, en los hombres representativos; y esta parte del programa que usted nos ha expuesto constituye, en mi sentir, lo más interesante y eficaz que hay en él.

Siempre he creído en la necesidad de esa manera de conocimiento directo, y por eso, principalmente, he aplaudido con entusiasmo iniciativas como las de los Congresos Internacionales de Estudiantes, que primero en Montevideo, luego en Buenos Aires y en Lima, han dado lugar a la comunicación cordial, franca, expansiva, entre los que serán, en el futuro, una parte del pensamiento y de la voluntad de los pueblos a cuya firme unidad espiritual aspiramos.

(De una carta a Juan Ignacio Gálvez, de 10 de febrero de 1913.)

LA SERVIDUMBRE DEL INDIO

Fragmento del ensayo Montalvo publicado en El Mirador de Próspero, 1913.

La tristeza, una tristeza que se exhala, en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el poso del alma del indio. Es triste esa vasta plebe cobriza, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe; y aun más que triste, sumisa y apática. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagauo la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo. Por calles y campañas, vestido de la cuzma de lana que, dejando los brazos desnudos le cubre hasta las rodillas, el indio saluda como a su señor natural al blanco, al mestizo, al mulato, y aun al negro; y sin más que hablarle en son de mando, ya es siervo de cualquiera. Poco es lo que come: un puñado de polvo de cebada o de maíz hervido, para todo el día; y por vino, un trago de la chicha de jora, que es un fermento de maíz. No cabe condición humana más miserable y afrentosa que la del indio en los trabajos del campo. La independencia dejó en pie, y lo estará hasta 1857, el tributo personal de las mitas, iniquidad de la colonia: un reclutamiento anual toma de los indígenas de cada pueblo el número requerido para cooperar, durante el año, al trabajo de las minas, de las haciendas de labranza o de ganado, y de los talleres donde se labra la tela de tocuyo. Al indio de esta manera obligado se le llama *concierto*. Las formas en que satisface su tributo son las de la más cruda esclavitud. Sobre

el páramo glacial, sobre la llanura calcinada, hay un perenne y lento holocausto, que es la vida del indio pastor o labrador. El ramal de cuero que ondea en la mano del capataz, está rebozado de la sangre del indio. Azotes si la simiente se malogra, si el cóndor se arrebató la res, si la oveja se descarría, si la vaca amengua su leche. Gana de jornal el indio un real medio; cuando la necesidad le hostiga, recurre al anticipo con que le tienta el amo, y así queda uncido hasta la muerte; muriendo deudor, el trabajo del hijo, monstruosidad horrenda, viene a redimir la deuda del padre. En tiempo de escasez, apenas se alimenta al *concierto*, o se le alimenta de la res que se infesta, del maíz que se daña. Si de esto que ocurre a pleno sol, se pasa al encierro de la mina, o al no más blando encierro del obraje, el cuadro es aun más aciago y lúgubre. El hambre, los azotes, el esfuerzo brutal han envilecido al indio de alma y de cuerpo. Cuando bárbaro, es hermoso y fuerte; en la sujeción servil su figura merma y se avillana. Abundan, entre los indígenas de las poblaciones, los lisiados y los dementes.

Quien consulta las *Noticias secretas* de Juan y Ulloa, donde el régimen de las mitas está pintado como era en los últimos tiempos de la colonia y como, sin esencial diferencia, fue hasta promediar el siglo diez y nueve, siente esa áspera tristeza que nace de una clara visión de los abismos de la maldad humana. Indios remisos eran arrastrados a la horrible prisión de los talleres, atándolos del pelo a la cola del caballo del enganchador. De los forzados a esta esclavitud miserable iban diez y volvía uno con vida. Para atormentar al mitayo en lo que le quedara de estimación de sí mismo, solían castigarle cortán-

dole de raíz la melena, que para él era el más atroz de los oprobios. Toda esta disciplina de dolor ha criado, en el alma del indio, no sólo la costumbre, sino también como la necesidad del sufrimiento. Cuando le tratan con dulzura, cae en inquieto asombro y piensa que le engañan. En cambio, se acomoda a los más crueles rigores de la tiranía, con la mansedumbre, entre conmovedora y repugnante, de los perros menospreciados y golpeados. El cholito sirviente se amohína, y a veces huye de la casa, si transcurre tiempo sin que le castiguen. Cuando la abolición del inicuo tributo personal, bajo el gobierno de Robles, muchos eran los indios que se espantaban de ella, como si se vulnerase una tradición veneranda, y sentían nostalgias de la servidumbre. Fuera del acicate y el fustazo del castigo, el indio es indolente y lánguido. No hay promesa en que crea, ni recompensa que le incite. El trabajo, como actividad voluntaria y ennoblecedora, no cabe en los moldes de su entendimiento. Noción de derechos, amor de libertad, no los tiene. El movimiento de emancipación respecto de España, en el generoso e infortunado alzamiento de 1809, como en la efímera declaración de independencia de dos años después, y finalmente en la adhesión al impulso triunfal de las huestes de Bolívar, fue la obra de la fracción de criollos arraigados y cultos, en quienes la aspiración a ser libres era el sentimiento altivo de la calidad y como del fuero. De la rivalidad tradicional, en los hidalgos de las ciudades, entre chapetones y criollos, se alimentaron la idea y la pasión de la patria. La muchedumbre indígena quedó por bajo de la idea y de la pasión, aunque se la llevara a pagar, en asonadas y en ejércitos, su inamortizable cuo-

ta de sangre. La libertad plebeya no tuvo allí la encarnación heroica y genial que tomó esculturales lineamientos en el *gaucho* del Plata y en el *llanero* de otras partes de Colombia. Muchos años después de la Revolución, aún solía suceder que el indio gañán de las haciendas, ignorante de la existencia de la patria, pensase que la mita, a que continuaba sujeto, se le imponía en nombre del rey.

La Revolución que no se hizo por el indio, aun menos se hizo para él: poquísimos modificó su suerte. En la república, el indio continuó formando la casta conquistada: el barro vil sobre el que se asienta el edificio social. El mestizo tiende a negar su mitad de sangre indígena, y se esfuerza como en testimoniar con su impiedad filial la pureza de su alcurnia. Los clérigos aindados difícilmente llegan a los beneficios; la universidad, para el de raza humilde, es madrastra. El indio de la plebe, como una bestia que ha mudado de dueño, ve confirmada su condición de ilota. En las calles, el rapaz turbulento le mortifica y le veja; el negro esclavo, cuando las faenas de la casa le agobian, echa mano del indio transeúnte y le fuerza a que trabaje por él. La crueldad, que tal vez se ha mitigado en las leyes, persevera en las costumbres. Pasó la garra buitrera del corregidor, como antes la vendimia de sangre del encomendero; pero el látigo queda para el indio en la diestra del mayordomo de la hacienda, del maestro del obraje, del "alcalde de doctrina", del cura zafio y mandón, que también acierta a ser verdugo. Hanle enseñado sus tiranos a que, luego que le azoten, se levante a besar la mano del azotador y le diga: "Dios se lo pague";

y si la mano que se ha ensañado en sus espaldas es la del negro esclavo, por cuenta de su señor, o de su propio odio y maldad, el indio, el pobre indio de América, besa la mano del esclavo... Tal permanece siendo su noche, en cuyas sombras la vida del espíritu no enciende una estrella de entusiasmo, de anhelo, ni siquiera de pueril curiosidad. La promesa vana, la mentira, engendros sórdidos de la debilidad y del miedo, son las tímidas defensas con que procura contener el paso a los excesos del martirio. La esperanza del cielo no le sonríe, porque no conoce su aroma, y la religión en que le instruyen no es más que una canturía sin unción. La muerte ni le regocija, ni le apena. Sólo la efímera exaltación de la embriaguez evoca de lo hondo de esa alma maleficiada por la servidumbre, larvas, como entumidas, de atrevimiento y de valor; fantasmas iracundos que representan, sobre el relámpago de locura, su simulacro de vindicta.

Sobre este mísero fundamento de democracia, la clase directora, escasa, dividida, y en su muy mayor parte, inhabilitada también, por defectos orgánicos, para adaptarse a los usos de la libertad. Lo verdaderamente emancipado, lo capaz de gobierno propio, no forma número ni fuerza apreciable. Hay en aquellas tierras unos termitas o carcomas que llaman *comejenes*: en espesos enjambres se desparraman por las casas; anidan en cuanto es papel o madera, aun la más dura, y todo lo roen y consumen por dentro, de modo que del mueble, del tabique, del libro, en apariencia ilesos, queda finalmente un pellejo finísimo, una forma vana, que al empuje del dedo cae y se deshace. Si hay expresiva imagen de aquella minoría liberal y culta, con que se compuso allí,

como más o menos en lo demás de la América española, la figura de una civilización republicana, es la capa falaz del objeto ahuecado por el termita.

El entono hidalguesco, cifrado en el lustre de la cuna o la excelencia de la profesión, se mantenía en toda la pureza de la tradición española, ya con la preeminencia de las familias descendientes de los fundadores de ciudades y los dignatarios de la colonia, ya con la aureola aristocrática del clero, de las armas y de los grados académicos. Cualquiera ocupación de otro orden, trae *diminutio capiti*; el trabajo industrial, las artes mecánicas, son cosa que se relega a indios y mestizos, o a la poca inmigración de extranjeros. La riqueza territorial, vinculada de hecho en la sociedad de raíces coloniales, se distribuye en muy contadas manos. Aquella montaña, maravilla de la naturaleza; aquel llano a que no encuentra fin el galope del caballo; aquel valle que daría pan para un imperio, son, a menudo, propiedad de un solo hombre, pingüe patrimonio feudal donde las encorvadas espaldas del indígena representan las del villano que satisface sus prestaciones al señor. Un clero innumerable, repartido entre la población de los conventos y la muchedumbre de los clérigos seculares, pulula con el permanente hervor de la planta asaltada de hormigas. Inteligencia, virtud, suelen mover, si se la disgrega en personas, esa incontrastable fuerza; pero de ordinario la mueven vulgaridad de espíritu, pasión fanática, sensualidad, y codicia que arrebatan, en derechos y priostazgos, al dinero del indio, las heces que haya dejado la usura del patrono.

IMPERIALISMO EUROPEO E IMPERIALISMO AMERICANO

Fragmento del artículo "La causa de Francia es la causa de la humanidad", publicado en el diario La Razón, Montevideo, 3 de setiembre de 1914. (Véase la citada edición de Obras Completas de Rodó, pág. 1222.)

Si esa alianza de la Europa occidental cayese vencida, no sabría ahora precisarse por qué rumbos oscuros se orientarían los destinos del siglo que comienza, pero es indudable que sería en el sentido de normas y principios absolutamente divergentes de aquellos que la naturaleza y la historia señalan como ideal a las jóvenes nacionalidades del Nuevo Mundo. Esto, por sí solo, debería decidir nuestros votos.

No olvidemos, por otra parte, que para los elementos reaccionarios y guerreros del viejo continente, América no ha dejado de ser del todo "la presa colonial", el país de leyenda abierto a la imaginación de la conquista. Un imperialismo nacional europeo, vencedor del resto de Europa, y, por tanto, sin límite que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano que hallaría en la común conciencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparo su escudo protector.

IV

AMERICANISMO HEROICO

BOLIVAR

Ensayo publicado en 1912 y recogido en El Mirador de Próspero, Montevideo, 1913.

Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica.

Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía, en el medio y la hora en que aparece, se piensa que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el color escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y una conciencia única. Virtualidad infinita, el genio está perennemente a la espera en el fondo de la sociedad humana, como el rayo en las entrañas de la nube. Para pasar al acto, ha menester de la ocasión. Su sola dependencia es la del estímulo inicial que lo desata y abandona a su libertad incoercible; pero ese estímulo es la condición que se reserva el hado, porque la trae a su hora el orden de la sociedad que tienta y

solicita el arranque innovador. Larga sucesión de generaciones pasa, acaso, sin que la extraordinaria facultad que duerme velada en formas comunes tenga obra digna en qué emplearse; y cuando, en la generación predestinada, el rebozar de una aspiración, la madurez de una necesidad, traen la ocasión propicia, suele suceder que la respuesta al silencioso llamamiento parta de una vida que ha empezado a correr, ignorante de su oculta riqueza, en un sentido extraño, a aquel que ha de transfigurarla por la gloria.

Algo de esta súbita exaltación hay en el heroísmo de Bolívar. Desde que su conciencia se abrió al mundo, vio acercarse el momento de la Revolución, participando de los anhelos que la preparaban en la secreta agitación de los espíritus; pero ese vago hervor de su mente no imprimió carácter a una juventud que, en su parte expresiva y plástica, tuvo un sello distinto del que se buscaría como anuncio de las supremas energías de la acción. Su primer sueño fue de belleza, de magnificencia y de deleite. Si las fatalidades de la historia hubieran puesto fuera de su época la hora de la emancipación, habría llevado la vida de gran señor, refinado e inquieto, que prometía mientras repartió su tiempo entre sus viajes, el retiro de su hacienda de San Mateo y la sociedad de la Caracas palaciana y académica de los últimos días de la colonia. Algún destello del alma de Alcibíades parece reflejarse en el bronce de esa figura de patricio mozo y sensual, poseedor inconsciente de la llama del genio, en quien la atmósfera de la Europa inflamada en el fuego de las primeras guerras napoleónicas excitó el sentimiento de la libertad política, como una inclinación de superioridad y de nobleza, llena

del tono clásico, y hostil, por su más íntima sustancia, a toda afición demagógica y vulgar. Aún no anunciaba en aquel momento la gloria, pero sí el brillo que la remeda allí donde no hay espacio para más. Uníanse en la aureola de su juventud el lustre de la cuna, los medios del pingüe patrimonio, todos los dones de la inteligencia y de la cortesanía, realzados por el fino gusto literario y la pasión del bello vivir. Y esta primera corteza de su personalidad no desapareció enteramente con la revelación de su profunda alma ignorada. "Varón estético", como se dijo de Platón y como puede extenderse a toda una casta de espíritus, continuó siéndolo cuando el genio lo llevó a sus alturas; y héroe, tuvo la elegancia heroica: la preocupación del gesto estatuario, del noble ademán de la actitud gallarda e imponente, que puede parecer histriónica a los que no hayan llegado a una cabal comprensión de su personalidad, pero que es rasgo que complementa de manera espontánea y concorde la figura de estos hombres de acción en quienes el genio de la guerra, por la finalidad visionaria y creadora que lo mueve, confina con la naturaleza del artista y participa de la índole de sus pasiones. ¿No ha asimilado Taine, en riguroso análisis de psicología, la espada de Napoleón al cincel escultórico de Miguel Ángel, como instrumentos de una inmensa facultad soberana, que ejercita el uno en las entrañas insensibles del mármol y el otro en las animadas y dolientes de la realidad?...

Así aparece desde el día en que selló sus esponsales con la vocación, que ya le enamoraba e inquietaba, cuando, de paso por Roma, sube, como arrebatado de un numen, a la soledad del Aventino, a cuyos pies mira extenderse el vasto

mar de recuerdos de libertad y de grandeza; y como hablando a la conciencia de esta antigüedad, jura libertar un mundo. Así aparece luego, en Caracas, cuando, entre el espanto del terremoto que desplaza la ciudad en vísperas de la Revolución, levanta, sobre las ruinas convulsas de la iglesia de San Jacinto, su figura nerviosa y altanera, y allí, en presencia de un español despavorido, prorrumpe en las soberbias palabras, a cuyo lado palidece la imprecación famosa de Ajax de Telamón: "¡Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la someteremos!" En la batalla, en el triunfo, en la entrada a las ciudades, en el ejercicio del poder o entre las galas de la fiesta, siempre luce en él el mismo instintivo sentimiento de esa que podemos llamar la forma plástica del heroísmo y de la gloria. Concertando la febril actividad de una guerra implacable, aún queda huelgo en su imaginación para honrar, por estilo solemne, la memoria y el ejemplo de los suyos, en pompas como aquella procesión, semejante a una ceremonia pagana, que llevó triunfalmente el corazón de Girardot, en urna custodiada por las armas del ejército desde el Bárbula, donde fue la muerte del héroe, hasta Caracas. En la memoria de sus contemporáneos quedó impresa la majestad antigua del gesto y el porte con que, constituida Colombia, penetró al recinto de la primera asamblea, a resignar en ella el mando de los pueblos. Ante las cosas soberanas y magníficas del mundo material experimenta una suerte de emulación, que le impulsa a hacer de modo que entre él mismo a formar parte del espectáculo imponente y a señorearlo como protagonista. En su ascensión del Chimborazo, que interpreta la retórica violenta pero sincera, en su

énfasis, del "Delirio", se percibe, sobre todo otro sentimiento, el orgullo de subir, de pisar la frente del coloso, de llegar más arriba que La Condamine, más arriba que Humboldt, adonde no haya huella antes de la suya. Otra vez, se acerca a admirar la sublimidad del Tequendama. Allí su espíritu y la naturaleza componen un acorde que lo exalta como una influencia de Dionysos. Cruzando la corriente de las aguas, y en el preciso punto en que ellas van a desplomarse, hay una piedra distante de la orilla el justo trecho que abarca el salto de un hombre. Bolívar, sin quitarse sus botas de tacón herrado, se lanza de un ímpetu a aquella piedra bruñida por la espuma, y tomándola de pedestal, yergue la cabeza, incapaz de vértigo, sobre el voraz horror del abismo.

Era la continuación, transfigurada según conviene a la grandeza heroica, de aquel mismo carácter de su juventud que le hizo escribir, mientras deshojaba en las cortes europeas las rosas de sus veinte años, esta confesión de una carta a la baronesa de Trobriand: "Yo amo menos los placeres que el fausto, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria". Y esto venía tan del fondo de su naturaleza que, en rigor, nunca hubo carácter más inmune de todo amaño y remedo de afectación. Nunca le hubo, en general, más espontáneo e inspirado. Todo es iluminación en sus propósitos; todo es arrebató en su obra. Su espíritu es de los que manifiestan la presencia de esa misteriosa manera de pensamiento y de acción, que escapa a la conciencia del que la posee, y que, sublimando sus efectos muy por arriba del alcance de la intención deliberada y prudente, vincula las más altas obras del hombre a esa ciega fuerza del instinto, que labra la ar-

quitectura del panal, orienta el ímpetu del vuelo, y asegura el golpe de la garra. Así, para sus victorias le valen el repentino concebir y el fulminante y certero ejecutar. Y en la derrota, una especie de don *anteico*, como no se ve en tal grado en ninguno otro héroe; una extraña virtud de agigantarse más cuanto más recia fue y más abajo la caída; una como asimilación tonificante de los jugos de la adversidad y del oprobio: no en virtud del aleccionamiento de la experiencia, sino por la reacción inconsciente e inmediata de una naturaleza que desempeña en ello su ley. Su fisonomía guerrera tiene en este rasgo el sello que la individualiza. Bien lo significó el español Morillo en pocas palabras: "Más temible vencido que vencedor". Sus campañas no son el desenvolvimiento gradual y sistemático de un plan de sabiduría y reflexión, que proceda por partes, reteniendo y asegurando lo ya dejado atrás, y proporcionando las miras del arrojo a la juiciosa medida de las fuerzas. Son como enormes embestidas, como gigantescas oleadas, que alternan, en ritmo desigual, con tumbos y rechazos no menos violentos y espantables, desplomándose de súbito el esfuerzo que culminaba avasallador, para resurgir muy luego, en otra parte, y de otro modo, y con más brío, hasta que un impulso más pujante o certero que los otros sobrepasa el punto de donde ya no puede tomar pendiente el retroceso, y entonces la victoria persiste, y crece, y se propaga, como las aguas de la inundación, y de nudo en nudo de los Andes cada montaña es un jalón de victoria. Nadie ha experimentado más veces, ni en menos tiempo, la alternativa del triunfo con visos y honores de final, y el anodamiento y el desprestigio sin esperanzas, para

los otros, de levante. Revolucionario fracasado y proscrito, falto de superior renombre y de medios materiales de acción, se alza de un vuelo al pináculo de la fama militar y de la autoridad caudillesca con aquella aombrosa campaña de 1813, que inicia a la cabeza de medio millar de hombres, y que le lleva, en ciento y tantos días de arrebató triunfal, desde las vertientes neogranadinas de los Andes hasta el palacio de los capitanes de Caracas, donde, sobre lo tranitorio de honores y poderes, vincula para siempre a su nombre su título de Libertador. Aún no ha transcurrido un año de esto, y las costas del mar Caribe le miran fugitivo, abandonado y negado por los suyos; vuelta en humo, al parecer, toda aquella gloria, que ni aun le defiende de la ira con que le acusan y de la ingratitud con que le afrentan. Y cuando se busca adónde ha ido a abismar su humillación, vésele de nuevo en lo alto, empuñando el timón de la Nueva Granada que desfallecía, entrando con la libertad a Bogotá, como antes a Caracas...; y apenas se ha doblado esta página, aparece otra vez desobedecido y forzado a abandonar en manos de un rival oscuro las armas con que se aprestaba a entrar en Venezuela; y entonces su reaparición es en Haití, de donde, con el mismo propósito, sale acaudillando una expedición que por dos veces toma tierra cerca de Caracas y las dos veces acaba en rechazo, y la última, en nueva ruina de su poder y de su crédito, entre denuestos de la plebe y altanerías de la emulación ambiciosa.

Pero la natural autoridad que emana de él es una fuerza irresistible, como toda voluntad de la naturaleza, y poco tiempo pasa sin que aquella grito se acalle, sin que sus émulos

le reconozcan y obedezcan, sin que los destinos de la Revolución estén de nuevo en sus manos, desde la Guayana, donde Piar ha asegurado el respaldar de las futuras campañas, hasta los llanos del Apure, donde hierven las montañas de Páez. Funda gobierno, guerrea, sofoca todavía rebeliones de los suyos; la adversidad le persigue implacable en La Puerta, en Ortiz, en el Rincón de los Toros; y una noche después de la última derrota, un hombre, sin compañero ni caballo, huye escondiéndose en la espesura de los bosques, hasta que, a la luz de la aurora, reúne una escolta de jinetes dispersos, con los que orienta su camino. Es Bolívar, que, perdidos su ejército y su autoridad, marcha —¿qué mucho, siendo él?— a forjarse nueva autoridad y nuevo ejército. No tardará en conseguir lo uno y lo otro: la autoridad, robustecida por la sanción de una asamblea que le da el sello constitucional; el ejército, más regular y organizado que cuantos tuvo hasta entonces.

Éste es el momento en que su constancia inquebrantable va a subyugar y volver en adhesión firmísima las desigualdades de la suerte. La iluminación de su genio le muestra asegurados los destinos de la Revolución con la reconquista de la Nueva Granada. Para reconquistar la Nueva Granada es menester escalar los Andes, luego de pasar ciénagas extensas, ríos caudalosos; y es la estación de invierno, y tamaña empresa se acomete con un ejército punto menos que desnudo. Otros pasos de montaña puede haber más hábiles y de más ejemplar estrategia; ninguno tan audaz, ninguno tan heroico y legendario. Dos mil quinientos hombres suben por las pendientes orientales de la Cordillera, y bajan por las de Occi-

dente menor número de espectros, y estos espectros son de los que eran fuertes del cuerpo y del ánimo, porque los débiles quedaron en la nieve, en los torrentes, en la altura donde falta el aire para el pecho. Y con los espectros de los fuertes se gana Boyacá, que abre el camino de la altiplanicie donde Colombia ha de fijar su centro, y de vuelta de la altiplanicie se gana Carabobo, que franquea hacia el Oriente el paso de Caracas, y desde ese instante el dominio español ha perecido en cuanto va de las bocas del Orinoco hasta el Istmo de Panamá. Desde ese instante, a los altibajos de aquella guerra de angustiosa incertidumbre, sucede como un declive irresistible que la victoria rendida y hechizada, hace con sus brazos, inclinados al Sur, para que el torrente de las armas emancipadoras corra a confundirse con aquel otro que avanza, desde los Andes argentinos, anunciando su avenida por los ecos de las dianas triunfales de Chacabuco y de Maipo. Colombia ha completado sus fronteras, después que ha puesto bajo "el manto del iris" los volcanes del Ecuador, y es libre para siempre. Pero aún queda para Bolívar lidiar por América, que es más su patria que Colombia. San Martín está frente a él, lauro para lauro. La gloria de lo que falta por hacer no es ambición compartible. Cuando se trata de determinar cuál ha de gozarla de los dos, bastan, de una parte, la conciencia de la superioridad, y de otra parte, el leal y noble acatamiento de ella. Bolívar será siempre quien corone, como las campañas del Norte, las del Sur. Y como en Bogotá, como en Caracas, como en Quito, entra en Lima, en el Cuzco, en La Paz, el libertador de América; y mientras el último ejército español, numeroso y fuerte, se apresta a es-

perarle, y él se consagra a apercibir el suyo, enferma, y doliente todavía oye que le preguntan: —“¿Qué piensa usted hacer ahora?” —“Triunfar”, contesta con sencillez de esparciata. Y triunfa; triunfa después de cruzar las gargantas de los Andes, a la altura del cóndor, como en las vísperas de Boyacá, que ahora reproduce Junín; y con el impulso de Junín triunfa, por el brazo de Sucre, en Ayacucho, donde catorce generales de España entregan, al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera, trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando. Cumplida está la obra de Bolívar, pero aún rebosan sobre ella la aspiración y los heroicos alientos. Aún sueña el héroe con más; aún querría llegar a las márgenes del Plata, donde padece bajo la conquista un pueblo arrancado a la comunidad triunfante en Ayacucho; ser, también para él, el Libertador; arrollar hasta la misma corte del Brasil las huestes imperiales, fundar allí la república, y remontando la corriente del Amazonas, como Alejandro los ríos misteriosos de Oriente, cerrar la inmensa elipse de gloria en suelo colombiano, e ir a acordar y presidir la armonía perenne de su obra, en la asamblea anfictiónica de Panamá.

El conjunto de este tempestuoso heroísmo es de un carácter singular e inconfundible en la historia. Lo es por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha e indisoluble de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. Y ésta constituye una de las semejanzas que abren tan ancho abismo entre Bolívar y el que con él comparte, en América, la

gloria del Libertador. San Martín podría salir de su escenario sin descaracterizarse, ni desentonar dentro de otros pueblos y otras epopeyas. Su severa figura cambiaría, sin inconveniencia, el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes o los Rocallosos. Imaginémoslo al lado de Turrena: valdría para heredero de su espada previosa y segura y de su noble y sencilla gravedad. Transportémosle junto a Washington: podría ser el más ilustre de sus conmlitones y el más ejemplar de sus discípulos. Pongámosle en las guerras de la Revolución y del Imperio: llenaría el lugar del abnegado Hoche, cuando se malogra, o del prudente Moreau, cuando sale proscrito. Es, considerado aparte del gran designio a que obedece, el tipo de abstracción militar que encuentra marco propio en todo tiempo de guerra organizada, porque requiere, no la originalidad del color, sino el firme y simple dibujo de ciertas superiores condiciones de inteligencia y voluntad, que el carácter humano reproduce sobre las diferencias de razas y de siglos. En cambio, la figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada o trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente..., todo a una y todo a su manera, es una originalidad irreductible, que supone e incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso. Ni guerrea como estratégico europeo, ni toma, para sus sueños de fundador, más que los elementos dispersos de las instituciones basadas en la experiencia o la razón universal, ni deja, en su conjunto, una imagen que se parezca a cosa de antes. Por eso nos apasiona y nos subyuga, y

será siempre el héroe por excelencia representativo de la eterna unidad hispanoamericana. Más en grande y más por lo alto que los caudillos regionales, en quienes se individualizó la originalidad semibárbara, personifica lo que hay de característico y peculiar en nuestra historia. Es el barro de América atravesado por el soplo del genio, que trasmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalar de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad.

La revolución de la independencia sudamericana, en los dos centros donde estalla y de donde se difunde: el Orinoco y el Plata, manifiesta una misma dualidad de carácter y de formas. Comprende, en ambos centros, la iniciativa de las ciudades, que es una revolución de ideas, y el levantamiento de los campos, que es una rebelión de instintos. En el espíritu de las ciudades, la madurez del desenvolvimiento propio y las influencias reflejadas del mundo, trajeron la idea de la patria como asociación política, y el concepto de la libertad practicable dentro de instituciones regulares. Deliberación de asambleas, propaganda oratoria, milicias organizadas, fueron los medios de acción. Pero en los dilatados *llanos* que se abren desde cerca del valle de Caracas hasta las márgenes del Orinoco, y en las anchurosas *pampas* interpuestas entre los Andes argentinos y las orillas del Paraná y el Uruguay, así como en las *cuchillas* que ondulan, al oriente del Uruguay, hacia el océano, la civilización colonial, esforzándose en calar la entraña del desierto, el cual le oponía por escudo su extensión infinita, sólo había alcanzado a infundir una población rala y casi nómade, que vivía en semibarbarie pastoril, no muy diferentemente del árabe beduino o del

hebreo de tiempos de Abraham y Jacob; asentándose, más que sobre la tierra, sobre el lomo de sus caballos, con los que señoreaba las vastas soladaues tendidas entre uno y otro de los *hatos* del Norte y una y otra de las *eslancias* del Sur. El varón de esta sociedad, apenas solidaria ni coherente, es el *llanero* de Venezuela, el *gaucho* del Plata, el centauro indómito esculpido por los vientos y soles del desierto en la arcilla amasada con sangre del conquistador y del indígena; hermosísimo tipo de desnuda entereza humana, de heroísmo natural y espontáneo, cuya genialidad bravía estaba destinada a dar una fuerza de acción avasalladora, y de carácter plástico y color, a la epopeya de cuyo seno se alzarían triunfales los destinos de América. En realidad, esta fuerza era extraña, originariamente, a toda aspiración de patria constituida y toda noción de derechos políticos, con que pudiera adelantarse, de manera consciente, a tomar su puesto en la lucha provocada por los hombres de las ciudades. Artigas, al Sur, la vinculó desde un principio a las banderas de la Revolución; Boves y Yáñez, al norte, la desataron a favor de la resistencia española, y luego Páez, allí mismo, la ganó definitivamente para la causa americana. Porque el sentimiento vivísimo de libertad que constituía la eficacia inconjurable de aquella fuerza desencadenada por la tentación de la guerra, era el de una libertad anterior a cualquier género de sentimiento político, y aun patriótico: la libertad primitiva, bárbara, crudamente individualista, que no sabe de otros fueros que los de la naturaleza, ni se satisface sino con su desate incoercible en el espacio abierto, sobre toda valla de leyes y toda coparticipación de orden social; la libertad de la banda y de la horda;

esa que, en la más crítica ocasión de la historia humana, acudió a destrozarse un mundo caduco y a mecer sobre las ruinas la cuna de uno nuevo, con sus ráfagas de candor y energía. La sola especie de autoridad conciliable con este instinto libérrimo era la autoridad personal capaz de guiarlo a su expansión más franca y domadora, por los prestigios del más fuerte, del más bravo o del más hábil; y así se levantó, sobre las multitudes inquietas de los campos, la soberanía del *caudillo*, como la del primitivo jefe germano que congregaba en torno de sí su vasta familia guerrera sin otra comunidad de propósitos y estímulos que la adhesión filial a su persona. Conducida por la autoridad de los caudillos, aquella democracia bárbara vino a engrosar el torrente de la Revolución, adquirió el sentimiento y la conciencia de ella, y arrojó en su seno el áspero fermento popular que contrastase las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades, al mismo tiempo que imprimía en las formas de la guerra el sello de originalidad y pintoresco americanismo que las determinase y diferenciara en la historia. Frente al ejército regular, o en alianza con él, aparecieron la táctica y la estrategia instintivas de la *montonera*, que suple los efectos del cálculo y la disciplina con la crudeza del valor y con la agilidad heroica; el guerrear para que son únicos medios esenciales el vivo relámpago del potro, apenas domado y unimismándose casi con el hombre en un solo organismo de centauro, y la firmeza de la lanza esgrimida con pulso de titán en las formidables cargas que devoran la extensión de la sumisa llanura.

Bolívar subordinó a su autoridad y su prestigio esta fuerza, que complementaba la que él traía

originariamente en ideas, en espíritu de ciudad, en ejército organizado. Abarcó dentro de su representación heroica la de esa mitad original e instintiva de la Revolución americana, porque se envolvió en su ambiente y tuvo por vasallos a sus inmediatas personificaciones. Páez, el intrépido jefe de llaneros, le reconoce y pone sobre sí desde su primera entrevista, cuando él viene de rehacer su prestigio perdido con la infausta expedición de los Cayos; y en adelante las dos riendas de la Revolución están en manos de Bolívar, y la azarosa campaña de 1817 a 1818 muestra, concertados, los recursos del instinto dueño del terreno y los de la aptitud guerrera superior y educada. En los extensos llanos del Apure, el Libertador convive y conmilita con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la vanguardia con que vencerá en Carabobo. Tenía, para gallardearse en ese medio, la condición suprema, cuya posesión es título de superioridad y de dominio, como es su ausencia nota de extranjería y de flaqueza: la condición de maestrísimo jinete, de insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto a escape, tras el venado fugitivo, o por la pura voluptuosidad del arrebató, tras la fuga ideal del horizonte. El Alcibíades, el escritor, el diplomático de Caracas era, cuando cuadraba la ocasión, el gaucho de las pampas del Norte: el llanero.

Este contacto íntimo con lo original americano no se dio nunca en San Martín. El capitán del Sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto a edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acriso-

lar la constancia del amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde en la más honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento e indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado. La accidental cooperación con las *montoneras* de Güemes no acortó estas distancias. En el Sur, la Revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Belgrano o Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes o López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula a su prestigio personal y profético, y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil.

En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos ministerios se confunden. Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aun faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno. Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, le abre camino como conspirador y como diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ella los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político.

Valióle para tanto su natural y magnífica multiplicidad de facultades. El genio, que es a menudo unidad simplísima, suele ser también armonía estu-

penda. Veces hay en que esa energía misteriosa se reconcentra y encastilla en una sola facultad, en una única potencia del alma, sea ésta la observación, la fantasía, el pensamiento discursivo, el carácter moral o la voluntad militante; y entonces luce el genio de vocación restricta y monótona, que, si nació para la guerra, guerrea silencioso, adusto e incapaz de fatiga, como Carlos XII, el de Suecia; si para el arte, pasa la vida, como Flaubert, en un juego de belleza, mirando con indiferencia de niño las demás cosas del mundo; y si para el pensamiento, vive en la exclusiva sociedad de las ideas, como Kant, en inmutable abstracción de sonámbulo. La facultad soberana se magnifica restando lugar y fuerza a las otras, y levanta su vuelo, como águila solitaria y señera, sobre la yerma austeridad del paisaje interior. Pero no pocas veces, lejos de obrar como potestad celosa y ascética, obra a modo de conjuro evocador o de simiente fecunda; para su confianza y complemento, suscita vocaciones secundarias que rivalizan en servirla, y como si tras el águila del parangón se remontaran, de los abismos y eminencias del alma, otras menores que la hicieran séquito, la potencia genial se despliega en bandada de aptitudes distintas, que rompen concertadamente el espacio en dirección a una misma cúspide. A esta imagen corresponden los genios complejos y armoniosos; aquellos en quienes toda la redondez del alma parece encendida en una sola luz de elección; ya ocupe el centro de esa redondez la imaginación artística, como en Leonardo; ya la invención poética, como en Goethe; ya, como en César o Napoleón, la voluntad heroica. Tanto más gallardamente descuella la arquitectónica mental de estos espíritus múltiples, cuando la vocación o facultad que lleva el cetro en ellos —el *quilate-rey*,

si recordamos a Gracián— halla cómo orientarse, de manera firme y resuelta, en una grande y concentrada obra, en una idea constante que le imprima fuerte unidad y en la que puedan colaborar a un mismo tiempo todas las aptitudes vasallas, de suerte que aparezca operando, en el seno de aquella unidad enérgica, la variedad más rica y concorde.

De esta especie genial era Bolívar. Toda actividad de su grande espíritu, toda manera de superioridad que cabe en él, se subordina a un propósito final y contribuye a una obra magna: el propósito y la obra del libertador; y dentro de esta unidad coparticipan, en torno a la facultad central y dominante, que es la de la acción guerrera, la intuición del entendimiento político, el poder de la aptitud oratoria, el don del estilo literario. Como entendimiento político, nadie, en la revolución de América, lo tuvo más en grande, más iluminado y vidente, más original y creador; aunque no pocos de sus contemporáneos le excedieran en el arte concreto del gobierno y en el sentido de las realidades cercanas. Él, con más claridad que el presente, veía el porvenir. Desde Jamaica, en 1815, aún lejano y oscuro el término de la Revolución, escribe aquella asombrosa carta ardiente de relámpagos proféticos, en que predice la suerte de cada uno de los pueblos hispanoamericanos después de su independencia, vaticinando así la vida de ordenado sosiego de Chile como el despotismo que ha de sobrevenir en el Plata con Rosas. El sistema de organización propuesto en 1819 al Congreso de Angostura manifiesta, a vuelta de lo que tiene de híbrido y de utópico, la crítica penetrante y audaz de los moldes políticos que proporcionaba la experiencia, y una facultad constructiva, en ma-

teria constitucional, que busca su apoyo en la consideración de las diferencias y peculiaridades del ambiente a que ha de aplicarse. Esta facultad toma aun mayor vuelo y carácter en la constitución boliviana, extendida luego al Perú, obra del apogeo de su genio y de su fortuna, donde los sueños de su ambición forman extraño conjunto con los rasgos de una inventiva innovadora que ha merecido la atención y el análisis de los constitucionalistas, como la idea de un "poder electoral", seleccionado del conjunto de los ciudadanos, en la proporción de uno por diez, al que correspondería elegir o proponer los funcionarios públicos.

Con estos planes constitucionales compartía la actividad de su pensamiento, en los días de la plenitud de su gloria, la manera de realizar su vieja aspiración de unir en firme lazo federal los nuevos pueblos de América, desde el Golfo de México hasta el Estrecho de Magallanes. No concurre en el Libertador merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispanoamericanos y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política. Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada a los términos de Venezuela ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vio en la entera extensión del continente el teatro indivisible de la Revolución, nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó, desde el primer momen-

to, a su espíritu, como una indisoluble confederación de pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia o de una alianza dirigida a sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase a común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinos. En el Istmo de Panamá, donde las dos mitades de América se enlazan y los dos océanos se acercan, creía ver la situación predestinada de la asamblea federal en que la nueva anfictionía erigiese su tribuna, como la anfictionía de Atenas en el Istmo de Corinto. Desde que, ocupando a Caracas después de la campaña de 1813, gobierna por primera vez en nombre de América, asoma ya en su política esta idea de la unidad continental, que ha de constituir el supremo galardón a que aspire cuando vencedor y árbitro de un mundo. La realidad inmediata negó a acoger su sueño: mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo a pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el grande pensamiento, que aun hoy se dilata más allá del horizonte visible; y ni siquiera la unidad parcial de Colombia alcanzó a subsistir. ¿Qué importa? La visión genial no dejaba de anticipar por ello la convergencia necesaria, aunque haya de ser difícil y morosa, de los destinos de estos pueblos: la realidad triunfal e ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la intuición profética de la mirada que llegó hasta él. En lo formal y orgánico, la unidad in-

tentada por Bolívar no será nunca más que un recuerdo histórico; pero debajo de esta corteza temporal está la virtud perenne de la idea. Cuando se glorifica en Mazzini, en D'Azeglio o en Gioberti, la fe anunciadora y propagadora de la Italia una, no se repara en las maneras de unión que propusieron, sino en el fervor eficaz con que aspiraron a lo esencial del magno objetivo. Con más o menos dilación, en una u otra forma, un lazo político unirá un día a los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que habrá resurgido y triunfado, y será su nombre el que merecerá, antes que otro alguno, cifrar la gloria de tan alta ocasión. El régimen del consulado vitalicio, que Bolívar preconizaba, no podía resolver, ni el problema de la confederación de estos pueblos, ni el de su organización interior. Era un desvirtuado simulacro de república; pero en este punto debe decirse que si Bolívar no llegó a la aceptación franca y cabal del sistema republicano, con su esencialísimo resorte de la renovación del cargo supremo, sostuvo siempre —y es indisputable gloria suya— el principio republicano en oposición a la monarquía, de cuyo lado lo solicitaban las opiniones más prudentes y valiosas, y que era el ideal de gobierno con que venía del Sur, en cumplimiento del programa político de Buenos Aires, la triunfadora espada de San Martín. La república íntegra y pura tuvo en la América revolucionaria, y desde el primer momento de la Revolución, un partidario fidelísimo y un mantenedor armado: nada más que uno, y éste fue Artigas; pero aún no se sabe bien, fuera del pueblo que vela dentro de su alma esa tradición gloriosa, porque acontece que algunos de los aspectos más interesantes y reveladores de la revolu-

ción del Río de la Plata, o no están escritos o no están propagados. Yo lo pensaba hace poco leyendo el resumen, admirable de perspicuidad y precisión, que de los orígenes de la América contemporánea hizo, en sus recientes conferencias de Madrid, el alto y noble talento de Rufino Blanco Fombona. Dícese allí que la revolución del extremo Sur nació y se mantuvo en un ambiente de ideas monárquicas; y es relativa verdad, porque no se cuenta con Artigas, y la revolución del extremo Sur, es, en efecto, una revolución monárquica, sin la acción excéntrica de Artigas, el removedor de la democracia de los campos, hostilizado y perseguido, como fiera en coo, por la oligarquía monárquica de los Posadas y los Pueyrredones, y despedazado e infamado luego, en historias efímeras, por los escritores herederos de los odios de aquella política oligárquica. Una fundamental revisión de valores es tarea que empieza en la historia de esta parte del Sur; y cuando esa revisión se haya hecho, mientras pasarán a segundo plano figuras pálidas y mediocres, se agigantará, como figura de América, la del caudillo de garra leonina que en 1813 levantaba, por bandera de organización, íntegra y claramente definido, el sistema republicano, que Bolívar opuso luego, aunque en menos genuina forma, al programa monárquico de San Martín.

Tratándose de Bolívar político, llega de suyo el tema de su ambición. Este rasgo es capital e inseparable de su imagen. Siempre formaré tan pobre idea del discernimiento histórico de quien se empeñe en presentar a Bolívar inmune de la pasión de mandar, como del grado de comprensión humana de quien le inicie por tal pasión un

proceso que tire a empequeñecerle o macularle. Importa recordar, desde luego, que la perfección negativa, en el orden moral, no puede ser la medida aplicable a ciertas grandezas de la voluntad creadora, de igual manera que no lo es, en el orden estético, cuando se está delante de aquella fuerza de creación que da de sí *La Divina Comedia* o las estatuas de Miguel Ángel. La naturaleza no funde en sus moldes caracteres como los que cabe obtener por abstracción, eliminando y añadiendo rasgos, para componer el paradigma a un cuerpo de moral que satisfaga las aspiraciones éticas de una sociedad o de una escuela: funde la naturaleza caracteres orgánicos, en los que el bien y el mal, o los que luego ha de clasificar como tales el criterio mudable y relativo de los hombres, se reparten según una correlación en que obra una lógica tan cabal e imperiosa como la lógica del pensamiento discursivo, con que se construyen los sistemas de ética, aunque la una y la otra no se asemejen absolutamente en nada. Y si bien el análisis del criterio moral puede llegar lícitamente al carácter que modela la naturaleza, para señalar lo que halle en él de imperfecto, transportado al mundo de la libertad, nunca deberá extremarse en ese fuero cuando se encuentre frente a los grandes temperamentos personales, de eficacia avasalladora, ni deberá aspirar a ver desintegrada o enervada por un molde ideal de perfección facticia esa original estructura del carácter, cauce de piedra de la personalidad, donde reciben el pensamiento su troquel, y la acción el impulso con que se desata. Hay una manera de heroísmo en que la ambición es natural atributo. Quien dijera que la energía genial y el desinterés no caben en un centro, afirmaríá una oposición

sin sentido entre dos vagas abstracciones; pero quien dijera que cierto género de energía genial y cierto género de desinterés son términos naturalmente inconciliables, pondría la mano en una relación tan segura como la que nos autoriza a sentar que ningún animal carnívoros tendrá los dientes ni el estómago de los que se alimentan de hierbas, o que nunca pudo haber una especie en que se unieran, como en el grifo mitológico, la cabeza del águila con el cuerpo del león. Y si la energía genial es de aquel temple que supone, como condición específica, la fe indomable en la virtud única y predestinada de la propia acción, y si con el nombre de desinterés se clasifica, no el fácil desarrimo respecto de egoísmos sensuales, sino el apartamiento de la obra cuando está inconclusa, y el desdén de la autoridad que trae en sí los medios de desenvolver la parte de obra que aún está oculta y recogida en las virtualidades de una iluminación visionaria, entonces es lícito afirmar que la convivencia de ambos caracteres implica contradicción. Un Bolívar que, después de la entrevista de Guayaquil, abandonara el campo a su émulo, o que, una vez consumada su obra militar, renunciara a influir decisivamente en los nuevos destinos de América, sería un contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana. En cambio, estos desenlaces de renunciamiento son cosa espontánea y congruente en los héroes de la especie moral de San Martín. Espíritu de vocación limitada y reflexiva, la abnegación de un poder al que no les atrae ningún alto propósito que realizar viene después de la segura constancia con que han dado cima a un pensamiento único y concreto; y aquella condición encima de ésta cae como esmalte. Así, nada más

natural, en uno y otro de los dos capitanes de América, que el voluntario eclipse y el mayor encendimiento de gloria con que resuelve sus opuestos destinos la histórica entrevista de 1822. Tiene el alejamiento de San Martín explicación en su noble y austera virtud, pero, en no menor parte sin duda, tiénela en las indeliberadas reacciones del instinto y la había anticipado Gracián en el "Primor" decimocuarto de *El Héroe*, donde define el "natural imperio", y dice: "Reconocen al león las demás fieras en presagio de naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas: así a estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal". Fuera de la actividad de la guerra, en la aspiración o el ejercicio del gobierno civil, la ambición de mando de Bolívar deja más libre campo a la controversia y a la crítica; pero aun en esta parte, nunca será legítimo juzgarla sino levantándose a la altura de donde se alcanza a divisar, infinitamente por encima de egoísmos vulgares, al héroe que persigue con el sentimiento de una predestinación histórica, un grande objetivo, que estimula y realiza su ambición personal. No significa este criterio que toda voluntad y todo paso del héroe hayan de concordar necesariamente con el fin superior que él trae al mundo, sin que la fe en sí mismo pueda inducirle a aberración. No significa tampoco sostener la irresponsabilidad positiva del héroe ante la justicia de sus contemporáneos, ni su irresponsabilidad ideal para el fallo de la posteridad. Significa sólo conceder todo su valor a la indivisible unidad del carácter heroico, de modo que aquella parte de impureza que se mezcla acaso en el fermento eficaz no se presente a juicio abstraída de

las otras, como el elemento material que, dissociándose de un conjunto donde es virtud o sazón, para en crudo veneno. La muchedumbre que, válida de su instinto, a veces tan seguro como el mismo instinto del genio, se encrespa frente al héroe, y le cruza el paso; el grupo de hombres de reflexión o de carácter, que opone a las audacias de la voluntad heroica las previsiones de su sabiduría o las altiveces de su derecho, tendrán o no razón contra el héroe: frecuente es que la tengan; pero el historiador que luego tienda la vista por el proceso de acciones y reacciones que entretejen la complejidad del drama humano, verá en la voluntad disparada del héroe una fuerza que, con las que se le asocian y las que la limitan, concurre a la armonía de la historia, y jamás confundirá los mayores excesos de esa fuerza con la baldía o perturbadora inquietud del héroe falso, que disfraza una ambición egoística y sensual en la mentida vocación de un heroísmo, simulando las guedejas del león sobre el pelo atusado de la raposa.

Tan interesante como la aptitud política es, entre los talentos accesorios del Libertador, la facultad de la expresión literaria. Su nombre, en este género de gloria, vive principalmente vinculado a la elocuencia ardiente y pomposa de sus proclamas y arengas, las más vibrantes, sin duda, que hayan escuchado, en suelo americano, ejércitos y multitudes. Pero, ya, sin negar nuestra admiración a tan espléndida oratoria, muchos somos los que preferimos gustar al escritor en la literatura, más natural y suelta, de sus cartas. Las proclamas y arengas, como cualquiera análoga especie literaria, en que el énfasis del acento y el apa-

rato de la expresión son caracteres que legitima la oportunidad, tratándose de solicitar el efecto presentáneo y violento en la conciencia de las muchedumbres, se marchitan de estilo mucho más que la obra acrisolada y serena y que la íntima y espontánea. Por otra parte, en la trama de esos documentos oratorios suele mezclar sus hebras desteñidas y frágiles el vocabulario de la retórica política, que es la menos poética de las retóricas, con sus vaguedades y abstracciones y sus maneras de decir acuñadas para socorro común en las angustias de la tribuna; y así, en las proclamas y arengas del Libertador, el relámpago genial, la huella leonina, la imagen, la frase o la palabra de imperecedera virtud, resaltan sobre el fondo de esa declamación pseudo clásica, adaptada al lenguaje de las modernas libertades políticas, que, divulgándose en los libros de Raynal, de Marмонтel y de Mably y en la elocuencia de montañeses y girondinos, dio su instrumento de propaganda a la revolución de 1789 y lo dio después, de reflejo, a nuestra revolución hispanoamericana. Este inconsistente barro, en manos de Bolívar, es material que modela un artífice de genio, pero barro al fin. En cambio, en las cartas la propia naturaleza del género mantiene un aire de espontaneidad, que no excluye, por cierto, ni la elocuencia ni el color. Ya abandonadas y confidenciales; ya acordadas a un tono algo más lírico u oratorio, si la ocasión lo trae de suyo; ya dando voz a las concentraciones de su pensamiento, ya a los aspectos de su sensibilidad, radiante o melancólica, las cartas forman interesantísimo conjunto. La imagen nueva y significativa realza a menudo la idea: "Estábamos como por milagro [escribe en 1826] sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas

enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas, apoyada una de otra, y en una calma que parece verdadera, aunque instantánea: los navegantes han visto muchas veces este original." Hay soberanos arranques de personalidad, como éste de la carta en que repudia la corona real que le ha propuesto Páez: "Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo. Tampoco quiero imitar a César; menos aun, a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo." Otras veces, subyuga la atención el brío con que está sellada la sentencia: "Para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores, es preciso observarlas muy de cerca y juzgarlos muy de lejos." "Sin estabilidad, todo principio político se corrompe y termina por destruirse." — "El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas."

Pérdidas de que nunca nos consolaremos han mermado este precioso tesoro de sus cartas; pero tal como se le conserva, es, no sólo el indeleble testimonio del grande escritor que hubo en Bolívar, sino también el más entero y animado trasunto de su extraordinaria figura. El poema de su vida está allí. Y en verdad ¡qué magnífico poema el de su vida, para esa estética de la realidad y de la acción que hace de una vida humana un poema plástico!... Nadie la vivió más bella, y aun se diría, en sublime sentido, más dichosa; o más envidiable, por lo menos, para quien levante por encima de la paz del epicúreo y del estoico su ideal de vivir. Los ojos de la virgen fantasía, por donde llega la luz del mundo a despertar la selva inte-

rior, abiertos en el maravilloso espectáculo de aquella aurora del siglo XIX, que desgarró la continuidad realista de la historia con un abismo de milagro y de fábula; para temple del corazón, un amor malogrado, en sus primicias nupciales, por la muerte: una pasión insaciada, de esas que, dejando en el vacío el desate de una fuerza inmensa, la arrojan a buscar desesperadamente nuevo objeto, de donde suelen nacer las grandes vocaciones; venida de aquí, la revelación íntima del genio, y para empleo e incentivo de él, la grandiosa ocasión de una patria que crear, de un mundo que redimir. Luego, el arrebató de diez años de esta gigantesca aventura, mantenida con satánico aliento: la emoción del triunfo, cien veces probada; la de la derrota, cien veces repetida; el escenario inmenso, donde, para imagen de esas sublimes discordancias, alternan los ríos como mares y las montañas como nubes, el soplo calcinante de los llanos y el cierzo helado de los ventisqueros; y al fin, el flotante y fugitivo sueño que se espesa en plástica gloria: el paso por las ciudades delirantes, entre los vítores al vencedor; las noches encantadas de Lima, donde un lánguido deliquio entreabre la marcialidad de la epopeya, y la hora inefable en que, desde la cúspide del Potosí, la mirada olímpica se extiende sobre el vasto sosiego que sigue a la última batalla... ¿Queda más todavía? La voluptuosidad amarga que hay en sentir caer sobre sí la Némesis de las envidias celestes: la proscripción injusta e ingrata, de donde sabe exprimir la conciencia de los fuertes una altiva fruición: cuerda de ásperos sonos que no pudo faltar en esa vida destinada a que en ella vibrase la más compleja armonía de pasión y belleza. Almas para estas vidas trajo aquel asombroso tiempo suyo, que renovó con

un soplo heroico y creador las cosas de los hombres y dio a la invención poética el último de sus grandes momentos que merezcan nota de *clásicos*. Cuando la explosión de personalidad y de fuerza halló cómo dilatarse en el sentido de la acción, suscitó los prodigios del endiosamiento napoleónico, con sus reflejos de soldados que se coronan reyes. Cuando hubo de consumirse en imágenes e ideas engendró el ansia devoradora de René, la soberbia indómita de Harold, o la majestad imperatoria de Goethe. Jamás, desde los días del Renacimiento, la planta humana había florecido en el mundo con tal empuje de savia y tal energía de color. Y el Renacimiento ¿no se llama, para la historia americana, la Conquista? Y entre los hombres del Renacimiento que conquistaron a América, o la gobernaron todavía esquiva y montaraz, ¿no vinieron hidalgos del solar de los Bolívars de Vizcaya, cuyo blasón de faja de azur sobre campo de sinople, había de trocarse, en su posteridad, por un blasón más alto, que es la bandera de Colombia?... Cuando se ilumina ese recuerdo, la vocación heroica lanzada a destrozarse el yugo de la Conquista se representa en la imaginación como si el genio de aquella misma sobrehumana gente que puso por sus manos el yugo despertase, tras el largo sopor del aquietamiento colonial, con el hambre de la aventura y el ímpetu en que acaba el desperezo felino. El Libertador Bolívar pudo llamarse también el Reconquistador.

Corría el final de 1826. En la cúspide de los encumbramientos humanos, numen y árbitro de un mundo, volvía Bolívar a Colombia para asumir el mando civil. Pronto la embriaguez del triunfo

y de la gloria había de trocarse en la "embriaguez de absintio" de que hablan los trenos del Profeta. Todo lo que resta de esa vida es dolor. Aquella realidad circunstante, que él había manejado a su arbitrio mientras duró su taumaturgia heroica; plegándola, como blanda cera, al menor de sus designios; sintiéndola encorvarse, para que él se encaramara a dominar, como sobre el lomo de su caballo de guerra, y viéndola dar de sí la maravilla y el milagro cuando él los necesitaba y evocaba, se vuelve, desde el preciso punto en que la epopeya toca a su término, rebelde y desconocedora de su voz. Antes las cosas se movían en torno de él como notas de una música que él concertaba, épico Orfeo, en armonía triunfal: ahora quedarán sordas e inmóviles, o se ordenarán en coro que le niegue y denigre. Lógica y fatal transición, si se piensa. Esa realidad social que le rodeaba, esa América amasada a fuego y hierro en las fraguas volcánicas del Conquistador, escondía, cuando sonó la hora de su revolución, bajo el aparente enervamiento servil, un insondable pozo de voluntad heroica, de virtualidades guerreras, acrisoladas por su propio letargo secular, como el vino que se añeja en sombra y quietud. Apenas llegó quien tenía la palabra del conjuro, toda aquella efervescencia adormida salió a luz, capaz de prodigios: en el genio agitador y guerrero halló entonces la realidad el polo que la inmantase según las afinidades de su naturaleza; y allí adonde el genio fue, la realidad le siguió y obedeció con anhelo filial. Pero, consumada la parte heroica, la obra que esperaba al héroe, a la vuelta del triunfo, como las preguntas de la Esfinge, era la manera de asimilar, de organizar, el bien conquistado; de desenvolver, por la eficacia del valor civil y de la sabiduría política, aquel ger-

men precioso, aunque en pura potencia, que el valor militar y la inspiración de las batallas habían conquistado, menos como premio disfrutable que como promesa condicional y relativa. Y para semejante obra no había en la realidad más que disposiciones adversas; no había en el carácter heredado, en la educación, en las costumbres, en la relación geográfica, en la económica, más que resistencia inerte u hostil. Fundar naciones libres donde la servidumbre era un tejido de hábitos que espesaban y arreciaban los siglos; naciones orgánicas y unas, donde el desierto ponía entre tierra y tierra habitada más tiempo y azares que la mar que aparta a dos mundos; infundir el estímulo del adelanto donde confinaban con la hosquedad de la barbarie el apocamiento de la aldea; formar capacidades de gobierno donde toda cultura era una superficie artificial y tenuísima; hallar resortes con que mantener, sin la represión del despotismo, un orden estable: tal y tan ardua era la obra. El conflicto de fin y medios que ella planteaba, a cada paso, en la realidad externa, no perdonaba al mismo espíritu del obrero, del Libertador, mucho más predestinado para héroe que para educador de repúblicas; mucho más grande, en sus designios políticos, por la iluminada visión del término lejano y la soberana potencia del impulso inicial, que por el esfuerzo lento y oscuro con que se llega de este a aquel extremo en las empresas que son de resignación, de cautela y de perseverancia. Junto a estos obstáculos esenciales, quedaban todavía los que accidentalmente encrespaba la ocasión: quedaba aquella impura hez que deja al descubierto la resaca de las revoluciones: las energías brutales que se adelantan a primer término; los calenturientos delirios que se proponen por ideas; la am-

bición, que pide el precio usurario de su anticipo de valor o de audacia, y la exacerbada insolencia de la plebe, que recela el más legítimo uso del poder en el mismo a quien ha tentado, o tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía.

Desde sus primeras horas de gobierno, Bolívar tiene en torno suyo la desconfianza, el desvío, y muy luego, la conspiración que le amaga; mientras en el fondo de su propia conciencia él siente agitarse aquella sombra que, excitada por la hostilidad prematura y violenta, pone en sus labios la confesión viril del mensaje en que ofrece al Congreso su renuncia: "Yo mismo no me siento inocente de ambición". No habían pasado de esto dos años y la autoridad que investía no era ya el mandato de las leyes, sino el poder dictatorial. La organización política que dejara fundada, con el omnipotente prestigio de sus triunfos, en el Perú y Bolivia, se deshace en su ausencia; los intereses y pasiones toman allí otros centros, que tienden al desquite de aquella sumisión servil a las ideas y las armas del Libertador, encelando el espíritu de autonomía, y la guerra estalla entre Colombia y el Perú. Él había soñado en congregar las naciones creadas por su genio, en nueva liga anfictiónica; y aún no bien constituidas, peleaban entre sí, como desde el vientre de la madre pelearon los hijos de Rebeca. Entre tanto, en Colombia, la exacerbación de la discordia civil llegaba hasta armar el brazo de los conjurados que, en la noche del 25 de setiembre de 1828, asaltando la casa de Bolívar, intentan dirigir sus puñales al pecho del Libertador. Y mientras la frustrada conspiración de sus enemigos deja en su pecho, si no la herida sangrienta, la amargura de tamaña iniquidad, el conciliábulo de sus propios parciales hace relucir afa-

nosamente ante sus ojos tentaciones monárquicas que él sabe rechazar con imperturbable conciencia de su dignidad y de su gloria. Merced a esta firmeza, no surge de tanto desconcierto una completa ruina de las instituciones democráticas; pero persiste la aciaga fatalidad de la dictadura, donde por fuerza había de amenguarse la talla del héroe, en ministerio indigno de su altura moral. La rebelión contra el gobierno de hecho se desata en Popayán, con López y Obando; más tarde en Antioquía, con Córdoba; y no es reducida sino a costa de sangre, que fomenta los odios. Ni acaban las calamidades en esto. En 1829, lograda ya la paz con el Perú, cosa aun más triste y cruel sucede a aquella guerra fratricida: Venezuela se aparta de la unión nacional que, diez años antes, completó los laureles de Boyacá; la unidad de Colombia perece, y el grito de esa emancipación llega a los oídos de Bolívar coreado por el clamor furioso y procaz con que, desde la propia tierra en que nació, enceguecidas muchedumbres le acusan y exigen de la Nueva Granada su anulación y su destierro. La estrella de Bolívar ha tocado en la sombra que la anegará; su ruina política es, desde ese momento, inconjurable. En enero de 1830 abría sus sesiones la asamblea llamada a restaurar el orden constitucional, y el Libertador abandonaba el poder y se retiraba, aunque todavía sin franco ánimo de oscurecerse, a su quinta de las vecindades de Bogotá, de donde salió muy luego para Cartagena, en alejamiento que había de ser definitivo. Ni la salud ni la fortuna iban con él, como prendas salvadas del naufragio. Flaqueábale el cuerpo, herido de irremediable mal del pecho, que estampaba ya en su exterior los signos de una vejez prematura. De la heredada riqueza no quedaba nada: toda la habían

consumido entre la abnegación y el abandono. En cuanto a penas del alma, cruzaban sus dardos sobre él las del dolor desinteresado, como de padre o de maestro, y las del dolor egoístico de la ambición rota y afrentada. Y ni aun en el pensamiento del porvenir había refugio a tanto dolor, porque lo más triste de todo es que Bolívar vivió el e caso resto de sus días en la duda de la grandeza de su obra y la desesperanza de los destinos de América. Por si alguna chispa de fe pudiera alentar bajo estas cenizas, no tarda mucho tiempo en persuadirse de que su ostracismo no tendrá siquiera la virtud de restablecer el sosiego. Harto a menudo, un ruido de armas removidas, allí donde hay guarnición de soldados, anuncia, no, como un día, la gloria de la guerra, sino la vergüenza del motín: los restos del ejército que había libertado un mundo se disolvían en esa agitación miserable. De los vecinos pueblos hispanoamericanos llegaba el eco de parecidas turbulencias. Y como si todo este espectáculo de la América anarquizada y en delirio, necesitara, para herir a Bolívar más de agudo, condensarse en un solo hecho atroz, que colmase las ingratitudes y las subversiones y le traspasara a él en el centro de sus afectos, pronto había de saber el vil asesinato de Sucre, el preclaro mariscal de Ayacucho, cazado, como un vulgar malhechor, en un desfiladero de los Andes, sin que fuese escudo a la saña de la demagogia la gloria militar más austera y más pura de la revolución de América. Amarguísima carta escrita en aquella ocasión por Bolívar trasluce hasta qué punto extremó su desaliento ese crimen. Tal es la situación de su ánimo, cuando se oye llamar de Bogotá, donde el gobierno de Mosquera ha sido derribado y el motín triunfante quiere la vuelta del Libertador. Un úl-

timo encrespamiento de su instinto de dominación y de su fe en sí mismo le estremece, y por un instante vuelve los ojos a los que le llaman; pero luego que advierte cómo es la sedición militar la que, sin conocida sanción de los pueblos, le tienta con un poder arrebatado a sus poseedores legítimos, recobra su voluntad de apartamiento y su actitud estoica, y altivo arranque de su dignidad le libra de romper aquel solemne ocaso de su vida con las vulgares pompas de un triunfo de pretor. Agravado su mal, trasládase en el otoño de 1830 a Santa Marta. Allí, donde diez y ocho años antes tomó el camino de sus primeras victorias, allí, arrullado por el trueno del mar, espera la cercana muerte, epilogando, como el mar, con la tristeza de una calma sublime, la sublimidad dinámica de sus desates tempestuosos. Su espíritu, purificado y aquietado, sólo tiene, en aquellas últimas horas, palabras de perdón para las ingratitudes, de olvido para los agravios, y votos de concordia y amor para su pueblo. Pocos hombres vivieron, en el torbellino de la acción, vida tan bella; ninguno murió, en la paz de su lecho, muerte más noble. Comenzaba la tarde del 17 de diciembre de 1830 cuando Simón Bolívar, Libertador de América, rindió el último aliento.

Había dado a los nuevos pueblos de origen español su más eficaz y grande voluntad heroica, el más espléndido verbo tributario de su propaganda revolucionaria, la más penetrante visión de sus destinos futuros, y concertando todo esto, la representación original y perdurable de su espíritu en el senado humano del genio. Para encontrarle pares es menester subir hasta aquel grupo supremo de héroes de la guerra, no mayor de diez o doce en la historia del mundo, en

quienes la espada es como demiurgo innovador que, desvanecida la efímera luz de las batallas, deja una huella que transforma, o ha de transformar en el desenvolvimiento de los tiempos, la suerte de una raza de las preponderantes y nobles. ¿Qué falta para que en la conciencia universal aparezca, como aparece clara en la nuestra, esa magnitud de su gloria? Nada que revele de él cosas no sabidas ni que depure o interprete de nuevo las que se saben. Él es ya del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda. Falta sólo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros, y que con nuestros hombros encumbrados a la altura condigna, para pedestal de estatua semejante, hagamos que sobre nuestros hombros descuelle junto a aquellas figuras universales y primeras, que parecen más altas sólo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso. Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.

Y por lo que toca a la América nuestra, él quedará para siempre como su insuperado Héroe Epónimo. Porque la superioridad del héroe no se determina sólo por lo que él sea capaz de hacer, abstractamente valoradas la vehemencia de su vocación y la energía de su aptitud, sino también por lo que da de sí la ocasión en que llega, la gesta a que le ha enviado la consigna de Dios; y hay ocasiones heroicas que, por trascendentes y fundamentales, son únicas o tan raras como esas celestes conjunciones que el girar de los astros no reproduce sino a enormes vueltas de tiempo. Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pá-

tina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruidas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos a prefigurar, miríadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen: todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar.

MONTALVO

Fragmentos del ensayo Montalvo publicado en El Mirador de Próspero, 1913.

Mientras en sus procedimientos de artífice se manifiesta lo refinado, lo complejo, hay en su naturaleza de combatiente y de entusiasta, mucho de empuje primitivo e indómito, de heroica y candorosa energía. En la flor de aticismo del humanista aclimatado trasciende la crudeza del terruño de América. Y el efecto es una originalidad sujeta a números y tiempos, pero no domada, que, como carácter literario, no tiene semejante en la América de nuestro idioma, y que

habrá ocasión de definir más ampliamente en otras partes de este estudio.

.....

Pero, aun en la ciudad o cerca de ella, y con la compañía de sus libros, grandes hubieron de ser los obstáculos que puso ante él la precaria armazón de cultura de su pueblo. Él nos refiere el heroísmo que era necesario desplegar para valerse de la imprenta; sólo a dura costa, y con ayuda de amigos, pudo dar a luz las entregas de *El Cosmopolita*. Y todo esto es, en su pasión, la parte menor y más liviana, porque queda el aislamiento y abandono espiritual, que es lo verdaderamente doloroso; queda el calvario de la incomprensión común: desde la que se eriza con las púas de la inquina a la superioridad, pasión de democracias chicas, hasta la que se encoge de hombros con un zafio menosprecio de toda labor desinteresada de estilo y de investigación, y la que, dentro mismo de estas actividades, ensordece a lo nuevo y personal, o afecta comprender y no comprende...; quedan, en fin, aquellos resabios de la aldea, por los cuales, para las altas cosas del espíritu, toda esta América española ha sido, en escala mayor, *soledad de villorrio*, como la del rincón aquel donde Montalvo compuso la más difícil de sus obras, ¡sin trato con semejantes y sin libros!... Bien se siente el resuello de esta herida cruel en la admirable introducción a los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Y apenas hay alto ingenio americano que no haya expresado alguna vez parecido sentimiento o no lo deje percibir en una callada vibración de sus escritos. El fundamento real de estos agravios de los superiores es de extensión universal y humana; radica en el primitivo barro de Adán; pero ellos re-

crudecen en las sociedades de América por lo mal asentado y desigual de su civilización, donde, mientras las excepciones personales en ingenio y saber, con las necesidades y los apetitos que uno y otro determinan, pueden subir tan alto como en los grandes centros de cultura, las condiciones de atención y correspondencia sociales quedan muy inferiores, centuplicándose así la desproporción entre el elegido y el vulgo. De aquí el desasosiego de la inadaptación, y cierto impulso de nostalgia, muy común en los hispanoamericanos de vocación literaria y artística, por aquella patria de nuestro abolengo y nuestro espíritu que la civilización europea extiende del otro lado del mar. Expatriarse, como siempre lo anheló Montalvo, suele ser entonces justa y fatal gravitación; pero expatriarse, como él, con el pensamiento y la memoria dando cara a la *tierra*, más dulce cuanto más lejana, y con el sueño de la vuelta, presidiendo a los anhelos de asimilación y de cultura que un día traerán cómo pagar a la patria natural el precio de la ausencia. *Quedar* así, en espíritu, o quedar de hecho, es, indistintamente, mantener la vinculación obligatoria y fecunda con la obra común de los hermanos; y sólo han sido grandes, en América, los que han alcanzado a mantenerla, y en la proporción en que la han mantenido. Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento *americano*. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aun más: con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio del tiempo para realizar su vida y su obra. La

incapacidad de adaptarse sólo es condición de progreso, en la evolución social como en la orgánica, si se resuelve en energía de reacción, que acomoda a las necesidades de la propia superioridad el ambiente mortal a los inadaptados, cuando inferiores o débiles.

A menudo refleja el pensamiento de Montalvo el ritmo de un irrefrenable desapego a la transitoria realidad de la patria y un profundo sentimiento del ser ideal y permanente de ella. Hablando de su forzoso abandono de la secretaría que desempeñó en París, decía: "La suerte se me puso zahareña de repente, y con un fiero ademán me volvió a echar a este rincón". Otra vez agregaba: "Si llega para mí el día de volver a Europa, prometo a mis conciudadanos que no les daré mucho que murmurar en justicia". Hay ocasiones en que manifiesta su desvío con amarga rudeza: "Sólo siento no tener buena, noble y grande patria, donde no ser noble, bueno y gran patriota". Comentando el desorden de los pueblos hispanoamericanos, exclamaba: "¡Ah repúblicas turcas! El cielo se contrista, el infierno sonríe, cuando echan los ojos a esta parte del mundo." Pero otros rasgos complementan el sentido de aquéllos con palabras de fe y esperanza: "América, joven, robusta, inteligente y amiga de lo grande, cumplirá su destino, se civilizará, será libre, feliz y gozará sin estorbo los dones de su gran naturaleza". Mientras estuvo en París, visitador asiduo del Jardín de Plantas, gustaba demorarse, con la terneza del amor reconciliado por la ausencia, frente a todo lo que despertaba en su espíritu la imagen del terruño: "El cóndor de los Andes, la ortiga de América, la coronilla; el gallo tanisario, de canto solemne y melancólico".

La integridad de la conciencia americana; la integridad que comprende el sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos, y por tanto, de la cabal grandeza de nuestro pasado, está presente en su obra, y ella le mueve, en uno de los *Siete Tratados*, a aquella gallarda afirmación de la superioridad de Bolívar sobre Bonaparte, afirmación que hubo de espantar en su tiempo a la gente discreta y partidaria del apocamiento común, y que aun la asombrará hoy mismo, aunque por ventura no tanto. ¿Quién ha consagrado acentos de más honda piedad a la suerte de las domadas razas indígenas?... Y en cuanto a la originalidad de la naturaleza, también supo sentirla y fijarla a menudo. Nada más propio para oído por la montaña que la voz con que imprecó a la majestad del Pichincha, de modo tal que imaginamos que aún está retumbando en los contornos del gigante. Nada más penetrado de aroma de la tierra y de divina humildad que aquel su elogio del maíz, el trigo del pobre, el acumulador de la energía que ha de desatarse por los brazos del indio labrador, cuando encorvado sobre el suelo hecho del polvo de los suyos, trueca su dulce paciencia en oro del amo... Cada vez que esta nota de americanismo, en el sentimiento o el color, se levanta a presidir la armonía de una prosa tan clásica, tan limpia, tan de la antigua hechura, comparece en mi memoria la impresión de aquellos *Comentarios reales*, donde un mestizo que unió a la doble nobleza de la calidad el privilegio del estilo, dejó expresados, en la más pura lengua del conquistador y en la más rica y gallarda prosa de su tiempo, sabrosísimos candores del alma americana, que semejan

allí las huellas de la sangre del indio en el lustre de una hoja de Toledo.

ARTIGAS

Mensaje escrito en julio de 1915 para ser leído en una peregrinación patriótica a la "Meseta de Artigas", en El Hervidero, departamento de Salto. (Véase el opúsculo: José Enrique Rodó, Artigas, Homenaje de la Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo, 1950.) Se publicó por primera vez en el diario El Siglo, el 23 de julio de 1915, con el título de "La grandeza de Artigas".

La peregrinación anual al Hervidero, que familiariza con un campo sagrado en el recuerdo de la patria el espíritu de las generaciones orientales, se perpetuará como un rito inalterable de nuestro culto cívico. La tradición histórica no tiene en tierra nacional santuario más venerando que esa solitaria meseta. Hay que ir a erguirse sobre su cúspide para abrir el pecho a la cruda pureza de las ráfagas de pasión patriótica que el ambiente de las ciudades refrena y amortigua. Hay que mirar desde su altura para dominar toda la amplitud del horizonte que abarca, en la historia del Río de la Plata, la fuerza de expansión y propaganda de nuestro credo revolucionario de 1813, la fórmula profética integral de los destinos de la América libre.

Montevideo es la cuna de la patria, en cuanto esto significa un primer núcleo de sociabilidad y civilización, con los elementos esenciales que preceden a la Independencia y que persisten y deben persistir a través de todas las transformaciones. Montevideo es, además, el origen de un

espíritu local con aspiraciones a la autonomía económica y política, que obró acaso como el principio más activo en la formación de un espíritu de nacionalidad.

Pero si por cuna de la patria entendemos, no el conjunto de esos antecedentes primeros, sino la revelación entera, franca y eficaz del sentimiento que llamamos propiamente patriótico y de la idea que lo determina y hace consciente, entonces no está la cuna de la patria en Montevideo, último reducto del poder español y fácil presa de la conquista lusitana. La cuna de la patria está dispersa en la extensión de esas cuchillas casi desiertas donde las *montoneras* heroicas espaciaron su instinto de libertad y su indómita soberbia, fermentos generadores de una independencia y de una democracia; la cuna de la patria está en el terrón del rancho humilde donde tuvo su precario asiento aquella sociabilidad seminómade que se personifica en el tipo legendario del gaucho; la cuna de la patria está en el seno de la virgen y bravía naturaleza, y abarca tanto espacio como las fronteras de la patria misma. Pero si en alguna parte se radica y concreta es en ese original e interesantísimo esbozo de capital independiente que se asentó sobre la mesa del Hervidero y donde Artigas bosquejó con tosca energía, la imagen de organización civil que llevaba en la mente junto a las inspiraciones de su acción heroica.

La sociedad europea de Montevideo y la sociedad semi-bárbara de sus campañas, dándose recíprocamente complemento, fueron mitades por igual necesarias, en la unidad de la patria que se transmitía al porvenir. Y el lazo viviente que las juntó dentro de un carácter único es la persona

de Artigas, hombre de ciudad por el origen y la educación primera; hombre de campo por adaptación posterior y por el amor entrañable y la comprensión profunda del rudo ambiente campesino. Son este amor y esta comprensión los que definen la original grandeza de Artigas, el secreto de su eficacia personal, la clave de su significación histórica. Haber profesado con inquebrantable fe, cuando todos dudaban, los principios de la independencia, la federación y la república, bastaría para revelar corazón entero y mente iluminada, pero no bastaría para determinar la superioridad del hombre de acción. Lo que determina esa superioridad es la intuición y la audacia en la elección de los medios, es el mirar de águila por el que comprendió que los elementos necesarios para imponer aquel programa en los destinos de la Revolución estaban sólo en el seno de esas muchedumbres de los campos, a cuyo frente se puso, afrontando las preocupaciones y los egoísmos de su tiempo. Allí en el ambiente agreste, donde el sentir común de los hombres de ciudad sólo veía barbarie, disolución social, energía rebelde a cualquier propósito constructivo, vio el gran caudillo, y sólo él, la virtualidad de una democracia en formación, cuyos instintos y propensiones nativas podían encauzarse, como fuerzas orgánicas, dentro de la obra de fundación social y política que había de cumplirse para el porvenir de estos pueblos. Por eso es grande Artigas y por eso fue execrado como movedor y agente de barbarie, con odios cuyo eco no se ha extinguido del todo en la posteridad. Trabajó en el barro de América, como en el Norte Bolívar, y las salpicaduras de ese limo sagrado sellan su frente con

un atributo más noble que el clásico laurel de las victorias.

Montevideo, 17 de julio de 1915

En carácter de apéndice al mensaje de julio de 1915, reproducimos a continuación otros dos textos:

Primero: *un fragmento del prólogo que en febrero de 1914 escribió Rodó para la obra Artigas y la Revolución Americana, por Hugo D. Barbagelata, publicada en París en 1917 (citada edición de Obras Completas de Rodó, pág. 1018):*

Aun cuando la acción histórica del glorioso caudillo aparecía como envuelta en vagas brumas, el corazón del pueblo le consagró invariable fe y transmitió su nombre, de generación en generación, con el prestigio legendario de una personificación heroica. Sobrevino después la obra de crítica y análisis, que corroboró las intuiciones del sentimiento popular y dejó asentada, sobre pedestal incommovible, la estatua ideal que pronto ha de encarnar en bronce, en una de las plazas de Montevideo. Pero faltaba difundir por América la verdad de Artigas, y ésa es la grande oportunidad de este libro; faltaba encumbrar, a altura capaz de percibirse más allá de las fronteras nacionales, esa figura de epopeya: sin duda la más original, soberbia y arrogante, la que más soberana fuerza de personalidad vincula, entre cuantas se destacan en el cuadro de la revolución de nuestro extremo Sur. Pocas veces la conjuración de los odios heredados, de los egoísmos de nación o ciudad, de las inercias y rutinas que traban la libre renovación de los juicios humanos, ha le-

vantado en derredor de una figura histórica tan espesa nube de polvo como la que ha venido oscureciendo, ante el extranjero, la grandeza del indomable jefe de los "gauchos", del inspirador de las gloriosas *Instrucciones* de 1813; pero ya ese polvo efímero se aquieta y desciende a su lugar, y América y Artigas van a abrazarse con abrazo indisoluble. Ninguno de los caudillos sudamericanos personifica con tan característica energía la democracia espontánea, genial, nacida de las entrañas mismas de América; ninguno como él desplegó desde el primer momento, con tal fe y constancia, la bandera de los principios de organización que habrían de prevalecer como fundamento perdurable de la independencia y libertad de los pueblos del continente. Ya estas verdades se abren paso, y a generalizarlas y arraigarlas contribuirá no poco la persuasiva exposición de las páginas que van a leerse.*

Segundo: *una nota sobre la bandera de Artigas, publicada por Rodó en el diario La Razón, Montevideo, 25 de marzo de 1915 (citada edición de Obras Completas de Rodó, pág. 1206):*

La bandera inspirada. Las banderas, como toda obra de la imaginación humana, pueden nacer de la composición artificiosa que obra reflexivamente y en frío, o de la inspiración espontánea y ferviente que encuentra, de un golpe, el símbolo original, la forma abrazada desde que nace, con entrañable abrazo, a una idea, a un sentimiento colectivo.

* Con este texto se relaciona el pasaje dedicado a Artigas en el ensayo *Bolívar*, págs. 219-220 del presente volumen.

En las banderas "inspiradas" parece obrar la misma fuerza estética inconsciente que ordena líneas y colores en las creaciones de la naturaleza. Yo estoy seguro de que, quien quiera que sea el que ideó la tricolor soberana de 1815, no llegó a ella por modificaciones y pruebas sucesivas, sino que la vio proyectarse de una vez, y como sobre la lumbré de un relámpago, en el fondo de su imaginación. La roja diagonal que rubrica los colores celestes imprime a ese lábaro de nuestra independencia primera un sello de originalidad y de energía, que se apodera del corazón, por una especie de violencia simpática. Poned la tricolor de Artigas en un cuadro de banderas: instantáneamente la atención del observador se sentirá solicitada hacia aquella bandera audaz y única, que, por su propia fuerza, se diferenciará y afirmará su personalidad entre las otras. No da la naturaleza colores que puedan sustituir, en la expresión y belleza, a los de la insignia universal y humana de 1789, y no hay modo de concertar esos colores que iguale en sencilla y nueva inspiración al de la heroica enseña de Artigas. Diríase que la turbulenta libertad americana, tomando para sí las consagradas tintas de la libertad, quiso ordenarlas de modo menos simétrico y ritual, más singular y atrevido, como cumplía a aquella rebelde e indomable democracia que, erguida sobre el lomo de las cuchillas orientales, impuso a los destinos de la Revolución de Mayo, el sentimiento de la igualdad social y la idea de la organización republicana.

V

TESTAMENTO
AMERICANISTA

TESTAMENTO AMERICANISTA

Al concluir el año

Artículo que figura en El Camino de Paros con el título de "Al concluir el año", fechado en Roma en diciembre de 1916 o sea pocos meses antes de la muerte de Rodó.

Para la mirada europea, toda la América española es una sola entidad, una sola imagen, un solo valor. La distancia desvanece límites políticos, disimilitudes geográficas, grados diversos de organización y cultura, y deja subsistente un simple contorno, una única idea: la idea de una América que procede históricamente de España y que habla en idioma español. Esta relativa ilusión de la distancia, que a cada paso induce a falsas generalizaciones, a enormes errores de lugar, a juicios de que no aprovechan, por cierto, las mejores entre nuestras repúblicas, tiene, sin embargo, la virtud de corresponder a un fondo verdadero, a un hecho fundamental y trascendente, que acaso los hispanoamericanos no sentimos todavía en toda su fuerza y toda su eficacia: el hecho fundamental de que somos esencialmente "unos"; de que lo somos a pesar de las diferencias, más abultadas que profundas, en que es fácil reparar de cerca, y de que lo seremos aun más en el futuro, hasta que nuestra unidad espiritual rebose sobre las fronteras nacionales y prevalezca en realidad política.

Es interesante observar cómo se transmite esta

sugestión de la distancia a los americanos que viven en Europa. Yo tuve siempre una idea muy clara y muy apasionada de la fuerza natural que nos lleva a participar de un solo y grande patriotismo; pero aun en los americanos originariamente más devotos de las estrecheces del terruño, de las hosquedades del patriotismo "nacional", compruébase a cada instante en Europa que la perspectiva de la ausencia y el contacto con el juicio europeo avivan la noción de la unidad continental, ensanchan el horizonte de la idea de patria y anticipan modos de ver y de sentir que serán, en no lejano tiempo, la forma vulgar del sentimiento americano. Veis aquí cómo el espíritu argentino se abre con solícito afán a los infortunios de México; cómo el criollo de Colombia o de Cuba hablan con orgullo patriótico de la grandeza y prosperidad de Buenos Aires; cómo el montañés de Chile reconoce en los llanos de Venezuela y en las selvas del Paraguay voces que tienen consonancia dentro de su espíritu. Los recuerdos o los problemas vivos y actuales que, entre algunos de nuestros pueblos, pueden ser causa de recelo y desvío, se depuran, en el americano que ha pasado el mar, y manifiestan transparentemente el fondo perdurable de instintiva armonía y de interés solidario.

La comprobación de este sentimiento en los americanos a quienes he tratado en Europa parece el más grato mensaje que pueda enviar, al concluir el año, con mis filiales votos de amor, a mis dulces tierras de Occidente. Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto, si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuer-

zo más prometedor de gloria y de bien, contestaría: "Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que en la interpretación de nuestro pasado, al descifrar la historia y difundirla; en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de la educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra, o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males; todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad."

En este maravilloso suelo de Italia, donde los ojos leen cómo la unidad de una tradición y de un espíritu, aunque largos siglos parezcan negarle fuerza ejecutiva, concluye por encarnar en realidad inconmovible, me he dicho infinitas veces que, si aún está para nosotros lejana la hora de una afirmación política de nuestra unidad, nada hay que pueda demostrar mejor el boceto ideal de ese cuadro futuro, que la aproximación de las inteligencias y la armonía de las voluntades. Y he pensado en la juventud como siempre que pasa por la mente una idea de esperanza y de gloria, y me he preguntado por qué de sus periódicos congresos de estudiantes no nacería, con la cooperación de los Estados, una fiesta aun más amplia, aun más significativa: las Panateneas de nuestra liga espiritual; un 25 de mayo o un 12 de octubre celebrados de modo que fuesen continentalmente el ágape de la amistad americana, y congregasen a los enviados de las diecisiete repúblicas, en junta cultural donde se delinease poco a poco

el hábito de deliberaciones más eficaces y de lazos más firmes.

Otro sentimiento despierta dentro del corazón americano la influencia de Europa, y es la profunda fe en nuestros destinos, el orgullo criollo, la tonificante energía de nuestra conciencia social. Despierta este sentimiento porque la comparación con la obra de los siglos, si en muchísimas cosas certifica la natural inferioridad de nuestra infancia, da su justo valor al esfuerzo que ha permitido levantar del suelo generoso, entre las convulsiones y las fiebres de nuestra formación política, ciudades como Buenos Aires, como Santiago, como Montevideo. Lo despierta, además, porque en esta tierra de Europa la historia habla en cada palmo con palabras de piedra, evocadoras de recuerdos y ejemplos infinitos, y las palabras de la historia son la mejor excusación de nuestras inexperiencias y de nuestros errores; el más palmario testimonio del fondo "humano" de nuestros devaneos; la más reparadora explicación de las turbulencias juveniles que vanas filosofías atribuyeran a incapacidades del medio o de la raza. Y despierta, finalmente, aquel sentimiento, porque los tesoros y prodigios de esta civilización creadora, en arte, en ciencia, en ideas sociales, estimulan y engrandecen el anhelo de nuestro porvenir, supuesto que la fuerza virtual existe con la heredada energía y sólo falta el seguro auxilio del tiempo.

Esto pensaba al subir las gradas del Capitolio, cuna y altar de la latina stirpe. El sol de una suavisima tarde doraba aquellas piedras sagradas y aquellos árboles que dicen la mansedumbre y la gracia de esta naturaleza. La guerrera imagen de Roma presidía, allá en el fondo,

con gesto maternal y augusto. El soberbio Marco Aurelio de bronce evocaba, en una sola imagen, la gloria del pensamiento latino y del latino poder. Sobre las balaustradas de la plaza, los trofeos de Mario. Más allá, la estatua de Rienzi, del "último tribuno", diseñando su ademán oratorio sobre los jardines donde juegan en bandadas los niños. Y me acerqué a la jaula de la leona que mantiene, allí donde fue la madriguera de Rómulo, el símbolo de la tradición inmensa en tiempo y en gloria; y la vi revolviéndose impaciente entre los hierros que la estrechan. Y me parecía como si, en su pre-agiosa inquietud, la nodriza de la raza mirase a donde el sol se pone, y buscara, de ese lado del mundo, nueva libertad y nuevo espacio.

INDICE

EL AMERICANISMO DE RODÓ	7
LOS TEXTOS	43
I. AMERICANISMO LITERARIO	
El americanismo literario (1895)	45
Por la unidad de América (1896)	63
Sobre el modernismo literario americano (1896 a 1904)	66
Un ejemplo de americanismo literario (1904)	72
Imitación y originalidad en la literatura hispanoamericana (1907)	74
El poema de América (1910)	80
La orientación de la nueva literatura hispanoamericana (1910-1911)	82
Una bandera literaria (1912)	84
II. AMERICANISMO CULTURAL	
Ariel. A la juventud de América (1900)	91
América y Europa (1909)	144
Del positivismo al idealismo en Hispanoamérica (1910)	147
La tradición en los pueblos hispanoamericanos (1915)	154
Las tierras del porvenir (1916)	161
III. AMERICANISMO POLÍTICO	
Magna Patria (1905)	165
Sobre América Latina (1906)	167
La cuestión social en América (1908)	168
Hacia la unidad política de América (1909)	170
Iberoamérica (1910)	172
El Centenario Hispanoamericano (1910)	175
Adhesión a Alfredo L. Palacios (1912)	180
Nuestro desprestigio (1912)	181
La Magna Patria y los Congresos Internacionales de Estudiantes Americanos (1912-1913)	184
La servidumbre del indio (1913)	189
Imperialismo europeo e imperialismo americano (1914)	195
IV. AMERICANISMO HEROICO	
Bolívar (1912)	199
Montalvo (1913)	236
Artigas (1914-1915)	241
V. TESTAMENTO AMERICANISTA	
Testamento americanista (1916)	249

ESTA PRIMERA EDICION DE
R O D O
POR ARTURO ARDAO
SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL DIA 18 DE NOVIEMBRE DE 1970
EN TALLERES GRAFICOS "33" S. A.
PIEDRAS 522 / MONTEVIDEO
EL TEXTO ESTUVO AL CUIDADO
DE MARTA CASAL DE GATTI
EDICION AMPARADA EN EL ART. 79 DE LA LEY 13.349
PRECIO EN MONTEVIDEO \$ 460

CARATULA DISEÑADA
POR
BLANKITO

ARTURO ARDAO

RODÓ

"Como queda expresado aquí, es éste un libro dedicado a Rodó, pero en Rodó, sólo a su americanismo; o lo que también podría llamarse, como se ha llamado, su milicia americanista. Esta milicia movilizó su pluma desde que empezara a manejarla hasta el final de su existencia. Lo comprometió, además, hasta el punto que ella aportó a su personalidad de escritor uno de sus rasgos más salientes. . . ."

Arturo Ardao

COLECCION LOS NUESTROS